

Apenas meses antes él había estado enamorado de esta mujer, pero la había olvidado. Comparada con la ingeniosa Mathilde, Caterina era una lata con sonrisa de boba. Él no pudo ocultar su desconcierto. Ardía en deseos de ver a Mathilde.

La broma de Mathilde enojó a Casanova. Pero días después volvió a verla y todo quedó olvidado. Tal como ella había predicho en su primera entrevista, su poder sobre él era completo. Casanova se había vuelto su esclavo, adicto a sus caprichos, y a los peligrosos placeres que ella ofrecía. Quién sabe qué imprudencia no habría podido cometer por ella si su aventura no hubiera sido interrumpida por las circunstancias.

Y había en el alcázar del rey unas celosías que daban a un jardín. Miró por ellas Schahsemán y he aquí que se abrió la puerta del alcázar y por ella salieron veinte esclavas y veinte esclavos y entre ellos iba la esposa de su hermano [el rey Schahriar], la cual era por cierto de una belleza y un encanto supremos. Llegaron todos hasta el borde de una alberca y de sus ropas se despojaron y en corro se sentaron.

Y la esposa del rey dijo: «¡Hola, Mesâud!». Y en el acto fuese a ella un esclavo negro y la abrazó y ella lo abrazó a él y él la tumbó en el suelo y lo mismo hicieron los demás esclavos con las otras esclavas, no cesando en sus besos y abrazos y demás cosas parecidas hasta que clareó el día. [...] • [...] Refirióle entonces Schahsemán a su hermano [el rey Schahriar] todo lo que había presenciado. [...] • Mandó el rey Schahriar en el acto que pregonasen por toda la ciudad que el rey salía a cazar y salieron las tropas con alfaneques a las afueras de la ciudad. Y dijo a sus criados el rey Schahriar: «¡Que no entre nadie en mi cámara real!». Después de lo cual se disfrazó y volvióse al alcázar, donde su hermano quedara. Y se sentó junto a la celosía que daba al jardín y una hora de tiempo permaneció ahí al acecho. Y hete aquí que vio entrar a las esclavas y los esclavos y a su esposa entre ellos y todos se desnudaron e hicieron según dijera su hermano. [...] • Tan pronto como entraron en el alcázar, el rey Schahriar mandó cortarles el cuello a su mujer y a los esclavos de uno y otro sexo. Y desde entonces solía Schahriar, cuando tomaba esposa virgen y le arrebatava su virginidad, matarla aquella misma noche sin aguardar a la mañana. Y no dejó de hacerlo así por espacio de tres años seguidos; hasta que al fin empezó a clamar la gente y a huir de la ciudad llevándose a sus hijas. [...] • Tenía el visir dos hijas dotadas de belleza y hermosura y gentileza y garbo y de cuerpos bien formados.

La mayor, su nombre Shahrazad, y la menor, su nombre Dunyasad. Y había la mayor leído libros e historias y vidas de reyes antiguos y noticias de pueblos pretéritos. • Y fue Shahrazad y le dijo a su padre: «¿Por qué te veo cambiado y de pena y pesadumbre cargado?». El visir le refirió cuanto con el rey le pasara, desde el principio hasta el fin, sin nada callar ni omitir. Y ella le dijo: «Cásame con el rey, y a fe que moriré o serviré de rescate a las hijas de los mahometanos y las libraré de entre sus manos». Díjole su padre: «¿Por Alá sobre ti te lo ruego! No corras jamás ese riesgo». Díjole ella: «No hay más remedio sino que he de hacerlo.» [...] • Equipóla, pues, el padre y subió luego adonde el rey Schahriar. • Y dizque Shahrazad hiciera testamento a favor de su hermana menor Dunyasad y le dijo: «Cuando yo vaya con el rey te mandaré a llamar y luego que allí estés y veas que el sultán ya despachó su asunto conmigo, me dirás: “Cuéntanos una historia, hermana, para que nos entretenga la velada”. Y yo, entonces, te contaré un cuento en el que se cifrará, si Alá quiere, la salvación de todas las mujeres». • Luego que su padre el visir subió con su hija al rey, al querer este entrar a ella, echóse a llorar la muchacha con gran pena. El rey le preguntó: «¿Qué te pasa?». Y ella le contestó: «Has de saber, rey, que tengo una hermana pequeña y querría despedirme de ella». • Mandó entonces el rey por Dunyasad y vino esta a ver a su hermana y se abrazó a ella y se sentó al pie del trono, a su vera. • Y la hermana menor díjole a Shahrazad: «¿Por Alá sobre ti, hermana! Cuéntanos un cuento que nos entretenga la velada». • A lo que contestó la hermana: «Con alma y vida lo haré al instante, si me da la venia este monarca, el galante». • Al oír esas palabras el rey, que no tenía sueño, holgóse de escuchar un cuento y dio su venia, sin impedimento. Y la noche, la primera, dijo Shahrazad: «Ha llegado a mis oídos, monarca afortunado, que había una vez un mercader muy acaudalado y con muchos asuntos en todos los países del mundo.» [...] • [Pasan cerca de tres años]. Había en todo ese tiempo tenido Shahrazad tres hijos varones del rey Schahriar. Y al terminar de contar la anterior historia, púsose Shahrazad de pie y besó la tierra entre las manos del rey. Y le dijo: «¿Rey de los tiempos y perla sin par de edades y épocas! Tu esclava soy y mil y una noches llevo ya contándote historias de los antiguos y ejemplos y advertencias de los que nos precedieron. ¿Por ventura logré complacerte hasta el punto de estar tú dispuesto a concederme lo que yo te pidiera?». • «Pide lo que quieras, Shahrazad», exclamó el rey, «que nada te he de negar.» • Llamó entonces Shahrazad a sus siervas y sus eunucos y les dijo:

«Traedme acá en seguida a mis hijos». • [...] «¡Rey del siglo! Estos son tus hijos y por ellos te pido que me eximas de la muerte odiosa, pues si me mandases matar se quedarían estos hijos sin madre y no encontrarían entre las demás mujeres quien pudiese como ella criarlos y educarlos.» • Rompió el rey a llorar, al oír aquello, y, cogiendo a sus hijos, los estrechó contra su pecho, diciendo: «¡Shahrazad: por Alá, que antes que estos hijos vinieran al mundo ya yo te había perdonado la vida, en atención a haber podido comprobar tu castidad, y tu virtud, y tu pureza, y tu honestidad! ¡Bendígate Alá y bendiga también a tu padre, y a tu madre, y a tu raíz y tu ramaje! Y Alá sea testigo de cómo te absuelvo y te redimo de todo mal que te pudiera amagar».

LAS MIL Y UNA NOCHES

Interpretación. Casanova estaba casi siempre al mando en sus seducciones. Era él quien guiaba, llevando a su víctima a un viaje con destino desconocido, atrayéndola a su telaraña. En sus memorias, la de Mathilde es la única seducción en que las condiciones se invierten felizmente: él es el seducido, la víctima perpleja.

Casanova se hizo esclavo de Mathilde con la misma táctica que él había usado con incontables jóvenes: el irresistible atractivo de ser llevad@ por otra persona, el estremecimiento de ser sorprendid@, el poder del misterio. Cada vez que se separaba de Mathilde, su cabeza daba vueltas, agobiada de preguntas. La capacidad de ella para no dejar de sorprenderlo la mantenía siempre en su mente, ahondando su hechizo y borrando a Caterina. El efecto de cada sorpresa era cuidadosamente calculado. La primera e inesperada carta picó la curiosidad de Casanova, como lo hizo el primer avistamiento de ella en el recibidor; verla vestida de pronto como dama elegante incitó un deseo agudo; luego, verla vestida de hombre intensificó la naturaleza excitantemente transgresora de su relación. Las sorpresas lo descontrolaban, pero lo dejaban temblando de expectación por la siguiente. Aun una sorpresa desagradable, como el encuentro con Caterina dispuesto por Mathilde, lo emocionaba y debilitaba. Hallar en ese momento a la algo sosa Caterina solo le hizo anhelar mucho más a Mathilde.

En la seducción debes crear constante tensión y suspenso, una sensación de que contigo nada es predecible. No concibas esto como un reto fastidioso. Generas un drama en la vida real, así que pon toda tu energía creativa en él, diviértete un poco. Hay muchas clases de sorpresas calculadas que puedes dar a tus víctimas: enviar una carta sin motivo aparente, presentarte en forma inesperada, llevarlas a un lugar donde nunca han estado. Pero las mejores son las sorpresas que revelan algo nuevo en tu carácter. Esto debe prepararse. En las primeras semanas, tus blancos tenderán a hacer juicios precipitados sobre ti, con base en las apariencias. Quizá te consideren algo tímida, práctica, puritana. Tú sabes que ese no es tu verdadero yo, sino la

forma en que actúas en situaciones sociales. Sin embargo, déjalos tener esa impresión, y de hecho acentúala un poco, sin exagerar: por ejemplo, semeja ser un tanto más reservad@ que de costumbre. Así tendrás margen para sorprenderlos con un acto audaz, poético o atrevido. Una vez que hayan cambiado de opinión sobre ti, sorpréndelos de nuevo, como hacía Mathilde con Casanova: primero una monja con deseo de aventura, luego una libertina, después una seductora de vena sádica. Mientras se esfuerzan por entenderte, pensarán en ti todo el tiempo, y querrán saber más de ti. Su curiosidad los atraerá todavía más a tu telaraña, hasta que sea demasiado tarde para volver atrás.

Esta es siempre la ley de lo interesante [...] Si se sabe sorprender, siempre se gana el juego. La energía de la persona implicada se suspende temporalmente; se le hace imposible actuar.

—Søren Kierkegaard

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Un@ niñ@ suele ser una criatura terca y obstinada que hará deliberadamente lo contrario de lo que le pedimos. Pero hay un escenario en que l@s niñ@s renunciarán con gusto a su usual terquedad: cuando se les promete una sorpresa. Podría ser un regalo oculto en una caja, un juego de final imprevisible, un viaje con destino desconocido, una historia de suspenso de desenlace inesperado. En los momentos en que l@s niñ@s aguardan una sorpresa, su voluntad se detiene. Se someterán a ti mientras exhibas una posibilidad ante ell@s. Este hábito infantil está profundamente arraigado en nosotr@s, y es la fuente de un placer humano elemental: el de ser llevad@ por una persona que sabe adónde va, y que nos guía en un viaje. (Quizá este gusto por ser conducid@s implique un recuerdo oculto de ser literalmente guiad@s, por uno de nuestros padres, cuando éramos chic@s).

Sentimos un estremecimiento similar cuando vemos una película o leemos un *thriller*: estamos en manos de un director o autor que nos conduce, guiándonos por vuelcos y giros. Permanecemos sentad@s, volvemos las páginas, felizmente esclavizad@s por el suspenso. Este es el placer que una mujer experimenta al ser llevada por un bailarín experto, liberándose de toda defensividad que pueda sentir y dejando que la otra persona haga el trabajo. Enamorarse implica expectación: estamos a punto de seguir un rumbo nuevo, iniciar una nueva vida, en la que todo

será extraño. El@ seducid@ quiere que l@ lleven, que l@ conduzcan como un@ niñ@. Si eres predecible, el encanto termina; la vida diaria lo es. En *Las mil y una noches*, el rey Schahriar toma cada noche por esposa a una virgen, y la mata a la mañana siguiente. Una de ellas, Shahrazad, logra escapar a ese destino narrando al rey un cuento que debe completarse al día siguiente. Lo hace así noche tras noche, manteniendo al rey en constante suspenso. Cuando acaba una historia, rápidamente comienza otra. Dura haciéndolo cerca de tres años, hasta que el rey decide perdonarle la vida. Tú eres como Shahrazad: sin nuevas historias, sin una sensación de expectación, tu seducción se extinguirá. Atiza el fuego noche a noche. Tus objetivos no deben saber nunca qué sigue, qué sorpresas les tienes reservadas. Como el rey Schahriar, estarán bajo tu control mientras sigas haciéndolos conjeturar.

En 1765, Casanova conoció a una joven condesa italiana llamada Clementina, quien vivía con sus dos hermanas en un château. A Clementina le gustaba leer, y tenía escaso interés en los hombres que pululaban a su alrededor. Casanova se sumó a su número, comprándole libros, involucrándola en conversaciones literarias, pero ella no era menos indiferente a él que a ellos. Un día Casanova invitó a todas las hermanas a una pequeña excursión. No les dijo adónde irían. Ellas se apiñaron en el carruaje, intentando adivinar su destino durante todo el trayecto. Horas después llegaron a Milán; ¡qué dicha!, las hermanas nunca habían estado ahí. Casanova las llevó a su departamento, donde se habían dispuesto tres vestidos: las prendas más espléndidas que las muchachas hubiesen visto jamás. Había uno para cada una de las hermanas, les dijo, y el verde era para Clementina. Asombrada, ella se lo puso, y su rostro se iluminó. Las sorpresas no terminaron ahí: también había una comida deliciosa, champaña, juegos. Cuando regresaron al château, a altas horas la noche, Clementina se había enamorado irremediablemente de Casanova.

La razón era simple: la sorpresa engendra un momento en que la gente baja sus defensas y nuevas emociones pueden irrumpir. Si la sorpresa es grata, el veneno de la seducción entra en las venas de la gente sin que se dé cuenta. Todo suceso repentino tiene un efecto similar, pues toca directamente nuestras emociones antes de que nos pongamos a la defensiva. L@s libertin@s conocen bien este poder.

Una joven casada, de la corte de Luis XV, en la Francia del siglo XVIII, vio que un cortesano joven y guapo la miraba, primero en la ópera, luego en la iglesia. Al indagar descubrió que se trataba del duque de Richelieu, el libertino más conocido de Francia. Ninguna mujer estaba a salvo con ese hombre, se le advirtió; era imposible resistírsele, y debía evitarlo a toda costa. Tonterías, replicó ella; estaba felizmente casada. Era imposible que la sedujera. Cuando volvía a verlo, reía de su persistencia. Él se disfrazaba de mendigo para acercarse a ella en el parque, o su coche alcanzaba de súbito el de ella. Nunca era agresivo, y parecía totalmente inocuo. Ella permitió que le hablara en la corte; era encantador e ingenioso, e incluso pidió conocer a su marido.

Pasaron las semanas, y la mujer se percató de que había cometido un error: esperaba con ansia sus encuentros con el duque. Había bajado la guardia. Eso tenía

que parar. Empezó a evitarlo, y él pareció respetar sus sentimientos: dejó de molestarla. Semanas después, ella estaba en la casa de campo de una amiga cuando el duque apareció de repente. Ella se sonrojó, tembló, se alejó; su inesperada aparición la había tomado desprevenida, la ponía al borde del abismo. Días después, la dama pasó a ser una más de las víctimas de Richelieu. Claro que él lo había preparado todo, incluido el supuesto encuentro sorpresa.

Además de producir una sacudida seductora, lo repentino oculta las manipulaciones. Aparece en forma inesperada, di o haz algo súbito, y la gente no tendrá tiempo de reparar en que tu acto fue calculado. Llévala a un lugar nuevo como por ocurrencia, revela de pronto un secreto. Hazla emocionalmente vulnerable, y estará demasiado apabullada para entrever tus intenciones. Todo lo que sucede en forma súbita parece natural, y todo lo que parece natural posee un encanto seductor.

Apenas meses después de su arribo a París en 1926, Josephine Baker había encantado y seducido por completo al público francés con su danza salvaje. Pero menos de un año más tarde, ella percibió que el interés menguaba. Desde su infancia había aborrecido sentir que su vida estaba fuera de control. ¿Por qué estar a merced del veleidoso público? Abandonó París y regresó un año después, con una actitud totalmente distinta: desempeñaba para entonces el papel de una francesa elegante, que era por casualidad una ingeniosa bailarina y artista. Los franceses se enamoraron de nueva cuenta de ella; el poder estaba otra vez de su lado. Si estás expuest@ a la mirada pública, aprende del truco de la sorpresa. La gente se aburre, no solo de su vida, sino también de las personas dedicadas a evitar su tedio. En cuanto crea poder predecir tu siguiente paso, te comerá viv@. El pintor Andy Warhol pasaba de una personificación a otra, y nadie podía prever la siguiente: artista, cineasta, hombre de sociedad. Ten siempre una sorpresa bajo la manga. Para preservar la atención de la gente, hazla conjeturar sin fin. Que l@s moralistas te acusen de insinceridad, de no tener fondo o centro. Lo cierto es que están celos@s de la libertad y desenfado que exhibes en tu personalidad pública.

Finalmente, podrías creer más sensato presentarte como alguien dign@ de confianza, no dad@ al capricho. De ser así, en realidad eres tímida. Hace falta valor y esfuerzo para montar una seducción. La confiabilidad está bien para atraer a las personas, pero sigue siendo confiable y serás insufrible. L@s perr@s son confiables, un@ seductor@ no. Si, por el contrario, prefieres improvisar, imaginando que toda planeación o cálculo es la antítesis del espíritu de la sorpresa, cometes un grave error. La improvisación incesante significa sencillamente que eres holgazán@, y que solo piensas en ti. Lo que suele seducir a una persona es la sensación de que has invertido esfuerzo en ella. No tienes que proclamarlo a los cuatro vientos, pero déjalo ver en los regalos que haces, los pequeños viajes que planeas, las tretas menudas con que atraes a la gente. Pequeños esfuerzos como estos serán más que ampliamente recompensados por la conquista del corazón y voluntad del@ seducid@.

Símbolo:

**La montaña rusa. El carro sube lentamente
hasta lo alto, y de pronto te lanza al espacio, te zarandea,
te vuelve de cabeza en todas direcciones. L@s pasaj@r@s ríen y
gritan.**

**Lo que les estremece es soltarse, ceder el control a otr@, quien
l@s propulsa en direcciones inesperadas.**

**¿Qué nueva emoción les aguarda a la vuelta de la siguiente
esquina?**

REVERSO

La sorpresa deja de ser sorpresiva si haces lo mismo una y otra vez. Jiang Qing trataba de asombrar a su marido, Mao Tse-Tung, con súbitos cambios de ánimo, de la rudeza a la bondad y de regreso. Esto lo cautivó al principio; le agradaba la sensación de no saber nunca qué venía. Pero las cosas continuaron así durante años, y siempre era lo mismo. Pronto, los cambios anímicos supuestamente impredecibles de *Madame Mao* solo lo irritaban. Varía el método de tus sorpresas. Cuando *Madame de Pompadour* fue amante del inveteradamente aburrido rey Luis XV, volvía diferente cada sorpresa: una nueva diversión, un juego novedoso, una nueva moda, un nuevo ánimo. Él no podía predecir jamás qué seguiría; y mientras esperaba la nueva sorpresa, su voluntad hacía una pausa temporal. Ningún hombre fue nunca más esclavo de una mujer que Luis de *Madame de Pompadour*. Cuando cambies de dirección, cerciorate de que la nueva lo sea en verdad.

10. Usa el diabólico poder de las palabras para sembrar confusión

Es difícil lograr que la gente es-cuche; sus deseos y pensamientos la consumen, y no tiene tiempo para los tuyos. El truco para que atienda es decirle lo que quiere oír, llenarle los oídos con lo que le agrada. Esta es la esencia del lenguaje de la seducción. Aviva las emociones de la gente con indirectas, halágala, alivia sus inseguridades, envuélvela con fantasías, dulces palabras y promesas, y no solo te escuchará: perderá el deseo de resistírsete. Da vaguedad a tu lenguaje, para que los demás hallen en él lo que desean. Usa la escritura para despertar fantasías y crear un retrato idealizado de ti mism@.

ORATORIA SEDUCTORA

El 13 de mayo de 1958, los franceses de derecha y sus simpatizantes en el ejército tomaron el control de Argelia, en ese tiempo colonia francesa. Temían que el gobierno socialista galo concediera a Argelia su independencia. Entonces, con Argelia bajo su control, amenazaron con tomar toda Francia. La guerra civil parecía inminente.

Después de la Operación Sedición, se nos ha ofrecido la Operación Seducción.

MAURICE KRIEGEL-VALRIMONT SOBRE CHARLES DE GAULLE, POCO DESPUÉS DE QUE ÉSTE ASUMIÓ EL PODER

En ese momento grave, todos los ojos se volvieron hacia el general Charles De Gaulle, el héroe de la segunda guerra mundial que había desempeñado un papel decisivo en liberar a Francia de los nazis. En los diez últimos años De Gaulle se había alejado de la política, asqueado por las guerras intestinas entre los diversos partidos. Seguía siendo muy popular, y se le veía por lo común como el único hombre capaz de unir al país; pero también era conservador, y los derechistas estaban seguros de que, si subía al poder, apoyaría su causa. Días después del golpe del 13 de mayo, el gobierno francés —la Cuarta República— se desplomó, y el parlamento llamó a De Gaulle a formar un nuevo gobierno, la Quinta República. Él solicitó y recibió plenas facultades durante cuatro meses. El 4 de junio, días después de convertirse en jefe de gobierno, De Gaulle voló a Argelia.

Los colonos franceses estaban extasiados. Era su golpe el que indirectamente había llevado a De Gaulle al poder; sin duda, imaginaban, él estaba ahí para agradecerse, y confirmar que Argelia seguiría siendo francesa. Cuando De Gaulle llegó a Argel, miles de personas llenaron la plaza principal de la ciudad. El ánimo era desbordantemente festivo: había pancartas, música e interminables consignas de *Algérie française*, el lema de los colonos franceses. De Gaulle apareció de pronto en un balcón que daba a la plaza. La multitud enloqueció. El general,

impresionantemente alto, levantó los brazos por encima de su cabeza, y las consignas redoblaron su volumen. La muchedumbre le rogaba que la acompañara. En cambio, él bajó los brazos hasta que se hizo el silencio, y luego los abrió de par en par y recitó lentamente, con su voz grave: *Je vous ai compris*, «Los he entendido». Hubo un momento de silencio, y luego, mientras se asimilaban sus palabras, un rugido ensordecedor: los había entendido. Eso era todo lo que necesitaban oír.

Mi amada se inclinó por el portazo. [...] \ Yo volví entonces a mis versos y cumplidos, \ mis armas naturales. Las palabras dulces \ rompen pesadas puertas y cadenas. Hay magia en la poesía: \ su poder es capaz de abatir a la sangrienta luna, \ hacer retroceder al sol, partir en dos las serpientes \ o lograr que los cauces corran río arriba. \ Ninguna puerta es digno rival de ese hechizo; los cerrojos \ más fuertes pueden ser vencidos por el ábrete sésamo \ de sus encantos. Mas la épica no me rinde servicio. \ No llegaré a lado alguno con el Aquiles de pies ligeros \ ni cualquiera de los hijos de Atreo. Los antiguos \ como se llamen perdieron veinte años en la guerra \ y el viaje, y al pobre Héctor se le arrastró en el polvo: \ para nada. Prodigas en cambio palabras hermosas \ al perfil de una muchacha, y tarde o temprano \ ella misma se te brindará en prenda, copiosa recompensa \ a tu labor. Adiós, entonces, heroicas figuras de la leyenda; \ el quid pro quo que ofrecen no me tentará. Un ramillete de bellezas \ derretidas por mis amorosas canciones: eso es lo que quiero.

OVIDIO, *AMORES*

De Gaulle procedió a hablar de la grandeza de Francia. Más vítores. Prometió que habría nuevas elecciones, y que «con los representantes electos veremos cómo hacer el resto». Sí, un nuevo gobierno, justo lo que la multitud quería, más vítores. Él buscaría «el lugar de Argelia» en el «conjunto» francés. Debía haber «total disciplina, sin reservas ni condiciones»; ¿quién podía discutir eso? Cerró con un ruidoso llamado: *Vive la République! Vive la France!*, el emotivo lema que había sido el grito de batalla en la lucha contra los nazis. Todos lo corearon. Los días siguientes, De Gaulle pronunció discursos similares en toda Argelia, ante muchedumbres igualmente delirantes.

No fue hasta que De Gaulle regresó a Francia que se comprendieron las palabras de sus discursos: en ningún momento prometió que Argelia seguiría siendo francesa. De hecho, insinuó que otorgaría el voto a los árabes, y que concedería una amnistía a los rebeldes argelinos que habían luchado por expulsar a los franceses del país. Por

algún motivo, en medio de la emoción que sus palabras habían creado, los colonos no repararon en lo que estas significaban realmente. De Gaulle los había engañado. Y en efecto, en los meses venideros, trabajó por conceder a Argelia su independencia, tarea que finalmente cumplió en 1962.

En general, las cartas son y seguirán siendo un medio inapreciable para impresionar a una joven; la letra muerta de la escritura suele tener mucha mayor influencia que la palabra viva. Una carta es una comunicación reservada; se es dueño de la situación, no se siente la presión de la presencia de nadie, y pienso que una muchacha prefiere estar a solas con su ideal. Cuando haya recibido una carta mía, el dulce veneno habrá penetrado en su sangre y bastará una palabra para que el amor estalle en ella como una tempestad. [...] Cuando con una carta puedo penetrar más hondo en mi amada, mis movimientos son más fáciles y ella, en cierto modo, me puede confundir con el ser universal que vive en su amor. Además, en una carta podemos actuar con mucha mayor desenvoltura; por escrito, puedo echarme con suma facilidad a sus pies, etcétera, cosa que realizada en realidad me haría aparecer como un exaltado y toda ilusión iba a perderse [...]

SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR*

Interpretación. A De Gaulle le importaba poco aquella antigua colonia francesa, y lo que esta simbolizaba para algunos franceses. Tampoco sentía simpatía por quien fomentara la guerra civil. Su única preocupación era hacer de Francia una potencia moderna. Así, cuando fue a Argel, tenía un plan a largo plazo: debilitar a los derechistas poniéndolos a pelear entre sí, y trabajar por la independencia de Argelia. Su meta a corto plazo debía ser reducir la tensión y ganar tiempo. No mintió a los colonos diciéndoles que apoyaba su causa; eso habría generado problemas en la patria. En cambio, los engatusó con oratoria seductora, los embriagó de palabras. Su famoso «Los he entendido» fácilmente habría podido significar: «Entiendo el peligro que representan». Pero una multitud jubilosa que esperaba su apoyo interpretó eso como ella quería. Para mantenerla en un tono febril, De Gaulle hizo emotivas referencias: a la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial, por ejemplo, y a la necesidad de «disciplina», palabra con enorme atractivo para los derechistas. Llenó sus oídos de promesas: un nuevo gobierno, un futuro glorioso. Los puso a corear, creando así un vínculo emocional. Habló con tono dramático y trémula emoción. Sus palabras provocaron una especie de delirio.

De Gaulle no buscaba expresar sus sentimientos ni decir la verdad: quería

producir un efecto. Esta es la clave de la oratoria seductora. Ya sea que hables ante un solo individuo o una multitud, haz un pequeño experimento: refrena tu deseo de expresar tu opinión. Antes de abrir la boca, hazte una pregunta: «¿Qué puedo decir para que tenga el efecto más placentero en mis oyentes?». Esto implica a menudo halagar su ego, mitigar sus inseguridades, darles vagas esperanzas del futuro, comprender sus pesares («Los he entendido»). Comienza con algo agradable y todo resultará fácil: la gente bajará sus defensas. Se mostrará bien dispuesta, abierta a sugerencias. Concibe tus palabras como una droga embriagante que emocionará y confundirá a la gente. Haz vago y ambiguo tu lenguaje, permitiendo que tus oyentes llenen los vacíos con sus fantasías e imaginación. En vez de dejar de escucharte, irritarse, ponerse a la defensiva y desesperar de que te calles, se plegarán, felices con tus dulces palabras.

Explora el camino por medio de la cera que barniza las elegantes tablillas, \ y que ella sea la primera anunciadora \ de la disposición de tu ánimo, que ella le diga \ tus ternuras con las expresiones que usan los amantes, \ y seas quien seas, no te sonrojen las más humildes súplicas. Aquiles, \ movido por las preces, entregó a Príamo el cadáver de Héctor; \ la voz del suplicante templó la cólera de los dioses. \ No economices en prometer, que al fin no arruina a nadie, y todo \ el mundo puede ser rico en promesas. [...] \ Dirígele tus billetes impregnados de dulcísimas frases \ con el fin de explorar su disposición y tentar las dificultades del camino. \ Los caracteres trazados sobre un fruto burlaron a Cidipe, \ y la imprudente doncella, leyéndolos, se vio cogida \ por sus propias palabras. Jóvenes romanos, \ os aconsejo que no aprendáis las bellas artes con el único \ objeto de convertiros en defensores de los atribulados \ reos; la beldad se deja arrebatarse y aplaude al orador \ elocuente, lo mismo que la plebe, el juez adusto y el senador \ distinguido; pero ocultad el talento, que el rostro no \ descubra vuestra facundia y que en vuestras tablillas no \ se lean nunca expresiones afectadas. ¿Quién sino \ un estúpido escribirá a su tierna amiga \ en tono declamatorio? Con frecuencia un billete \ pedantesco atrae el desprecio a quien lo escribió. \ Sea tu razonamiento sencillo, tu estilo natural \ y a la vez insinuante, de modo que imagine \ verte y oírte al mismo tiempo. Si no recibe \ tu billete y lo devuelve sin leerlo, confía en que lo leerá \ más adelante y permanece firme en tu propósito.

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

ESCRITURA SEDUCTORA

Una tarde de primavera de fines de la década de 1830, en una calle de Copenhague, un hombre llamado Johannes vio de reojo a una hermosa joven. Ensimismada pero deliciosamente inocente, ella le fascinó, y él la siguió, a la distancia, e indagó dónde vivía. Se llamaba Cordelia Wahl, y vivía con su tía. Ambas llevaban una existencia tranquila; a Cordelia le gustaba leer, y estar sola. Seducir a jóvenes mujeres era la especialidad de Johannes, pero Cordelia sería una adquisición muy importante: había rechazado a varios buenos partidos.

Joahnnes imaginó que Cordelia anhelaba algo más de la vida, algo grandioso, semejante a los libros que leía y las ensoñaciones que presumiblemente llenaban su soledad. Organizó una presentación y empezó a frecuentar su casa, acompañado de un amigo suyo, Edward. Este muchacho tenía su propia intención de cortejar a Cordelia, pero era desaliñado, y se esmeraba demasiado en complacerla. Johannes, por el contrario, prácticamente la ignoraba, y amistaba en cambio con su tía. Hablaban de las cosas más banales: la vida de granja, las noticias del momento. Johannes incurría ocasionalmente en una conversación más filosófica, porque con el rabillo del ojo había notado que esas veces Cordelia lo escuchaba con atención, aunque fingiendo oír a Edward.

Las cosas siguieron así varias semanas. Johannes y Cordelia apenas si se hablaban, pero él estaba casi seguro de que la tenía intrigada, y de que Edward le irritaba en extremo. Una mañana, sabiendo que su tía estaba fuera, él visitó la casa. Era la primera vez que Cordelia y él estaban solos. Tan seca y cortésmente como pudo, él procedió a proponerle matrimonio. Sobra decir que ella se asustó y aturulló. ¿Un hombre que no había mostrado el menor interés en ella de pronto quería casarse? Se sorprendió tanto que refirió el asunto a su tía, quien, como Johannes esperaba, dio su aprobación. Si Cordelia se resistía, su tía respetaría sus deseos; pero Cordelia no lo hizo.

Por fuera, todo había cambiado. La pareja se comprometió. Johannes llegaba solo entonces a la casa, se sentaba con Cordelia, tomaba su mano y platicaba con ella. Pero dentro, él se cercioró de que las cosas siguieran siendo las mismas. Se mantenía distante y cortés. A veces se animaba, en particular cuando hablaba de literatura (el tema preferido de Cordelia); pero llegado cierto momento, volvía siempre a asuntos más prosaicos. Sabía que esto frustraba a Cordelia, quien esperaba que él fuera diferente. Pero aun cuando salían juntos, él la llevaba a reuniones sociales formales para parejas comprometidas. ¡Qué convencional! ¿Era eso en lo que, se suponía, consistían el amor y el matrimonio, en personas prematuramente avejentadas hablando de casas y un futuro gris? Cordelia, quien no se caracterizaba precisamente por su determinación, pidió a Johannes que dejara de arrastrarla a esos eventos.

En consecuencia, el individuo incapaz de escribir cartas y mensajes jamás será un seductor peligroso.

SØREN KIERKEGAARD, *O ESTO O AQUELLO*

El campo de batalla estaba listo. Cordelia estaba confundida y ansiosa. Semanas después de su compromiso, Johannes le envió una carta. En ella describía el estado de su alma, y su certeza de que la amaba. Hablaba con metáforas, sugiriendo que había esperado durante años, linterna en mano, la aparición de Cordelia; las metáforas se fundían con la realidad, en incesante vaivén. El estilo era poético, las palabras irradiaban deseo, pero el conjunto era divinamente ambiguo; Cordelia podía releer la carta diez veces sin estar segura de lo que decía. Al día siguiente Johannes recibió una respuesta. La redacción era simple y directa, pero llena de sentimiento: la carta de él la había hecho muy feliz, escribió Cordelia, y no se había imaginado ese lado de su carácter. Él contestó escribiendo que había cambiado. No dijo cómo o por qué, pero la implicación era que todo se debía a ella.

Él dio entonces en enviarle cartas casi a diario. En su mayoría eran de la misma extensión, con un estilo poético que tenía cierto dejo de locura, como si Johannes estuviese embriagado de amor. Hablaba de mitos griegos, comparando a Cordelia con una ninfa, y a él mismo con un río prendado de una doncella. Su alma, dijo, reflejaba meramente la imagen de ella; ella era todo lo que él podía ver, o en lo que podía pensar. Entre tanto, Johannes detectaba cambios en Cordelia: las cartas de ella eran cada vez más poéticas, menos sobrias. Sin darse cuenta, ella repetía las ideas de él, imitando su estilo e imágenes como si fueran propios. Asimismo, cuando se veían en persona, ella estaba nerviosa. Él cuidaba de seguir siendo el mismo, distante y majestuoso, pero estaba casi seguro de que ella lo veía ya de otra manera, sintiendo en él profundidades que no podía comprender. En público, ella pendía de cada palabra de él. Cordelia debía haber memorizado sus cartas, porque constantemente se refería a ellas en sus conversaciones. Era una vida secreta que compartían. Cuando ella tomaba su mano, lo apretaba más que antes. Sus ojos expresaban impaciencia, como si aguardaran el momento en que él hiciera algo audaz.

Hera, la del áureo trono, miró con sus ojos desde la cima del Olimpo, conoció a su hermano y cuñado, que se movía en la batalla donde se hacen ilustres los hombres, y se regocijó en el alma; pero vio a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida, abundante en manantiales, y se le hizo odioso en su corazón. Entonces Hera veneranda, la de ojos de novilla, pensaba cómo podía engañar a Zeus, que lleva la égida. Al fin le pareció que la mejor resolución

sería ataviarse bien y encaminarse al Ida, por si Zeus, abrasándose en amor, quería dormir a su lado y ella lograba derramar dulce y placentero sueño sobre sus párpados. [...] Y cuando hubo ataviado su cuerpo con todos los adornos, salió de la estancia; y llamando a Afrodita aparte de los dioses, le habló en estos términos: «¿Querrás complacerme, hija querida, en lo que yo te diga, o te negarás, irritada en tu ánimo, porque yo protejo a los dánaos y tú a los teucros?».

Respondióle Afrodita, hija de Zeus: «¡Hera, venerable diosa, hija del gran Cronos! Di qué quieres; mi corazón me impulsa a cumplirlo, si puedo hacerlo y ello es factible». Contestóle dolosamente la venerable Hera: «Dame el Amor y el Deseo con los cuales rindes a todos los inmortales y a los mortales hombres.» [...] Respondió de nuevo la risueña Afrodita: «No es posible ni sería conveniente negarte lo que pides, pues duermes en los brazos del poderosísimo Zeus». Dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los encantos; hallábanse ahí el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que hace perder el juicio a los más prudentes. [...] Hera subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las nubes, la vio venir; y apenas la distinguió enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo deseo que cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus padres. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo: «¡Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el carro que podrían conducirte?». Respondióle dolosamente la venerable Hera: «Voy a los confines de la fértil tierra, a ver a Océano, origen de los dioses, y a la madre Tetis, que me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio. [...]». Contestó Zeus, que amontona las nubes: «¡Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho ni me avasalló como ahora. [...] Con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera». Replicóle dolosamente la venerable Hera: «¡Terribilísimo Cronida! ¿Qué palabras proferiste! ¿Quieres acostarte y gozar del amor en las cumbres del Ida, donde todo es patente! ¿Qué ocurriría si alguno de los sempiternos dioses nos viese dormidos y lo manifestara a todas las deidades? Yo no volvería a tu palacio al levantarme del lecho; vergonzoso fuera. Mas si lo deseas y a tu corazón le es grato, tienes la cámara que tu hijo Hefesto labró, cerrando la puerta con sólidas tablas que encajan en el marco. Vamos a acostarnos allí, ya que el lecho

apeteces». Respondióle Zeus, que amontona las nubes: «¡Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre: te cubriré con una nube dorada que ni el Sol, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar para mirarnos».

HOMERO, *ILÍADA*

Johannes abrevió sus cartas, pero las volvió también más numerosas, mandando a veces varias en un día. Las imágenes se hicieron más físicas y sugestivas, el estilo más inconexo, como si él pudiera apenas organizar sus ideas. En ocasiones enviaba una nota con solo una o dos frases. Una vez, en una fiesta en casa de Cordelia, dejó caer una de esas notas en el cesto de tejido de ella, y la vio salir corriendo a leerla, ruborizada. En las cartas de ella, él veía signos de emoción y agitación. Haciéndose eco de un sentimiento que él había insinuado en una carta anterior, ella escribió que todo ese asunto del compromiso le parecía aborrecible: estaba muy por debajo de su amor.

Todo estaba entonces debidamente dispuesto. Pronto ella sería suya, como él quería. Cordelia rompería el compromiso. Un encuentro en el campo sería fácil de concertar; de hecho, ella sería quien lo propusiera. Esa sería la más hábil seducción de Johannes.

Interpretación. Johannes y Cordelia son los protagonistas del *Diario de un seductor* (1843), texto vagamente autobiográfico del filósofo danés Søren Kierkegaard. Johannes es un seductor muy experimentado, que se especializa en actuar sobre la mente de su víctima. Esto es justo lo que los pretendientes anteriores de Cordelia no hicieron: empezaron imponiéndose, un error muy común. Creemos que siendo persistentes, abrumando a nuestros objetivos con atención romántica, los convenceremos de nuestro afecto. Pero lo cierto es que los convencemos de nuestra impaciencia e inseguridad. Una atención enérgica no es halagadora, porque no ha sido personalizada. Es libido desenfrenada en acción; el objetivo lo adivina. Johannes es demasiado listo para empezar de modo tan obvio. En cambio, da un paso atrás, intrigando a Cordelia al actuar con cierta frialdad, y dando cuidadosamente la impresión de ser un hombre formal, algo reservado. Solo entonces la sorprende con su primera carta. Evidentemente, en él hay más de lo que ella pensaba; y una vez que ella termina por creerlo, su imaginación se desborda. Él puede embriagarla entonces con sus cartas, creando una presencia que la ronde como un fantasma. Las palabras de Johannes, con sus imágenes y referencias poéticas, están en la mente de Cordelia en todo momento. Y esta es la seducción suprema: poseer su mente antes de proceder a conquistar su cuerpo.

La historia de Johannes muestra qué gran arma en el arsenal del@ seductor@ puede ser una carta. Pero es importante aprender a incorporar las cartas en la seducción. Es mejor que no emprendas tu correspondencia hasta al menos varias

semanas después de tu contacto inicial con la otra persona. Deja que tus víctimas se hagan una impresión de ti: pareces enigmático, pero no muestras ningún interés particular en ellas. Cuando sientas que piensan en ti, es momento de atacarlas con tu primera carta. Cualquier deseo que expreses por ellas será una sorpresa; su vanidad se sentirá halagada, y querrán más. Entonces, haz más frecuentes tus cartas, de hecho más frecuentes que tus apariciones personales. Esto concederá a tus víctimas tiempo y espacio para idealizarte, lo que sería más difícil si siempre estuvieras frente a ellas. Después de que hayan caído bajo tu hechizo, podrás dar marcha atrás en cualquier momento, reduciendo tus cartas: hazles creer que pierdes interés en ellas y ansiarán más.

Idea tus cartas como un homenaje a tus víctimas. Haz que todo lo que escribes desemboque en ellas, como si fueran lo único en que puedes pensar: un efecto delirante. Si cuentas una anécdota, haz que se relacione con ellas de alguna manera. Tu correspondencia es una suerte de espejo que sostienes ante ellas; tus víctimas terminarán por verse reflejadas en tu deseo. Si por alguna razón no les gustas, escribe como si fuera al revés. Recuerda: el tono de tus cartas es lo que llegará al fondo de su ser. Si tu lenguaje es elevado, poético, creativo en sus elogios, contagiará a tus víctimas a pesar de ellas mismas. Nunca discutas, nunca te defiendas, nunca las acuses de ser crueles. Esto arruinaría el hechizo.

Una carta puede sugerir emoción pareciendo desordenada, que pasa de un tema a otro. Es evidente que te cuesta trabajo pensar; tu amor te ha trastornado. Las ideas desordenadas son pensamientos excitantes. No pierdas tiempo en información objetiva: concéntrate en sentimientos y sensaciones, usando expresiones rebosantes de connotaciones. Siembra ideas dejando caer indirectas, escribiendo sugestivamente sin explicarte. Jamás sermonees, nunca parezcas intelectual ni superior; esto solo te volvería ampuloso, lo cual es fatal. Es mucho mejor hablar coloquialmente, aunque con un filo poético para elevar el lenguaje por encima del lugar común. No te pongas sentimental: cansa, y es demasiado directo. Sugiere el efecto que tu blanco ejerce en ti en vez de regodearte en cómo te sientes. Sé vago y ambiguo, y darás al lector margen para imaginar y fantasear. La meta de tu escritura no debe ser expresarte, sino producir emoción en el lector, propagar confusión y deseo.

Sabrás que tus cartas tienen el efecto apropiado cuando tus objetivos acaben por ser reflejo de tus ideas, repitiendo lo que tú escribiste, ya sea en sus cartas o en persona. Este será el momento de pasar a lo físico y erótico. Usa un lenguaje que estremezca por sus connotaciones sexuales, o, mejor aún, sugiere sexualidad abreviando tus cartas, y volviéndolas más frecuentes, e incluso más desordenadas que antes. No hay nada más erótico que la nota corta y abrupta. Tus ideas son inconclusas: solo pueden ser completadas por la otra persona.

sé qué decir, pues dais la vuelta a las cosas de un modo que parecéis tener razón, y, sin embargo, es indudable que no la tenéis. Guardaba yo los más hermosos pensamientos del mundo, y vuestros discursos lo han embrollado todo.

—Molière

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Rara vez pensamos antes de hablar. Es propio de la naturaleza humana decir lo primero que nos viene a la cabeza, y usualmente lo primero en llegar es algo sobre nosotr@s mism@s. Usamos las palabras para expresar antes que nada nuestros sentimientos, ideas y opiniones. (También para quejarnos y discutir). Esto se debe a que por lo general estamos absort@s en nosotr@s: la persona que más nos interesa somos nosotr@s mism@s. Hasta cierto punto, esto es inevitable, y en gran parte de nuestra vida no tiene casi nada de malo; podemos operar muy bien de esta manera. Pero en la seducción, eso limita nuestro potencial.

No podrás seducir sin la capacidad de salir de tu piel y entrar en la de la otra persona, penetrando su psicología. La clave del lenguaje seductor no son las palabras que dices, ni el tono de tu voz: es un cambio radical de perspectiva y hábitos. Tienes que dejar de decir lo primero que te viene a la mente; debes controlar el impulso de balbucear y dar rienda suelta a tus opiniones. La clave es ver las palabras como un instrumento no para comunicar ideas y sentimientos auténticos, sino para confundir, deleitar y embriagar.

ANTONIO: ¡Amigos romanos, compatriotas, prestadme atención! ¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle! ¡El mal que hacen los hombres perdura sobre su memoria! ¡Frecuentemente el bien queda sepultado con sus huesos! ¡Sea así con César! [...] ¡No hablo para desaprobar lo que Bruto habló! ¡Pero estoy aquí para decir lo que sé! Todos le amasteis alguna vez, y no sin causa. ¿Qué razón, entonces, os detiene ahora para no llevarle luto? ¡Oh, raciocinio! Has ido a buscar asilo en los irracionales, pues los hombres han perdido la razón... ¡Perdonadme un momento! ¡Mi corazón está ahí, en ese féretro, con César, y he de detenerme hasta que torne a mí! [...] **CIUDADANO 2º:** ¡Pobre alma! ¡Tiene

los ojos enrojecidos como el fuego, de tanto llorar! CIUDADANO 3º: ¡En Roma no existe un hombre más noble que Antonio! CIUDADANO 4º: Observémosle ahora. Va a hablar de nuevo. ANTONIO: ¡Ayer todavía, la palabra de César hubiera podido prevalecer contra el universo! ¡Ahora yace ahí, y nadie hay tan humilde que le reverencie! ¡Oh señores! Si estuviera dispuesto a excitar al motín y a la cólera a vuestras mentes y corazones, sería injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos sabéis, son hombres honrados. ¡No quiero ser injusto con ellos! [...] Pero he aquí un pergamino con el sello de César. Lo hallé en su gabinete, y es su testamento. ¡Oiga el pueblo esta su voluntad, aunque, con vuestro permiso, no me propongo leerlo, e irá a besar las heridas de César muerto y a empapar sus pañuelos en su sagrada sangre! [...] CIUDADANO 4º: ¡Queremos oír el testamento! ¡Leedlo, Marco Antonio! TODOS: ¡El testamento! ¡El testamento! ¡Queremos oír el testamento de César! ANTONIO: ¡Sed pacientes, amables amigos! ¡No debo leerlo! ¡No es conveniente que sepáis hasta qué extremo os amó César! Pues siendo hombres, al oír el testamento de César os enfureceríais llenos de desesperación. Así, no es bueno haceros saber que os instituye sus herederos, pues si lo supierais, ¡oh!, ¿qué no habría de acontecer? [...] Si tenéis lágrimas, disponeos ahora a verterlas. ¡Todos conocéis este manto! Recuerdo cuando César lo estrenó. [...] ¡Mirad: por aquí penetró el puñal de Casio! ¡Ved qué brecha abrió el envidioso Casca! ¡Por esta otra le hirió su muy amado Bruto! ¡Y al retirar su maldecido acero, observad cómo la sangre de César parece haberse lanzado en pos de él! [...] ¡Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de César! ¡Juzgad, oh, dioses, con qué ternura le amaba César! ¡Ese fue el golpe más cruel de todos, pues cuando el noble César vio que él también le hería, la ingratitud, más potente que los brazos de los traidores, le anonadó completamente! [...] ¡Oh, ahora lloráis, y percibo sentir en vosotros la impresión de la piedad! ¡Esas lágrimas son generosas! ¡Almas compasivas! ¿Por qué lloráis, cuando aún no habéis visto más que la desgarrada vestidura de César? ¡Mirad aquí! ¡Aquí está él mismo, desfigurado, como veis, por los traidores!

WILLIAM SHAKESPEARE, *JULIO CÉSAR*

La diferencia entre el lenguaje normal y el lenguaje seductor es como la que existe entre el ruido y la música. El ruido es una constante en la vida moderna, algo irritante que dejamos de oír si podemos. Nuestro lenguaje normal es como el ruido:

la gente puede escucharnos a medias mientras hablamos de nosotr@s, pero casi siempre sus pensamientos estarán a millones de kilómetros de distancia. De vez en cuando escuchará cuando digamos algo que aluda a ella, pero esto solo durará hasta que volvamos a otra historia sobre nosotr@s. Ya desde la infancia aprendemos a desconectarnos de este tipo de ruido (sobre todo si se trata de nuestros padres).

La música, por el contrario, es seductora, y cala en nosotr@s. Su fin es el placer. Una melodía o ritmo permanece en nosotr@s varios días después de que lo hemos oído, alterando nuestro ánimo y emociones, relajándonos o estremeciéndonos. Para hacer música en vez de ruido, debes decir cosas que complazcan: cosas que se relacionen con la vida de la gente, que toquen su vanidad. Si ella tiene muchos problemas, producirás el mismo efecto distrayéndola, desviando su atención al decir cosas ingeniosas y entretenidas, o que hagan parecer brillante y esperanzador el futuro. Promesas y halagos son música para los oídos de cualquiera. Este es un lenguaje ideado para motivar a la gente y reducir su resistencia. Un lenguaje ideado para ella, no dirigido a ella.

El escritor italiano Gabriele D'Annunzio era poco atractivo físicamente, pero las mujeres no podían resistírsele. Aun las que conocían su fama de donjuán y lo repudiaban por eso (la actriz Eleonora Duse y la bailarina Isadora Duncan, por ejemplo) caían bajo su hechizo. El secreto era el torrente de palabras en que envolvía a una mujer. Su voz era musical, su lenguaje poético y, lo más devastador de todo, sabía halagar. Sus halagos apuntaban justamente a las debilidades de una mujer, los aspectos en que ella necesitaba confirmación. ¿Una mujer era hermosa pero insegura de su ingenio e inteligencia? D'Annunzio se cercioraba de decirse embrujado no por su belleza, sino por su mente. La comparaba con una heroína de la literatura, o con una figura mitológica cuidadosamente seleccionada. Hablando con él, el ego de ella duplicaba su tamaño.

El halago es lenguaje seductor en su forma más pura. Su propósito no es expresar una verdad o un sentimiento genuino, sino únicamente producir un efecto en el@ receptor@. Como D'Annunzio, aprende a orientar tus elogios directamente a las inseguridades de una persona. Por ejemplo, si un hombre es un excelente actor y se siente seguro de sus habilidades profesionales, halagarlo por su actuación tendrá poco efecto, e incluso podría resultar en lo contrario: él podría sentirse por encima de la necesidad de que se exalte su ego, y tus halagos semejarán decir otra cosa. Pero supongamos que este actor es también músico o pintor aficionado. Hace solo su trabajo, sin apoyo profesional ni publicidad, y bien sabe que otros se ganan la vida así. El halago de sus aspiraciones artísticas irá directo a su cabeza, y te ganará un punto doble. Aprende a percibir las partes del ego de una persona que necesitan confirmación. Convierte esto en una sorpresa, algo que nadie más ha pensado elogiar; algo que puedas describir como un talento o cualidad positiva que l@s demás no hayan notado. Habla con cierto temblor, como si los encantos de tus objetivos te arrollaran y emocionaran.

El halago puede ser una especie de preludio verbal. Los poderes de seducción de

Afrodita, de los que se decía que procedían del magnífico cinto que ella portaba, implicaban dulzura en el lenguaje, habilidad en el manejo de las palabras suaves y halagadoras que preparan el camino para las ideas eróticas. Las inseguridades y la fastidiosa desconfianza en un@ mism@ tienen un efecto desalentador en la libido. Haz que tus blancos se sientan seguros y tentadores gracias a tus halagadoras palabras, y su resistencia se derretirá.

A veces lo más agradable al oído es la promesa de algo maravilloso, un futuro vago pero optimista apenas a la vuelta de la esquina. El presidente Franklin Delano Roosevelt, en sus discursos públicos, hablaba poco de programas específicos contra la Gran Depresión; en cambio, se servía de retórica vehemente para pintar una imagen del glorioso futuro de Estados Unidos. En las diversas leyendas de Don Juan, el gran seductor dirigía de inmediato la atención de las mujeres al futuro, un mundo fantástico al que prometía llevarlas. Ajusta tus palabras dulces a los problemas y fantasías particulares de tus objetivos. Promete algo alcanzable, posible, pero no seas demasiado específic@; los estás invitando a soñar. Si están estancados en la abúlica rutina, habla de aventura, preferiblemente contigo. No digas cómo se logrará eso; habla como si mágicamente ya existiera, en un momento futuro. Sube las ideas de la gente a las nubes y se relajará, bajará sus defensas, y será mucho más fácil maniobrar y descarriarla. Tus palabras serán una suerte de droga exultante.

La forma más antiseductora del lenguaje es la discusión. ¿Cuántos enemigos ocultos nos creamos discutiendo? Hay una manera superior de hacer que la gente escuche y se convenza: el humor y un toque de ligereza. El político inglés del siglo XIX, Benjamin Disraeli, era un maestro de este juego. En el parlamento, no contestar una acusación o comentario calumnioso era un grave error: el silencio significaba que el acusador tenía razón. Pero responder airadamente, entrar en una discusión, era arriesgarse a parecer amenazador y defensivo. Disraeli usaba una táctica diferente: mantenía la calma. Cuando llegaba el momento de responder a un ataque, se abría lento camino hasta el estrado, hacía una pausa y expelía una réplica humorística o sarcástica. Todos reían. Habiendo animado a los presentes, procedía a refutar a su enemigo, insertando aún divertidos comentarios; o simplemente pasaba a otro tema, como si estuviera por encima de todo eso. Su humor quitaba la ponzoña a cualquier ataque en su contra. La risa y el aplauso tienen un efecto dominó: una vez que tus oyentes ríen, es más probable que vuelvan a hacerlo. Gracias a este buen humor, también son más propens@s a escuchar. Un toque sutil y un poco de ironía te dan margen para convencerl@s, ponerl@s de tu lado, burlarte de tus enemig@s. Esta es la forma seductora de discutir.

Poco después del asesinato de Julio César, el jefe de la banda de conspiradores que lo mató, Bruto, habló ante una turba enojada. Trató de razonar con ella, explicando que había querido salvar a la República romana de la dictadura. El pueblo se convenció de momento; sí, Bruto parecía un hombre decente. Entonces Marco Antonio subió a la tribuna, y pronunció a su vez un elogio de César. Parecía abrumado por la emoción. Habló de su amor por César, y del amor de César por el

pueblo romano. Mencionó el testamento de César; la multitud gritó que quería oírlo, pero Marco Antonio dijo que no, porque si lo leía la gente sabría cuánto la había amado César, y cuán ruin era su asesinato. La muchedumbre insistió en que leyera el testamento; en cambio, él mostró el manto ensangrentado de César, señalando sus rasgaduras y roturas. Ahí era donde Bruto había apuñalado al gran general, dijo; Casio lo había apuñalado allí. Finalmente, leyó el testamento, que decía cuánta riqueza había dejado César al pueblo romano. Ese fue el *coup de grâce*: la multitud se volvió contra los conspiradores y procedió a lincharlos.

Marco Antonio era un hombre listo, que sabía cómo excitar a una multitud. De acuerdo con el historiador griego Plutarco, «cuando vio que su oratoria hechizaba al pueblo y este se conmovía profundamente con sus palabras, empezó a introducir en sus elogios [del difunto] una nota de dolor e indignación por la suerte de César». El lenguaje seductor apunta a las emociones de las personas, porque los individuos emocionados son más fáciles de engañar. Marco Antonio se sirvió de varios recursos para excitar a la multitud: un temblor en su voz, un tono consternado y después colérico. Una voz emotiva tiene un inmediato efecto contagioso en el@escucha. Marco Antonio también incitó a la multitud con el testamento, dejando su lectura hasta el final, a sabiendas de que llevaría a la gente al límite. Al mostrar el manto, volvió viscerales sus imágenes.

Quizá tú no tengas que conducir a una muchedumbre al frenesí; solo debes poner a la gente de tu parte. Elige con cuidado tu estrategia y tus palabras. Tal vez creas que es preferible razonar con la gente, explicar tus ideas. Pero al público le es difícil determinar si un argumento es razonable mientras te oye. Tendría que concentrarse y escuchar con atención, lo que requiere gran esfuerzo. La gente se distrae fácilmente con otros estímulos; y si pierde una parte de tu argumento, se sentirá confundida, intelectualmente inferior y vagamente insegura. Es más persuasivo apelar al corazón de la gente que a su cabeza. Todos compartimos emociones, y nadie se siente inferior ante un orador que despierta sus sentimientos. La multitud se une, contagiada por la emoción. Marco Antonio habló de César como si sus oyentes y él experimentaran el asesinato desde el punto de vista de César. ¿Qué podía ser más incitante? Usa esos cambios de perspectiva para que tus escuchas sientan lo que dices. Orquesta tus efectos. Es más eficaz pasar de una emoción a otra que tocar una sola nota. El contraste entre el afecto de Marco Antonio por César y su indignación contra los asesinos fue mucho más poderoso que si solo hubiera aludido a uno de esos sentimientos.

Las emociones que intentas despertar deben ser intensas. No hables de amistad y desacuerdo; habla de amor y odio. Y es crucial que trates de sentir algunas de las emociones que deseas suscitar. Serás más creíble de esa manera. Esto no debería resultarte difícil: antes de hablar, imagina las razones para amar u odiar. De ser necesario, piensa en algo de tu pasado que te llene de rabia. Las emociones son contagiosas: es más fácil hacer llorar a alguien si tú lloras. Haz de tu voz un instrumento, y edúcala para que comunique emociones. Aprende a parecer sincero.

Napoleón estudiaba a los mayores actores de su tiempo, y cuando estaba solo practicaba el tono emotivo de su voz.

La meta del discurso seductor suele ser generar una especie de hipnosis: distraer a las personas, bajar sus defensas, hacerlas más vulnerables a la sugestión. Aprende las lecciones de repetición y afirmación del hipnotista, elementos clave para dormir a un sujeto. La repetición implica el uso de las mismas palabras una y otra vez, de preferencia un término de contenido emocional: «impuestos», «liberales», «fanáticos». El efecto es hipnótico: la simple repetición de ideas puede bastar para implantarlas de fijo en el inconsciente de la gente. La afirmación se reduce a hacer enérgicos enunciados positivos, como las órdenes del hipnotista. El lenguaje seductor debe poseer una suerte de intrepidez, que encubrirá múltiples deficiencias. Tu público quedará tan atrapado por tu lenguaje intrépido que no tendrá tiempo de reflexionar si es cierto o no. Nunca digas: «No creo que la otra parte tome una buena decisión»; di: «Merecemos algo mejor», o «Han hecho un desastre». El lenguaje afirmativo es activo, está lleno de verbos, imperativos y frases cortas. Elimina los «Creo...», «Quizá...», «En mi opinión...». Ve directo al grano.

Estás aprendiendo a hablar un tipo diferente de lenguaje. La mayoría de la gente emplea el lenguaje simbólico: sus palabras representan algo real, los sentimientos, ideas y creencias que en verdad tiene. O representan cosas concretas del mundo real. (El origen de la palabra «simbólico» reside en el término griego que significa «unir cosas»; en este caso, una palabra y algo real). Como seductor@, debes usar lo opuesto: el lenguaje diabólico. Tus palabras no representan nada real; su sonido, y los sentimientos que evocan, son más importantes que lo que se supone que significan. (La palabra «diabólico» significa en última instancia separar, apartar; aquí, palabras y realidad). Entre más logres que l@s demás se concentren en tu dulce lenguaje, y en las ilusiones y fantasías a que alude, más disminuirás su contacto con la realidad. Súbel@s a las nubes, donde es difícil distinguir la verdad de la mentira, lo real de lo irreal. Usa palabras vagas y ambiguas, para que la gente nunca sepa lo que quieres decir. Envuélvela en un lenguaje, diabólico, y no podrá fijarse en tus maniobras, en las posibles consecuencias de tu seducción. Y entre más la pierdas en la ilusión, más fácil te será descarriarla y seducirla.

Símbolo: Las nubes. En ellas es difícil ver la forma exacta de las cosas. Todo parece vago; la imaginación se desboca, viendo lo que no hay. Tus palabras deben subir a la gente a las nubes, donde se perderá fácilmente.

REVERSO

No confundas lenguaje florido con seducción; al emplear un lenguaje florido, corres el riesgo de exasperar a la gente, de parecer pretensios@. El exceso de palabras es signo de egoísmo, o de incapacidad para refrenar tus tendencias naturales. A menudo, en el lenguaje menos es más: una frase elusiva, vaga, ambigua deja al oyente más margen para la imaginación que una oración ampulosa y autocomplaciente.

Siempre piensa primero en tus blancos, en lo que agrada a sus oídos. Habrá muchas veces en que el silencio sea lo mejor. Lo que no dices puede ser sugestivo y elocuente, y te hará parecer misterios@. En *El libro de la almohada*, de Sei Shônagon, diario de la corte japonesa del siglo XI, al consejero Yoshichika le intriga una dama que ve en un carruaje, callada y hermosa. Le envía una nota, y ella responde con otra; él es el único que la lee, pero por su reacción tod@s suponen que ha sido de mal gusto, o que está mal escrita. Esto arruina el efecto de la belleza de la dama. Escribe Sei Shônagon: «He oído a personas sugerir que ninguna respuesta en absoluto es mejor que una mala». Si no eres elocuente, si no puedes dominar el lenguaje seductor, aprende al menos a contener tu lengua: usa el silencio para cultivar una presencia enigmática.

Por último, la seducción tiene compás y ritmo. En la fase uno, sé caut@ e indirect@. Con frecuencia es mejor esconder tus intenciones, tranquilizar a tu objetivo con palabras deliberadamente neutras. Tu conversación debe ser inofensiva, aun algo sosa. En la segunda fase, pasa al ataque; este es el momento del lenguaje seductor. Envolver entonces a tu blanco en palabras y cartas seductoras será una grata sorpresa. Le concederás la sensación, enormemente placentera, de que es él quien de repente inspira en ti esa poesía, esas palabras embriagadoras.

11. Presta atención a los detalles

Las nobles pa-labras de amor y los gestos imponentes pueden ser sospechosos: ¿por qué te empeñas tanto en complacer? Los detalles de una seducción —los gestos sutiles, lo que haces sin pensar— suelen ser más fascinantes y reveladores. Aprende a distraer a tus víctimas con miles de pequeños y gratos rituales: amables regalos justo para ellas, ropa y accesorios destinados a complacerlas, actos que den realce al tiempo y atención que les dedicas. Todos sus sentidos participan en los detalles que orquestas. Crea espectáculos que las deslumbren; hipnotizadas por lo que ven, no advertirán lo que en verdad te propones. Aprende a sugerir con detalles los sentimientos y el ánimo apropiados.

EL EFECTO HIPNÓTICO

En diciembre de 1898, las esposas de los siete principales embajadores occidentales en China recibieron una extraña invitación: la emperatriz viuda Tzu Hsi, de sesenta y tres años de edad, ofrecería un banquete en su honor en la Ciudad Prohibida de Pekín. Los embajadores estaban muy a disgusto con la emperatriz viuda, por varias razones. Era manchú, raza del norte que había conquistado China a principios del siglo XVII, estableciendo la dinastía Ching y gobernando el país durante cerca de trescientos años. Para la década de 1890, las potencias occidentales habían empezado a dividirse partes de China, país al que consideraban atrasado. Querían que China se modernizara, pero los manchúes eran conservadores, y se oponían a toda reforma. A principios de 1898, el emperador chino, Kuang Hsu, sobrino de la emperatriz viuda, de veintisiete años, había emprendido una serie de reformas, con la aprobación de Occidente. Cien días después de iniciado este periodo, de la Ciudad Prohibida llegó a los diplomáticos occidentales el rumor de que el emperador estaba muy enfermo, y de que la emperatriz viuda había tomado el poder. Sospecharon juego sucio; era probable que la emperatriz hubiera actuado para detener las reformas. Se maltrataba al emperador, quizá incluso se le envenenaba; tal vez ya estaba muerto. Cuando las esposas de los siete embajadores se preparaban para su inusual visita, sus esposos les advirtieron no confiar en la emperatriz viuda. Mujer astuta de vena cruel, había salido de la oscuridad para convertirse en concubina del anterior emperador, y al paso del tiempo había logrado acumular enorme poder. En mucho mayor medida que el emperador, ella era la persona más temida en China.

La galera en que iba sentada, resplandeciente como un trono, parecía arder sobre el agua. La popa era de oro batido; las velas, de púrpura, y tan perfumadas, que dijérase que los vientos languidecían de amor por ellas; los remos, que eran de plata, acordaban sus golpes al son de flautas y forzaban el agua que batían a seguir más aprisa, como enamorada de ellos. En cuanto a la persona misma de Cleopatra, hacía pobre toda descripción. Reclinada en su pabellón, hecho de brocado de oro, excedía a la pintura de esa Venus, donde vemos, sin embargo, la imaginación

sobrepajar a la Naturaleza. En cada uno de sus costados se hallaban lindos niños con hoyuelos, semejantes a Cupido, sonrientes, con abanicos de diversos colores. El viento parecía encenderles las delicadas mejillas, al mismo tiempo que las refrescaba, haciendo así lo que deshacía. [...] Sus mujeres, parecidas a las nereidas, como otras tantas sirenas, acechaban con sus ojos los deseos y añadían a la belleza de la escena la gracia de sus inclinaciones. En el timón, una de ellas, que se podría tomar por sirena, dirige la embarcación; el velamen de seda se infla bajo la maniobra de esas manos suaves como las flores, que llevan a cabo listamente su oficio. De la embarcación se escapa invisible un perfume extraño que embriaga los sentidos del malecón adyacente. La ciudad envía su población entera a su encuentro, y Antonio queda solo, sentado en su trono, en la plaza pública, silbando al aire, que, si hubiera podido hacerse remplazar, habría ido también a contemplar a Cleopatra, y creado un vacío en la Naturaleza.

WILLIAM SHAKESPEARE, *ANTONIO Y CLEOPATRA*

El día previsto, las mujeres fueron trasladadas a la Ciudad Prohibida en una procesión de palanquines cargados por eunucos de la corte enfundados en deslumbrantes uniformes. Ellas mismas, para no quedarse atrás, lucían la moda occidental más reciente: corsés ajustados, largos vestidos de terciopelo con mangas tipo jamón, crinolinas, sombreros altos con plumas. Los residentes de la Ciudad Prohibida miraban asombrados sus prendas, en particular el modo en que sus vestidos dejaban ver su busto prominente. Las esposas estaban seguras de haber impresionado a sus anfitriones. En la Sala de Audiencias las recibieron príncipes y princesas, así como la baja realeza. Las chinas vestían magníficos atuendos manchúes con el tradicional tocado alto y negro con incrustaciones de joyas; seguían un orden jerárquico, el cual se reflejaba en la tonalidad de sus vestidos, pasmoso arco iris de colores.

A las esposas se les sirvió té en las tazas de porcelana más delicadas, y luego se les condujo a la presencia de la emperatriz viuda. La vista les quitó el aliento. La emperatriz estaba sentada en el Trono del Dragón, tachonado de joyas. Portaba ropajes con decoraciones de brocado, un tocado majestuoso cubierto de diamantes, perlas y jades, y un enorme collar de perlas perfectamente combinadas. Era menuda; pero en el trono, con ese atavío, parecía un gigante. Sonreía a las damas con visible cordialidad y sinceridad. Para alivio de estas últimas, sentado bajo ella en un trono menor estaba su sobrino el emperador. Lucía pálido, pero las recibió con entusiasmo, y parecía de buen ánimo. Quizá era cierto que simplemente estaba enfermo.

La emperatriz estrechó la mano de cada una de las mujeres. Mientras lo hacía, un

eunuco de su séquito le entregaba un enorme anillo de oro que llevaba engastada una perla inmensa, el cual ella deslizaba en la mano de cada mujer. Tras esta introducción, las esposas fueron llevadas a otra sala, en la que tomaron té de nuevo, y después se les condujo a un salón de banquetes, donde la emperatriz se sentó en una silla de satén amarillo, siendo el amarillo el color imperial. Les habló un rato; tenía una voz hermosa. (Se decía que con ella podía atraer literalmente a las aves desde los árboles). Al término de la conversación, tendió de nueva cuenta la mano a cada mujer, y con gran emoción les dijo: «Una familia, una gran familia». Las mujeres vieron luego una función en el teatro imperial. Finalmente, la emperatriz las recibió por última vez. Se disculpó por la función que acababan de ver, sin duda inferior a las que acostumbraban en Occidente. Hubo una ronda más de té, y en esta ocasión, como informó la esposa del embajador estadounidense, la emperatriz «se acercó, se llevó a los labios cada taza y le dio un sorbo, para ofrecerla después al otro extremo, a nuestros labios, volviendo a decir: “Una familia, una gran familia”». Las mujeres recibieron más regalos, y posteriormente se les condujo otra vez a sus palanquines y fuera de la Ciudad Prohibida.

Las mujeres transmitieron a sus esposos su firme convicción de que se habían equivocado por completo respecto a la emperatriz. La esposa del embajador estadounidense informó: «Ella estaba radiante y feliz, y su rostro refulgía de buena voluntad. No había huella alguna de crueldad por descubrir. [...] Sus acciones rebosaban generosidad y calidez. [...] [Salimos] llenas de admiración por su majestad y esperanza para China». Los esposos reportaron a su vez a sus gobiernos: el emperador estaba bien, y la emperatriz era digna de confianza.

En los gloriosos días de los barrios alegres de Edo, había un experto en modas llamado Sakakura, quien intimó con la gran cortesana Chitosé. Esta mujer era muy dada a beber sake; como plato para acompañar gustaba de los así llamados cangrejos de las flores, que se hallaban en el río Mogami, en el este, y que ponía en salmuera para su disfrute. Sabiendo esto, Sakakura encargó a un pintor de la escuela de Kano ejecutar la cresta de bambú de Chitosé en polvo de oro sobre los diminutos caparazones de esos cangrejos; fijó el precio de cada caparazón pintado en una moneda rectangular de oro, y los regaló a Chitosé a lo largo del año, para que nunca careciera de ellos.

IHARA SAIKAKU, *VIDA DE UNA MUJER ENAMORADA Y OTROS TEXTOS*

Interpretación. El contingente extranjero en China no tenía idea de lo que

realmente pasaba en la Ciudad Prohibida. Lo cierto era que el emperador había conspirado para arrestar, y quizá asesinar, a su tía. Al descubrir el complot, un crimen terrible en términos confucianos, ella lo obligó a firmar su propia abdicación, lo hizo encerrar y dijo al mundo exterior que estaba enfermo. Como parte de su castigo, tenía que aparecer en las ceremonias oficiales y actuar como si nada hubiera ocurrido.

La emperatriz viuda detestaba a los occidentales, a quienes consideraba bárbaros. Le disgustaban las esposas de los embajadores, con su fea moda y absurdas maneras. El banquete fue una ostentación, una seducción, para apaciguar a las potencias occidentales, que amenazaban con invadir si el emperador había sido asesinado. La meta de esta seducción fue simple: deslumbrar a las esposas con colores, espectáculo, teatro. La emperatriz aplicó toda su experiencia en esta tarea, y tenía don para los detalles. Planeó los espectáculos en orden ascendente: los eunucos uniformados primero, luego las damas manchúes con sus tocados, y al final ella misma. Era teatro puro, y fue avasallador. Más tarde la emperatriz bajó el tono del espectáculo, humanizándolo con regalos, saludos cordiales, la tranquilizadora presencia del emperador, té y entretenimientos, en absoluto inferiores a los de Occidente. Concluyó el banquete con otra nota alta: el pequeño drama de compartir las tazas, seguido por regalos aún más fastuosos. A las mujeres les daba vueltas la cabeza al marcharse. En verdad, nunca habían visto tan exótico esplendor, y jamás supieron cuán cuidadosamente había orquestado la emperatriz todos los detalles. Encantadas por el espectáculo, transfirieron su satisfacción a la emperatriz y le dieron su aprobación, justo lo que ella necesitaba.

La clave para distraer a la gente (seducción es distracción) es llenar sus ojos y oídos de detalles, pequeños rituales, objetos coloridos. El detalle es lo que hace que las cosas parezcan reales y sustanciales. Un regalo ponderado no parecerá tener un motivo oculto. Un ritual repleto de minúsculas y encantadoras acciones es un espectáculo sumamente disfrutable. La joyería, los accesorios bellos, los toques de color en la ropa deslumbran al ojo. Es una debilidad infantil nuestra: preferimos fijarnos en los detallitos agradables que en el panorama general. Cuanto mayor sea el número de los sentidos a los que apeles, más hipnótico será el efecto. Los objetos que usas para seducir (regalos, prendas, etcétera) hablan un lenguaje propio, y eficiente. Jamás ignores un detalle ni lo dejes al azar. Orquéstralos en un espectáculo y nadie notará lo manipulador@ que eres.

Los hombres que han practicado el amor han tenido siempre como máxima que no hay nada comparable a una mujer arreglada. Asimismo, cuando se reflexiona en que un hombre desdeña, arruga, retuerce y resta importancia a las mejores galas de su dama, y en que obra su ruina y perdición en favor de los grandiosos paños de oro y telas de plata, el oropel y las sedas, las perlas y piedras

preciosas, se ve que su ardor y satisfacción aumentan muchas veces, mucho más que con una simple pastora u otra mujer de igual condición, por bella que sea. • ¿Y por qué antaño se juzgaba a Venus tan hermosa y deseable sino porque, con toda su belleza, siempre iba elegantemente ataviada, y por lo general perfumada, pues su dulce aroma se percibía a cien pasos de distancia? Porque siempre se ha dicho que los perfumes son una gran incitación al amor. • Esta es la razón de que las emperatrices y grandes damas de Roma hicieran mucho uso de tales perfumes, como lo hacen nuestras grandes damas de Francia, y sobre todo las de España e Italia, que desde tiempos inmemoriales han sido más curiosas y exquisitas en sus lujos que las francesas, así en perfumes como en vestidos y majestuosos atuendos, de los que las bellas de Francia han tomado los patrones y copiado la primorosa factura. Por lo demás, aquellas, italianas y españolas, aprendieron lo mismo de viejos modelos y antiguas estatuas de damas romanas, que aún pueden verse entre otras antigüedades que restan en España e Italia; las que, si un hombre examinara con cuidado, encontrará muy perfectas en modo de peinado y atavío, y muy adecuadas para incitar al amor.

SEIGNEUR DE BRANTÔME, *VIDAS DE DAMAS HERMOSAS Y GALANTES*

EL EFECTO SENSUAL

Un día, un mensajero dijo al príncipe Genji —el maduro pero aún consumado seductor de la corte Heian del Japón de fines del siglo x— que una de sus conquistas de juventud había muerto repentinamente, dejando huérfana a una joven llamada Tamakazura. Genji no era el padre de Tamakazura, pero decidió llevarla a la corte y ser su protector de todos modos. Poco después de su llegada, hombres del más alto rango empezaron a cortejarla. Genji había dicho que era hija suya, perdida; en consecuencia, ellos supusieron que era hermosa, porque él era el hombre más guapo de la corte. (En ese entonces era raro que los hombres vieran el rostro de una joven antes del matrimonio; en teoría, se les permitía hablar con ella solo al otro lado de un biombo). Genji la colmó de atenciones, y la ayudaba a revisar todas las cartas de amor que recibía, aconsejándola sobre la pareja adecuada.

Como protector de Tamakazura, Genji podía ver su rostro, y en verdad era hermoso. Se enamoró de ella. Qué lástima, pensó, era tener que dar esa adorable criatura a otro hombre. Una noche, abrumado por sus encantos, la tomó de la mano y le dijo cuánto se parecía a su madre, a la que él alguna vez había amado. Ella tembló, pero no de emoción, sino de miedo, pues aunque él no era su padre, se suponía que era su protector, no un pretendiente. Su séquito se había marchado y era una bella noche. Genji se quitó silenciosamente su perfumado manto y tendió a Tamakazura a su lado. Ella empezó a llorar, y a resistirse. Siempre caballero, Genji le dijo que respetaría sus deseos y la cuidaría sin falta, y que no tenía nada que temer. Luego se excusó cortésmente.

Durante años tras su ingreso al palacio, gran número de doncellas de la corte se reservaron en forma especial para preparar los vestidos de Kuei-fei, que se elegían y confeccionaban conforme a las flores de la estación. Por ejemplo, para Año Nuevo (primavera), ella tenía capullos de flor de durazno, ciruelo y narciso; para el verano, adoptaba el loto; para el otoño, seguía como modelo a la peonía; para el invierno, empleaba el crisantemo. Entre la joyería tenía afición por las perlas, y los productos más finos del mundo se abrían paso hasta su tocador y eran frecuentemente bordados en sus numerosos vestidos. • Kuei-fei era la encarnación de todo lo adorable y extravagante. No es de sorprender que ningún rey, príncipe, cortesano o humilde asistente que la conoció haya podido resistir a la tentación de sus encantos. Aparte, era la más ingeniosa de las mujeres, y sabía usar sus dones naturales con el mejor propósito. [...] El emperador Ming Huang, soberano del país y con miles de las más hermosas doncellas entre las cuales elegir, se volvió esclavo absoluto de sus magnéticos poderes, [...] pasando día y noche en su compañía y renunciando a todo su reino en su favor.

HU-CHIUNG, *YANG KUEI-FEI: LA BELLEZA MÁS FAMOSA DE CHINA*

Días después, Genji ayudaba a Tamakazura con su correspondencia cuando leyó una carta de amor de su hermano menor, el príncipe Hotaru, quien se contaba entre sus pretendientes. En la carta, Hotaru la reprendía por no permitirle acercarse lo suficiente para conversar y expresarle sus sentimientos. Tamakazura no había respondido; ajena a los usos de la corte, se había sentido cohibida e intimidada. Como para ayudarla, Genji hizo que una de sus siervas escribiera a Hotaru en

nombre de Tamakazura. En la carta, escrita en hermoso papel perfumado, se invitaba cordialmente al príncipe a visitarla.

Hotaru apareció a la hora prevista. Percibió un cautivante incienso, seductor y misterioso. (Combinado con esta fragancia estaba el propio perfume de Genji). El príncipe sintió una oleada de excitación. Tras acercarse al biombo detrás del cual estaba sentada Tamakazura, le confesó su amor. Sin hacer ruido, ella se retiró a otro biombo, más lejos. De repente hubo un destello, como si una antorcha flameara, y Hotaru vio su perfil tras el biombo: era más hermosa de lo que había imaginado. Dos cosas deleitaron al príncipe: el súbito, enigmático destello, y el breve atisbo de su amada. Se enamoró de verdad entonces.

Hotaru empezó a cortejar a Tamakazura con asiduidad. Entre tanto, cierta de que Genji ya no la perseguía, ella veía a su protector más a menudo. Así, no pudo evitar reparar en pequeños detalles: los mantos de Genji parecían relucir, con gratos y radiantes colores, como teñidos por manos ultraterrenas. Los de Hotaru parecían apagados en comparación. Y los perfumes impregnados en las prendas de Genji, ¡qué embriagadores eran! Nadie más despedía esos aromas. Las cartas de Hotaru eran corteses y estaban bien escritas, pero en las que Genji le enviaba, plasmadas en magnífico papel, perfumado y entintado, se citaban versos, siempre sorprendentes, aunque siempre apropiados para la ocasión. Genji también cultivaba y cortaba flores —claveles silvestres, por ejemplo—, que ofrecía como regalo y que parecían simbolizar su excepcional encanto.

Una noche Genji propuso a Tamakazura enseñarle a tocar el koto. Ella se mostró encantada. Le fascinaba leer novelas románticas, y cada vez que Genji tocaba el koto, se sentía transportada a uno de sus libros. Nadie tocaba ese instrumento mejor que Genji; se sintió honrada de aprender de él. Él la veía seguido entonces, y el método de sus lecciones era simple: ella elegía una canción para que él la tocara, y luego intentaba imitarlo. Después de tocar, se tendían lado a lado, apoyadas las cabezas en el koto, para contemplar la luna. Genji hacía distribuir antorchas en el jardín, para dar a la vista un resplandor tenue.

Entre mejor conocía a la corte —al príncipe Hotaru, los demás pretendientes, al emperador mismo—, más se percataba Tamakazura de que nadie podía compararse con Genji. Se suponía que él era su protector, sí, cierto, pero ¿acaso era pecado enamorarse de él? Confundida, se descubrió cediendo a los besos y caricias con que él comenzó a sorprenderla, ahora que era demasiado débil para resistirse.

Entonces [Pao-yu] llamó a Figura Brillante y le dijo: «Ve y mira qué hace [Jade Negro]. Si pregunta por mí, dile que estoy bien». • «Tendrás que pensar en una excusa mejor», repuso Figura Brillante. «¿No hay algo que puedas enviar o desees prestado? No quiero ir allí y sentirme una necia sin nada que decir.» • Pao-yu pensó un momento, y luego tomó dos pañuelos bajo su almohada y

se los dio a la doncella, diciendo: «Bueno, dile entonces que te mando con esto». • «¿Qué extraño regalo!», exclamó la doncella, sonriendo. «¿De qué van a servirle dos pañuelos viejos? Volverá a enojarse y dirá que quieres burlarte de ella.» • «No te preocupes», aseguró Pao-yu. «Entenderá.» • Jade Negro ya se había marchado cuando Figura Brillante llegó al Retiro del Bambú. «¿Qué te trae a esta hora?», preguntó Jade Negro. • «[Pao-yu] me pidió que trajera estos pañuelos para [Jade Negro].» • Por un instante, Jade Negro no entendió por qué Pao-yu le enviaba ese obsequio en ese momento. Dijo: «Supongo que son algo inusual que alguien le dio. Dile que los conserve o los regale a alguien que los aprecie. Yo no tengo necesidad de ellos.» • «No son nada inusual», dijo Figura Brillante. «Solo dos pañuelos ordinarios que casualmente tenía a la mano». Jade Negro se intrigó aún más, y de pronto cayó en la cuenta: Pao-yu sabía que ella lloraba por él, y por eso envió dos pañuelos suyos. • «Déjalos entonces», dijo a Figura Brillante, a quien a su vez le sorprendió que Jade Negro no tomara a ofensa lo que a ella le parecía una mala broma. • Mientras Jade Negro pensaba en el significado de los pañuelos, se sintió contenta y triste alternadamente: contenta porque Paoyu le había leído el pensamiento, y triste porque se preguntaba si lo preponderante en sus pensamientos se cumpliría alguna vez. De este modo, pensando para sí en el futuro y el pasado, no podía dormir. Pese a las protestas de Cucú Púrpura, volvió a encender su lámpara y se puso a componer una serie de cuartetas, que escribió directamente sobre los pañuelos que Pao-yu le había enviado.

TSAO HSUEH CHIN, *SUEÑO EN EL PABELLÓN ROJO*

Interpretación. Genji es el protagonista de *La historia de Genji*, novela del siglo XI escrita por Murasaki Shikibu, mujer de la corte Heian. Es muy probable que este personaje esté inspirado en el seductor real Fujiwara no Korechika.

Para seducir a Tamakazura, la estrategia de Genji fue simple: hizo que ella reparara indirectamente en lo encantador e irresistible que él era rodeándola de mudos detalles. También la puso en contacto con su hermano; la comparación con esa figura tiesa y gris dejó en claro la superioridad de Genji. La noche en que Hotaru la visitó por primera vez, Genji lo dispuso todo, como para contribuir a que Hotaru la sedujera: el perfume misterioso, el destello a través del biombo. (Esta luz procedió de un efecto novedoso: antes de que anocheciera, Genji juntó cientos de luciérnagas en un costal. En el momento indicado, las soltó). Pero cuando Tamakazura vio que Genji alentaba a Hotaru a ir en pos de ella, sus defensas contra su protector se

relajaron, permitiendo así que ese maestro de los efectos seductores saturara sus sentidos. Genji orquestó cada posible detalle: el papel perfumado, los mantos coloridos, las luces en el jardín, los claveles silvestres, la acertada poesía, las lecciones de koto que indujeron una irresistible sensación de armonía. Tamakazura se vio arrastrada entonces a un torbellino sensual. Eludiendo la timidez y desconfianza que las palabras o actos solo habrían acentuado, Genji rodeó a su pupila de objetos, vistas, sonidos y perfumes que simbolizaban el placer de su compañía mucho mejor que su auténtica presencia física; de hecho, su presencia solo habría podido ser amenazante. Sabía que los sentidos de una joven son su punto más vulnerable.

La clave de la magistral orquestación de detalles por Genji fue su atención al blanco de su seducción. Como Genji, sintoniza tus sentidos con los de tus objetivos, observándolos atentamente, adaptándote a su ánimo. Percibirás cuando estén a la defensiva y en retirada. También, cuando cedan y avancen. Entre ambos extremos, los detalles que ofrezcas —regalos, entretenimientos, la ropa que usas, las flores que eliges— apuntarán precisamente a sus gustos y predilecciones. Genji sabía que trataba con una joven adoradora de las novelas románticas; sus flores silvestres, ejecución del koto y poesía daban vida a ese mundo para ella. Atiende cada movimiento y deseo de tus blancos, y revela tu atención en los detalles y objetos con que los rodeas, ocupando sus sentidos con el ánimo que deseas inspirar. Ellos podrán refutar tus palabras, pero no el efecto que ejerces en sus sentidos.

A mi modo de ver, entonces, cuando el cortesano quiere declarar su amor debe hacerlo con actos antes que con palabras, porque a veces los sentimientos de un hombre se revelan más claramente [...] con una muestra de respeto o cierta timidez que con volúmenes de palabras.

—Baltasar De Castiglione

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

De niñ@s, nuestros sentidos eran mucho más activos. Los colores de un nuevo juguete, o un espectáculo como un circo, nos subyugaban; un olor o un sonido podía fascinarnos. En los juegos que inventábamos, muchos de los cuales reproducían algo del mundo adulto a menor escala, ¡qué placer nos daba orquestar cada detalle! Nos

fijábamos en todo.

Cuando crecemos, nuestros sentidos se embotan. Ya no nos fijamos tanto, porque invariablemente estamos de prisa, haciendo cosas, pasando a la siguiente tarea. En la seducción, siempre tratas que tu objetivo regrese a los dorados momentos de la infancia. Un@ niñ@ es menos racional, más fácil de engañar. También está más en sintonía con los placeres de los sentidos. Así, cuando tus objetivos están contigo, nunca debes darles la sensación que normalmente reciben en el mundo real, donde tod@s estamos apresurad@s, tens@s, fuera de nosotr@s mism@s. Retarda deliberadamente las cosas, y haz retornar a tus blancos a los sencillos momentos de su niñez. Los detalles que orquestas —colores, regalos, pequeñas ceremonias— apuntan a sus sentidos, y al deleite infantil que nos deparan los inmediatos encantos del mundo natural. Llenos de delicias sus sentidos, ellos serán menos capaces de juicio y racionalidad. Presta atención a los detalles y te descubrirás asumiendo un ritmo más lento; tus objetivos no se fijarán en lo que podrías perseguir (favores sexuales, poder, etcétera), porque pareces muy considerad@, muy atent@. En el reino infantil de los sentidos en que los envuelves, ellos obtienen una clara sensación de que los sumerges en algo distinto a la realidad, un ingrediente esencial de la seducción. Recuerda: cuanto más consigas que la gente se concentre en las cosas pequeñas, menos notará tu dirección final. La seducción adoptará el paso lento e hipnótico de un ritual, en el que los detalles tienen acentuada importancia y cada momento rebosa solemnidad.

En la China del siglo VIII, el emperador Ming Huang vislumbró a una hermosa joven peinándose junto a un estanque imperial. Se llamaba Yang Kuei-fei; y aunque era la concubina de su hijo, él tenía que hacerla suya. Como era el emperador, nadie podía detenerlo. Ming era un hombre práctico: tenía muchas concubinas, y todas ellas poseían sus encantos propios, pero nunca había perdido la cabeza por una mujer. Yang Kuei-fei era diferente. Su cuerpo exudaba la fragancia más exquisita. Usaba vestidos hechos con la más fina gasa de seda, bordado cada cual con flores diferentes, dependiendo de la estación. Al caminar parecía que flotara, invisibles sus pasos diminutos bajo su vestido. Bailaba a la perfección, escribía canciones en honor al emperador, que entonaba magníficamente; tenía una forma de mirarlo que le hacía hervir la sangre de deseo. Ella se convirtió rápidamente en su favorita.

Yang Kuei-fei distraía al emperador. Él le construyó palacios, pasaba todo el tiempo con ella, satisfacía cada uno de sus caprichos. En poco tiempo, su reino quebró y se arruinó. Yang Kuei-fei era una hábil seductora con un efecto devastador en todos los hombres que se cruzaban en su camino. Eran tantas las maneras en que su presencia encantaba: los aromas, la voz, los movimientos, la conversación ingeniosa, las arteras miradas, los vestidos bordados. Estos placenteros detalles hicieron de un rey poderoso un bebé distraído.

Desde tiempos inmemoriales, las mujeres han sabido que dentro del hombre aparentemente más sereno hay un animal que ellas pueden dirigir si llenan sus sentidos con los atractivos físicos apropiados. La clave es atacar tantos frentes como

sea posible. No ignores tu voz, tus gestos, tu andar, tu ropa, tus miradas. Algunas de las mujeres más tentadoras de la historia distrajeron tanto a sus víctimas con detalles sensuales que los hombres no se percataron de que todo era ilusión.

De la década de 1940 a principios de la de 1960, Pamela Churchill Harriman sostuvo una serie de romances con algunos de los hombres más prominentes y acaudalados del mundo: Averell Harriman (con quien se casaría años después), Gianni Agnelli (heredero de la fortuna Fiat), el barón Elie de Rothschild. Lo que atraía a esos hombres, y los mantenía subyugados, no era la belleza, linaje o vivaz personalidad de Pamela, sino su extraordinaria atención a los detalles. Todo empezaba con su mirada atenta cuando escuchaba cada palabra de ellos, para embeberse de sus gustos. Una vez que se abría paso hasta su casa, la llenaba con las flores favoritas de esos hombres, hacía que el chef cocinara platillos que ellos solo habían probado en los mejores restaurantes. ¿Habían mencionado a un artista de su gusto? Días después, ese artista asistía a una de sus fiestas. Ella les hallaba las antigüedades perfectas, se vestía como más les agradaba y excitaba, y lo hacía sin que ellos dijese palabra alguna: ella espiaba, reunía información de terceros, los oía hablar con otros. La atención de Pamela a los detalles tuvo un efecto embriagador en todos los hombres presentes en su vida. Esto tenía algo en común con los mimos de una madre, para dar orden y comodidad a la vida de ellos, satisfaciendo sus necesidades. La vida es cruel y competitiva. Atender los detalles de un modo relajante para otra persona la hace dependiente de ti. La clave es sondear sus necesidades en forma no demasiado obvia; para que cuando hagas precisamente el gesto correcto, eso parezca misterioso, como si hubieras leído su mente. Esta es otra manera de devolver a tus objetivos a su infancia, cuando todas sus necesidades estaban satisfechas.

A ojos de mujeres del mundo entero, Rodolfo Valentino reinó como el Gran Amante durante buena parte de la década de 1920. Las cualidades detrás de su atractivo ciertamente incluían su gallardo y casi hermoso rostro, sus habilidades dancísticas, la curiosamente excitante vena de crueldad en su actitud. Pero quizá su rasgo más atrayente era su método pausado para cortejar. En sus películas aparecía seduciendo lentamente a una mujer, con esmerados detalles: enviar flores (eligiendo la variedad para que coincidiera con el estado anímico que él quería inducir), tomarla de la mano, encenderle un cigarro, conducirla a lugares románticos, llevarla en la pista de baile. Eran películas mudas, y el público jamás lo oyó hablar; todo estaba en sus gestos. Los hombres acabaron por detestarlo, porque sus esposas y novias ya esperaban de ellos el lento, cuidadoso trato de Valentino.

Valentino poseía una vena femenina: se decía que cortejaba a una mujer como lo haría otra. Pero la feminidad no necesariamente figura en este método de seducción. A principios de la década de 1770, el príncipe Grigori Potemkin empezó un romance con la emperatriz Catalina la Grande de Rusia, que duraría muchos años. Potemkin era un hombre varonil, aunque nada apuesto. Pero logró conquistar el corazón de la emperatriz con las pequeñas cosas que hacía, y que siguió haciendo mucho después

de comenzado el romance. La consentía con espléndidos regalos, nunca se cansaba de escribirle largas cartas, disponía todo tipo de entretenimientos para ella, componía canciones a su belleza. Sin embargo, ante ella aparecía descalzo, despeinado, con la ropa arrugada. No había nada de meticuloso en su atención, que, sin embargo, dejaba ver que él llegaría al fin del mundo por Catalina. Los sentidos de una mujer son más refinados que los de un hombre; a una mujer, el explícito atractivo sensual de Yang Kuei-fei le parecería demasiado apresurado y directo. Sin embargo, esto significa que lo único que el hombre tiene que hacer es tomarse las cosas con calma, convirtiendo la seducción en un ritual lleno de toda clase de las pequeñas cosas que debe hacer por su víctima. Si se toma su tiempo, la tendrá comiendo de su mano.

Todo en la seducción es una señal, y nada lo es más que la ropa. No que tengas que vestirte en forma rara, elegante o provocativa, sino que has de vestirte para tu objetivo: debes apelar a sus gustos. Mientras Cleopatra seducía a Marco Antonio, su atuendo no era declaradamente sexual; se ataviaba como una diosa griega, conociendo la debilidad de él por esas figuras de la fantasía. *Madame de Pompadour*, la amante del rey Luis XV, conocía la debilidad de este, su aburrimiento crónico; constantemente cambiaba su ropa, no solo de color, sino también de estilo, brindando al rey un incesante festín visual. Pamela Harriman era mesurada en la moda, conforme a su papel de *geisha* de alta sociedad y en reflejo de los sobrios gustos de los hombres que seducía. El contraste opera bien en este caso; en el trabajo o en casa, podrías vestir de modo informal. —Marilyn Monroe, por ejemplo, se ponía *jeans* y camisetas en casa—; pero cuando estés con tu blanco, usa algo elaborado, como si te disfrazaras. Tu transformación al estilo de Cenicienta provocará excitación, y la sensación de que has hecho algo justamente por la persona con quien estás. Cada vez que tu atención se individualiza (no te vestirías así para nadie más), es infinitamente más seductora.

En la década de 1870, la reina Victoria se vio cortejada por Benjamin Disraeli, su primer ministro. Las palabras de Disraeli eran halagadoras, y su actitud insinuante; asimismo, mandaba a la reina flores, tarjetas de San Valentín, regalos; pero no cualquier flor y cualquier regalo, del tipo que la mayoría de los hombres enviarían. Las flores eran prímulas, símbolo de su simple pero hermosa amistad. En lo sucesivo, cada vez que Victoria veía prímulas, pensaba en Disraeli. O bien, él le escribía en una tarjeta de San Valentín: «No ya en el atardecer, sino en el ocaso de mi existencia, he tropezado con una vida de ansiedad y esfuerzo; pero también esto tiene su romanticismo, ¡cuando recuerdo que trabajo para el más gentil de los seres!». O podía enviarle una cajita sin ninguna inscripción, pero con un corazón traspasado por una flecha a un lado y la palabra *Fideliter*, o «Fidelidad», en el otro. Victoria se enamoró de él.

Un regalo posee inmenso poder seductor, pero el objeto mismo es menos importante que el gesto, y el sutil pensamiento o emoción que comunica. Quizá la elección se relacione con algo del pasado del objetivo, o simbolice algo entre

ustedes, o represente meramente lo que estás dispuest@ a hacer por complacer. No era el dinero que Disraeli gastaba lo que impresionaba a Victoria, sino el tiempo que dedicaba a buscar la cosa apropiada o a hacer el gesto conveniente. Los regalos caros no conllevan sentimiento alguno; pueden emocionar temporalmente a su receptor@, pero pronto se olvidan, como un@ niñ@ olvida un juguete nuevo. Un objeto que refleja la atención de quien lo da, tiene un poder sentimental duradero, que resurge cada vez que su dueñ@ lo ve.

En 1919, el escritor y héroe de guerra italiano Gabriele D'Annunzio logró reunir una banda de partidarios y tomar la ciudad de Fiume, en la costa adriática (hoy parte de Eslovenia). Ahí establecieron su propio gobierno, que duró más de un año. D'Annunzio inició entonces una serie de espectáculos públicos que ejercerían gran influencia en políticos de otras partes. Se dirigía al público desde un balcón que daba a la plaza principal de la ciudad, llena de coloridos estandartes, banderas, símbolos religiosos paganos y, de noche, antorchas. Los discursos eran seguidos por procesiones. Aunque D'Annunzio no era en absoluto fascista, lo que hizo en Fiume tendría un efecto crucial en Benito Mussolini, quien adoptó sus saludos romanos, uso de símbolos y modo de discursos públicos. Espectáculos como estos han sido usados desde entonces por gobiernos de todas partes, aun democráticos. Su impresión general puede ser grandiosa, pero son los detalles orquestados los que los hacen funcionar: el número de sentidos a los que apelan, la variedad de emociones que suscitan. Quieres distraer a la gente, y nada distrae más que la abundancia de detalles: fuegos artificiales, banderas, música, uniformes, desfiles militares, la sensación de la multitud apiñada. Así se hace difícil pensar claramente, en particular si los símbolos y detalles agitan emociones patrióticas.

Por último, las palabras son importantes en la seducción, y tienen enorme poder para confundir, distraer y halagar la vanidad del objetivo. Pero a la larga lo más seductor es lo que no dices, lo que comunicas en forma indirecta. Las palabras se presentan fácilmente, y la gente desconfía de ellas. Cualquiera puede decir las frases indicadas; y una vez dichas, nada obliga a cumplirlas, e incluso es posible olvidarlas del todo. El gesto, el regalo ponderado, los pequeños detalles parecen mucho más reales y sustanciales. También son mucho más encantadores que las nobles palabras de amor, precisamente porque hablan por sí solos y dejan que el@ seducid@ vea en ellos más de lo que contienen. Nunca le digas a alguien lo que sientes; que lo adivine en tus miradas y gestos. Este es el lenguaje más persuasivo.

Símbolo:

**El banquete. Se ha preparado un festín
en tu honor. Todo ha sido minuciosamente coordinado: flores,
adornos, selección de invitados, bailarines, música, comida de
cinco platillos, vino inagotable. El banquete te suelta la lengua,
y te libera de tus inhibiciones.**

REVERSO

No lo hay. Los detalles son esenciales para cualquier seducción exitosa, y no pueden ignorarse.

12. Poetiza tu presencia

Cuando tus objetivos están solos, suceden cosas importantes: la menor sensación de alivio deque no estés ahí, y todo habrá terminado. Familiaridad y sobrexposición son la causa de esa respuesta. Sé esquiv@, entonces, para que cuando estés lejos, ansíen verte de nuevo, y solo te asociarán con ideas gratas. Ocupa la mente de tus blancos alternando una presencia incitante con una fría distancia, momentos eufóricos con ausencias calculadas. Asóciate con imágenes y cosas poéticas, para que cuando ellos piensen en ti, empiecen a verte a través de un halo idealizado. Cuanto más figures en su mente, más te envolverán en seductoras fantasías. Nutre estas fantasías con sutiles inconsecuencias y cambios en tu conducta.

PRESENCIA/AUSENCIA POÉTICA

En 1943, el ejército argentino derrocó al gobierno. Un popular coronel de cuarenta y ocho años de edad, Juan Perón, fue nombrado secretario del Trabajo y Asuntos Sociales. Perón era un viudo con afición por las jóvenes; al momento de su nombramiento, sostenía una relación con una adolescente, a la que presentaba a todos como su hija.

Quien no sepa mantener fascinada a una muchacha, tanto que ella no sepa ver nada fuera de lo que se quiere que vea; quien no sepa identificarse con el ser de ella hasta conseguir cuanto desea, es un inepto, un inútil. [...] Identificarse con el ser de una muchacha es un arte.

SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR*

Una noche de enero de 1944, Perón estaba sentado entre los demás líderes militares en un estadio de Buenos Aires, asistiendo a un festival artístico. Ya era tarde y había algunos asientos vacíos a su alrededor; de buenas a primeras, dos jóvenes y hermosas actrices le pidieron permiso para sentarse. ¿Era broma? Estaría encantado. Reconoció a una de las actrices: era Eva Duarte, estrella de las radionovelas cuya fotografía solía aparecer en la portada de los tabloides. La otra actriz era más joven y bonita, pero Perón no podía quitarle los ojos de encima a Eva, quien hablaba con otro coronel. En realidad ella no era su tipo en absoluto. Tenía veinticuatro años, demasiado grande para su gusto; iba vestida en forma un tanto vulgar, y había algo glacial en su actitud. Pero ella lo volteaba a ver a veces, y su mirada lo emocionó. Desvió la vista un momento, y cuando vino a saber ella ya se había cambiado de asiento y estaba a su lado. Empezaron a platicar. Ella estaba pendiente de cada una de sus palabras. Sí, todo lo que él decía coincidía exactamente con lo que ella pensaba: los pobres, los trabajadores, ellos eran el futuro de Argentina. Eva había conocido la pobreza. Casi había lágrimas en sus ojos cuando dijo, al final de la conversación: «Gracias por existir».

En el ínterin, si tropiezas \ a tu amada tendida muellemente en la litera, \ acércate con disimulo a su lado, \ y a fin de que los oídos de curiosos indiscretos \ no penetren la intención de tus frases, \ como puedas revélale tu pasión en términos \ equívocos. Si se dirige al espacioso pórtico, \ debes acompañarla en su paseo, \ y ora has de precederla, ora seguirla de lejos, \ ya andar de prisa, ya caminar con lentitud. \ No tengas reparo en escurrirte entre la turba \ y pasar de una columna a otra para llegar \ a su lado. Cuida que no vaya sin \ tu compañía a ostentar su belleza \ en el teatro; allí sus espaldas desnudas te ofrecerán \ un gustoso espectáculo; allí la contemplarás \ absorto de admiración y le comunicarás tus secretos \ pensamientos con los gestos y las miradas. \ Aplaudivas entusiasmado la danza del actor \ que representa a una doncella, y más \ todavía al que desempeña el papel del amante. \ Levántate si ella se levanta, vuelve \ a sentarte si se sienta, y \ no te pese desperdiciar el tiempo \ al tenor de sus antojos. [...] \ Que se acostumbre a tratarte, tiene \ gran poder el hábito, y no rehuyas \ penas o tedios por ganarte \ su voluntad. Que te vea y escuche a todas \ horas, y que noche y día estés presente \ a su imaginación. Cuando abrigues la absoluta \ confianza de que solo piensa en ti, \ emprendes un viaje, para que tu ausencia \ la llene de inquietud: déjala que descanse; \ en los barbechos fructifican abundantes las semillas, \ y la árida tierra absorbe con avidez el agua \ de las nubes. Mientras tuvo presente \ a Demofón, Fílida le atestiguó un amor \ moderado, y así que aquel se hizo a la vela, \ esta se consumió en una llama voraz; el cauto Ulises \ atormentaba a Penélope con su ausencia, y Laodamia languidecía \ separada de su caro Protésilas; pero no retardes \ la vuelta, en obsequio a tu seguridad; \ el tiempo debilita los recuerdos, el ausente \ cae en el olvido y otro nuevo amante \ viene a remplazarlo. En la ausencia \ de Menelao, por no dormir sola, se entregó Helena \ a las ardientes caricias de su huésped. \ ¡Qué insensatez la tuya, Menelao!

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

Los días siguientes, Eva se las arregló para deshacerse de la «hija» de Perón y establecerse en su departamento. Dondequiera que él mirara, ella estaba ahí, haciéndole de comer, cuidándolo cuando se enfermaba, asesorándolo en política. ¿Por qué la dejaba quedarse? Usualmente él tenía una aventura con una joven superficial, y luego se libraba de ella cuando parecía que ya había permanecido demasiado. Pero en Eva no había nada superficial. Al paso del tiempo, él se dio cuenta de que se volvía adicto a la sensación que ella le transmitía. Eva era

absolutamente leal, y reflejaba cada una de sus ideas, ensalzándolo sin cesar. Él se sentía más masculino en su presencia, eso era, y más poderoso; ella creía que él era el líder ideal del país, y esa certeza lo afectó. Eva era como las mujeres de los tangos que tanto le gustaban a él: las sufridas mujeres de las calles que se convertían en sagradas figuras maternas y cuidaban de sus hombres. Perón la veía todos los días, pero nunca sintió conocerla por completo; un día sus comentarios eran algo obscenos, y al siguiente ella era la dama perfecta. Le preocupaba una cosa: ella quería casarse, y él jamás podría hacerla su esposa era una actriz con un pasado turbio. Los demás coroneles ya estaban escandalizados por su relación con ella. No obstante, la aventura continuó.

En 1945, Perón fue destituido y encarcelado. Los coroneles temían su creciente popularidad y desconfiaban del poder de su amante, quien parecía ejercer total influencia en él. Fue la primera vez en casi dos años que él estuvo solo de verdad, y efectivamente separado de Eva. De pronto sintió que nuevas emociones lo invadían: llenó la pared con fotografías de ella. Afuera se organizaban importantes huelgas para protestar por su encarcelamiento, pero él solo podía pensar en Eva. Era una santa, una mujer predestinada, una heroína. Él le escribió: «Solo estando lejos de los seres queridos podemos medir nuestro afecto. Desde el día que te dejé [...] no he podido calmar mi triste corazón. [...] Mi inmensa soledad está llena de tu recuerdo». Esta vez prometió casarse con ella.

Las huelgas crecieron en intensidad. Ocho días después, Perón fue liberado; pronto se casó con Eva. Meses más tarde se le eligió presidente. Como primera dama, Eva asistía a las ceremonias oficiales con sus un tanto burdos vestidos y joyas; se le consideraba una ex actriz de copioso guardarropa. Luego, en 1947, hizo una gira por Europa, y los argentinos siguieron cada uno de sus movimientos —las extasiadas multitudes que la recibieron en España, su audiencia con el papa—; en su ausencia, su opinión sobre ella cambió. ¡Qué bien representaba el espíritu argentino, su noble sencillez, su dramático estilo! Cuando regresó semanas después, la colmaron de atenciones.

También Eva había cambiado durante su viaje a Europa: recogió su teñido pelo rubio en un chongo severo, y vestía trajes sastre. Era una apariencia seria, adecuada para una mujer que sería la salvadora de los pobres. Pronto era posible ver su imagen en todos lados: sus iniciales en las paredes, las sábanas, las toallas de los hospitales para los pobres; su perfil en las camisetas de los jugadores de un equipo de fútbol de la parte más pobre de Argentina, cuyo club ella patrocinaba; su gigantesco rostro sonriente que cubría los costados de los edificios. Puesto que indagar algo personal sobre ella se había vuelto imposible, empezaron a surgir toda suerte de elaboradas fantasías en torno suyo. Y cuando el cáncer segó su vida, en 1952, a los treinta y tres años (la edad de Cristo al morir), el país se vistió de luto. Millones desfilaron ante su cadáver embalsamado. Ya no era una actriz de radio, una esposa, una primera dama, sino Evita, una santa.

Interpretación. Eva Duarte era hija ilegítima y había crecido en la pobreza, huido a Buenos Aires para ser actriz y tenido que hacer muchas cosas de mal gusto para sobrevivir y salir adelante en el mundo del teatro. Su sueño era escapar a toda restricción a su futuro, porque era sumamente ambiciosa. Perón fue la víctima perfecta. Se creía un gran líder, pero lo cierto era que iba en camino de convertirse en un viejo libidinoso demasiado débil para ascender. Eva inyectó poesía en su vida. Su lenguaje era florido y teatral; lo rodeaba de atenciones, al punto mismo del sofoco, pero el diligente servicio de la mujer a un gran hombre era una imagen clásica, celebrada en innumerables tangos. Sin embargo, ella logró seguir siendo elusiva, misteriosa, como una estrella de cine que se ve todo el tiempo en la pantalla pero a la que en realidad jamás se conoce. Y cuando Perón se vio finalmente solo, en la cárcel, estas imágenes y asociaciones poéticas estallaron en su mente. La idealizó sin límite; en cuanto a él, Eva ya no era una actriz de oscuro pasado. Ella sedujo a una nación entera en la misma forma. El secreto fue su dramática presencia poética, combinada con un dejo de elusiva distancia; con el tiempo, en ella se veía lo que se quisiera. Hasta la fecha la gente sigue fantaseando acerca de cómo era Eva en realidad.

En lo concerniente al nacimiento del amor, • he aquí lo que sucede en el alma: 1. Admiración. • 2. Piensas: «¡Qué maravilloso sería besarla, ser besado por ella!», y así sucesivamente. [...] • 3. Esperanza. Observas sus perfecciones, y es en ese momento cuando una mujer realmente debería rendirse, para el mayor placer físico. Aun las mujeres más reservadas se sonrojan hasta el blanco de los ojos en este momento de esperanza. La pasión es tan fuerte, y el placer tan agudo, que se delatan inconfundiblemente. • 4. Nace el amor. Amar es gustar de ver, tocar y experimentar con todos los sentidos, lo más cercanamente posible, un objeto adorable que ama en correspondencia. • 5. Se inicia la primera cristalización. Si estás seguro de que una mujer te ama, es un placer dotarla de un millar de perfecciones y contar tus bendiciones con infinita satisfacción. Al final habrás exagerado desmesuradamente, y la juzgarás como algo caído del Cielo, aún desconocido, pero tuyo sin duda alguna. • Deja a un amante con sus pensamientos durante veinticuatro horas, y esto es lo que sucederá: • En las salinas de Salzburgo, lanzan una rama sin hojas en una de las minas abandonadas. Dos o tres meses después la sacan cubierta de un brillante depósito de cristales. La ramita, no mayor que la pata de un herrerillo, está tachonada de una galaxia de diamantes refulgentes. La rama original ya no se reconoce. • Lo que he

llamado cristalización es un proceso mental que extrae de todo lo que ocurre nuevas pruebas de la perfección del ser amado. [...] • Un hombre enamorado ve absoluta perfección en el objeto de su amor, pero su atención tiende a flaquear tiempo después, ya que cualquiera se cansa de todo lo uniforme, aun de la felicidad perfecta. • Esto es lo que acontece entonces para fijar la atención: • 6. La duda se infiltra. [...] Él es recibido con indiferencia, frialdad o incluso enojo si parece demasiado confiado. [...] El amante empieza a estar menos seguro de la buena suerte que preveía y somete los argumentos de su esperanza a un examen crítico. • Intenta resarcirse cediendo a otros placeres, pero los encuentra inanes. Es atacado por el temor a una calamidad alarmante, y entonces se concentra plenamente. Así da inicio: • 7. La segunda cristalización, que deposita capas de diamantes de pruebas de que «ella me ama». • Cada tantos minutos a lo largo de la noche que sigue al brote de la duda, el amante tiene un momento de espantoso recelo, y entonces se confirma: «Ella me ama»; y la cristalización comienza a revelar nuevos encantos.

Pero luego, una vez más el demacrado ojo de la duda lo perfora, y él se detiene, traspasado. Olvida respirar y masculla: «¿Pero me ama?». Desgarrado entre la duda y el deleite, el pobre amante se convence de que ella podría concederle tal placer si tan solo él pudiera hallarla en algún sitio sobre la Tierra.

STENDHAL, *DEL AMOR*

La familiaridad destruye la seducción. Es raro que esto ocurra pronto; hay mucho por saber de una nueva persona. Pero puede llegar un momento en que el objetivo empiece a idealizarte y fantasear contigo, solo para descubrir que no eres lo que creyó. Esto no se debe a que se te vea demasiado, estés demasiado disponible, como algunos imaginan. De hecho, si tus objetivos te ven muy poco, no les darás nada para sostenerse, y otr@ podría atrapar su atención; tú tienes que ocupar su mente. Aquello se debe más bien a que eres demasiado coherente, demasiado obvi@, excesivamente human@ y real. Tus blancos no pueden idealizarte si saben mucho de ti, si empiezan a verte como demasiado human@. No solo debes mantener cierto grado de distancia; también debe haber algo fantástico y embrujador en ti, que desencadene toda clase de deliciosas posibilidades en su mente. La posibilidad que Eva representaba era la de ser lo que en la cultura argentina se consideraba la mujer ideal —devota, maternal, santa—, pero existen incontables ideales poéticos que tú puedes tratar de encarnar. Caballerosidad, aventura, romance y demás son ideales igualmente fuertes; y si posees un aire de ellos, podrás insuflar poesía suficiente para llenar la cabeza de l@s demás de sueños y fantasías. A toda costa debes personificar algo, aun si es

malo e indecoroso. Todo con tal de evitar la mancha de la familiaridad y la ordinariéz.

Lo que necesito es una mujer que sea algo, cualquier cosa: muy bella o muy buena o, en último caso, muy mala; muy ingeniosa o muy tonta, pero algo.

—Alfred De Musset

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Nuestro concepto de nosotr@s mism@s es invariablemente más halagador que la realidad: creemos ser más generos@s, desinteresad@s, honest@s, buen@s, inteligentes o bell@s de lo que en verdad somos. Nos es muy difícil ser honest@s con nosotr@s sobre nuestras limitaciones: tenemos la desesperada necesidad de idealizarnos. Como apunta la escritora Angela Carter, preferiríamos alinearnos con los ángeles que con los primates superiores de los que en efecto descendemos.

Esta necesidad de idealizar se extiende a nuestros enredos románticos, porque cuando nos enamoramos, o caemos bajo el hechizo de otra persona, vemos un reflejo de nosotr@s. La decisión que tomamos al optar relacionarnos con otra persona revela algo nuestro, íntimo e importante; nos resistimos a vernos enamorad@s de alguien ordinario, soez o soso, porque eso sería un desagradable reflejo nuestro. Además, solemos enamorarnos de alguien que de alguna manera se parece a nosotr@s. Si esa persona fuera deficiente o, peor aún, ordinaria, pensaríamos que hay algo ordinario y deficiente en nosotr@s. No, el ser amado debe sobrevalorarse e idealizarse a toda costa, al menos en bien de nuestra autoestima. Aparte, en un mundo cruel y lleno de desilusiones, es un gran placer poder fantasear con la persona con que te relacionas.

Esto facilita la tarea del@ seductor@: la gente se muere por recibir la oportunidad de fantasear contigo. No echés a perder esta oportunidad de oro sobrexponiéndote, o volviéndote tan familiar y banal que tu objetivo te vea exactamente como eres. No tienes que ser un ángel, o un dechado de virtudes; eso sería muy aburrido. Puedes ser peligros@, atrevid@, incluso algo vulgar, dependiendo de los gustos de tu víctima. Pero jamás ordinari@ o limitad@. En poesía (a diferencia de la realidad), todo es posible.

Poco después de que caemos bajo el hechizo de una persona, formamos una

imagen en nuestra mente de lo que ella es y de los placeres que podría ofrecernos. Al pensar en ella estando sol@s, tendemos a idealizar cada vez más esa imagen. El novelista Stendhal, en su libro *Del amor*, llama a este fenómeno «cristalización», y cuenta la historia de que, en Salzburgo, Austria, se acostumbraba arrojar una rama sin hojas a las profundidades abandonadas de una salina en pleno invierno. Cuando la rama se sacaba meses después, estaba cubierta de cristales espectaculares. Esto es lo que sucede con el ser amado en nuestra mente.

Pero, según Stendhal, hay dos cristalizaciones. La primera ocurre cuando conocemos a la persona. La segunda, y más importante, sucede después, cuando se filtra un poco de duda: deseas a la otra persona, pero ella te elude, no estás segur@ de que sea tuya. Esta pizca de duda es crucial; hace que tu imaginación trabaje el doble, acentúa el proceso de poetización. En el siglo XVII el duque de Lauzun, el gran libertino, logró una de las seducciones más espectaculares de la historia: la de la *Grande Mademoiselle*, la prima del rey Luis XIV y la mujer más rica y poderosa de Francia. Él espoleaba su imaginación con breves encuentros en la corte, dejándole ver destellos de su ingenio, su audacia, su afable actitud. Ella dio en pensar en él cuando estaba sola. Luego comenzó a tropezar más a menudo con él en la corte, y tenían breves conversaciones o paseos. Al terminar estas reuniones, la *Grande Mademoiselle* se quedaba con una duda: «¿Le intereso o no?». Eso hacía que quisiera verlo más, para disipar sus dudas. Empezó a idealizarlo fuera de toda proporción, porque el duque era un bribón incorregible.

Recuerda: si eres fácil de conseguir, no puedes valer gran cosa. Es arduo poetizar a una persona tan ordinaria. Si, tras el interés inicial, dejas en claro que no estás asegurad@, si incitas una pizca de duda, tu objetivo imaginará que hay algo especial, honroso e inalcanzable en ti. Tu imagen cristalizará en la mente de la otra persona.

Cleopatra sabía que en realidad no era distinta a cualquier mujer, y de hecho su cara no era particularmente hermosa. Pero también sabía que los hombres tienden a sobrevalorar a una mujer. Basta entonces con insinuar que hay algo diferente en ti para que se te asocie con algo grandioso y poético. Ella hizo saber a César que procedía de grandes reyes y reinas del pasado de Egipto; con Marco Antonio creó la fantasía de que descendía de la propia Afrodita. Estos hombres retozaban no solo con una mujer tenaz, sino con una especie de diosa. Quizá hoy sea difícil forjar esas asociaciones, pero la gente sigue obteniendo enorme placer de asociar a l@s demás con algún género de figura fantástica de su infancia. John F. Kennedy se presentaba como una figura caballeresca: noble, valiente, encantador. Pablo Picasso no era solo un gran pintor con sed de jóvenes mujeres; era el Minotauro de la leyenda griega, o la diabólica figura embaucadora que tanto seduce a las damas. Estas asociaciones no deben hacerse pronto; solo son eficaces una vez que el blanco ha empezado a caer bajo tu hechizo, y es vulnerable a la sugestión. Un hombre que acabara de conocer a Cleopatra habría considerado ridícula su asociación con Afrodita. Pero alguien que se enamora creará casi todo. El truco es asociar tu imagen con algo mítico, por

medio de la ropa que usas, las cosas que dices, los lugares a los que vas.

El enamoramiento tiende automáticamente a la locura. Dejado a sí mismo, llega a grandes extremos. Esto lo saben bien los «conquistadores» de uno u otro sexo. Una vez que una mujer fija su atención en un hombre, es muy fácil para él dominar por completo los pensamientos de ella. Un simple juego de cal y arena, de solicitud y desdén, de presencia y ausencia es todo lo que hace falta. El ritmo de esa técnica actúa sobre la atención de una mujer como una máquina neumática, y termina por vaciarla del resto del mundo. ¡Qué bien lo dice nuestro pueblo: «Absorber el seso»! De hecho: uno es absorbido, ¡absorbido por un objeto! La mayoría de las «aventuras amorosas» se reducen a este juego mecánico del amado sobre la atención del amante. • Lo único que puede salvar a un amante es un choque violento del exterior, un tratamiento que se le imponga. Muchos creen que la ausencia y largos viajes son una buena cura para los amantes. Obsérvese que estas con curas para la atención. La distancia respecto de la persona amada priva de ella a nuestra atención; impide que cualquier cosa vuelva a activar la atención. Los viajes, al obligarnos físicamente a salir de nosotros mismos y resolver cientos de pequeños problemas; al arrancarnos de nuestro escenario habitual e imponernos cientos de objetos inesperados, logran echar abajo el refugio del maniaco y abrir canales en su conciencia sellada, por los que entran aire fresco y la perspectiva normal.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *ESTUDIOS SOBRE EL AMOR*

En la novela de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*, el personaje de Swann se ve gradualmente seducido por una mujer que en realidad no es su tipo. Él es un esteta, y adora las cosas más exquisitas de la vida. Ella es de clase inferior, menos refinada, incluso de mal gusto. Lo que la poetiza en su mente es una serie de eufóricos momentos que comparten, momentos que en adelante él asocia con esa mujer. Uno de ellos es un concierto en un salón al que ambos asisten, en el que él se embriaga con una pequeña melodía de una sonata. Cada vez que piensa en ella, recuerda esa escueta frase. Pequeños regalos que ella le ha dado, objetos que ella ha tocado o manipulado, empiezan a cobrar vida por sí solos. Una experiencia intensa de cualquier índole, artística o espiritual, permanece en la mente mucho más que la experiencia normal. Debes hallar la manera de compartir esos momentos con tus objetivos —un concierto, una obra de teatro, un encuentro espiritual, lo que sea—,

para que ellos asocien contigo algo elevado. Los momentos de efusión compartida poseen enorme influencia seductora. Asimismo, cualquier clase de objeto puede imbuirse de resonancia poética y asociaciones sentimentales, como se dijo en el capítulo anterior. Los regalos que haces y otras cosas pueden imbuirse de tu presencia; si se asocian con gratos recuerdos, su vista te mantendrá en la mente de tu víctima y acelerará el proceso de poetización.

Aunque se dice que la ausencia ablanda el corazón, una ausencia temprana resulta mortal para el proceso de cristalización. Como Eva Perón, rodea a tus objetivos de atención concentrada; para que en esos momentos críticos en que están solos, su mente gire en medio de una especie de arrebol. Haz todo lo que puedas por mantener a tu objetivo pensando en ti. Cartas, recuerdos, regalos, encuentros inesperados: esto te da omnipresencia. Todo debe recordarle a ti.

La familiaridad excesiva puede destruir la cristalización. Una encantadora muchacha de dieciséis años cobraba profundo afecto a un apuesto joven de la misma edad, quien convirtió en práctica pasar bajo su ventana cada tarde al anochecer. La madre de ella lo invitó a pasar una semana con la familia en el campo. Fue un remedio audaz, lo admito, pero la chica era de disposición romántica, y el joven un completo zopenco; tres días después, ella lo despreciaba.

STENDHAL, *DEL AMOR*

Finalmente, si tus blancos han de verte como algo elevado y poético, hay mucho por ganar si los haces sentir elevados y poetizados a su vez. El escritor francés Chateaubriand hacía sentir a una mujer como una diosa, tan poderoso era el efecto que ella ejercía en él. Le enviaba sus poemas, que ella supuestamente había inspirado. Para hacer sentir a la reina Victoria lo mismo una mujer seductora que una gran líder, Benjamin Disraeli la comparaba con figuras mitológicas y grandes predecesoras, como la reina Isabel I. Al idealizar de esta manera a tus objetivos, harás que ellos te idealicen a su vez, pues debes ser igualmente grande para poder apreciar y percibir sus excelentes cualidades. Asimismo, se volverán adictos a la elevada sensación que tú les procuras.

Símbolo:

**El halo. Lentamente, cuando el objetivo
está solo, empieza a imaginar un leve fulgor en torno a tu
cabeza, formado por todos los placeres que puedes ofrecer, el**

resplandor
de tu intensa presencia, tus nobles cualidades. Ese halo te distingue
de l@s demás. No lo hagas desaparecer volviéndote
familiar y ordinari@.

REVERSO

Podría parecer que la táctica contraria sería revelar todo acerca de ti, ser completamente honest@ sobre tus defectos y virtudes. Este género de sinceridad fue una cualidad de Lord Byron: casi se estremecía al revelar sus rasgos horribles y repugnantes, al grado de, ya mayor, contar a la gente sus relaciones incestuosas con su media hermana. Esta clase de intimidad peligrosa puede ser muy seductora. El objetivo poetizará tus vicios, y tu honestidad con él; empezará a ver más de lo que tiene frente a sí. En otras palabras, el proceso de idealización es inevitable. Lo único que no se puede idealizar es la mediocridad, pues no existe nada seductor en ella. No hay manera de seducir sin crear alguna especie de fantasía y poetización.

13. Desarma con debilidad y vulnerabilidad estratégicas

Demasiada manipulación de tu parte puede despertar sospechas. Lo mejor para cubrir tus huellas es hacer que la otra persona se sienta superior y más fuerte. Si das la impresión de ser débil, vulnerable, esclavizado y incapaz de controlarte, tus acciones parecerán más naturales, menos calculadas. La debilidad física —lágrimas, vergüenza, palidez— contribuirá a producir ese efecto. Para merecer más confianza, cambia honestidad por virtud: establece tu «sinceridad» confesando algún pecado; no es necesario que sea real. La sinceridad es más importante que la bondad. Hazte la víctima, y luego transforma en amor la compasión de tu objetivo.

LA ESTRATEGIA DE LA VÍCTIMA

En aquel sofocante agosto de la década de 1770 en que la regidora de Tourvel visitó el château de su vieja amiga *Madame de Rosemonde*, habiendo dejado a su esposo en casa, ella esperaba disfrutar de la paz y quietud de la vida rural más o menos sola. Pero gustaba de los placeres sencillos, y pronto su vida cotidiana en el château adoptó una cómoda pauta: misa diaria, paseos por el campo, obras de caridad en los pueblos vecinos, juegos de cartas en la noche. Así pues, cuando el sobrino de *Madame de Rosemonde* llegó a visitarla, la regidora sintió molestia, aunque también curiosidad.

Los débiles ejercen poder sobre nosotros. Yo no puedo vivir sin los claros, los enérgicos. Soy débil e indecisa por naturaleza, y una mujer serena y retraída y que sigue los deseos de un hombre hasta el punto de dejarse usar tiene mucho mayor atractivo. Un hombre puede formarla y moldearla según su deseo, y la amará más entre tanto.

MURASAKI SHIKIBU, *LA HISTORIA DE GENJI*

El sobrino, el vizconde de Valmont, era el libertino más conocido de París. Era guapo, sin duda, pero no como ella esperaba: parecía triste, algo abatido y, lo más extraño, casi no le prestaba atención. La regidora no era una coqueta; vestía con sencillez, ignoraba la moda y amaba a su esposo. Aun así, era joven y bonita, y solía rechazar las atenciones de los hombres. En el fondo de su mente, le perturbó un tanto que él reparara tan poco en ella. Un día, atisbó en misa a Valmont aparentemente absorto en oraciones. Se le ocurrió que pasaba por un periodo de examen de conciencia.

Tan pronto como se supo que Valmont estaba en el château, la regidora había recibido carta de una amiga en la que la prevenía contra ese hombre peligroso. Pero ella se creía la última mujer en el mundo que pudiera ser vulnerable a él. Además, Valmont parecía a punto de arrepentirse de su perverso pasado; quizá ella podría contribuir a moverlo en esa dirección. ¡Qué maravillosa victoria para Dios sería

esa! Así, la regidora tomaba nota de los ires y venires de Valmont, intentando comprender lo que ocurría en su cabeza. Era extraño, por ejemplo, que a menudo saliera en la mañana a cazar, pero nunca regresara con una presa. Un día, ella decidió hacer que su sirvienta hiciera un poco de inofensivo espionaje, y le sorprendió y deleitó saber que Valmont no había ido a cazar en absoluto: había visitado un pueblo local, donde había dado dinero a una familia pobre a punto de ser echada de su casa. Sí, ella tenía razón: la apasionada alma de él pasaba de la sensualidad a la virtud. ¡Qué feliz la hizo eso!

Hera, hija de Cronos y Rea, nació en la isla de Samos o, según algunos, en Argos, y la crio en Arcadia Temeno, hijo de Pelasgo. Las Estaciones fueron sus nodrizas. Después de desterrar a su padre Cronos, el hermano gemelo de Hera, Zeus, fue a verla en Cnosos, Creta, o según dicen algunos, en el monte Tórnax (llamado ahora Montaña del Cuco) en Argólide, donde la cortejó, al principio sin éxito. Ella se compadeció del dios solamente cuando este se disfrazó de cuco enlodado, y le calentó cariñosamente en su seno. Allí él reasumió inmediatamente su verdadera forma y la violó, y ella se vio obligada a casarse con él por vergüenza.

ROBERT GRAVES, *LOS MITOS GRIEGOS*, VOLUMEN I

Esa noche, Valmont y la regidora se encontraron solos por primera vez, y Valmont soltó de repente una confesión asombrosa. Estaba perdidamente enamorado de ella, y con un amor que nunca antes había experimentado: su virtud, su bondad, su belleza, sus amables maneras lo habían arrollado por completo. La generosidad de él con los pobres esa tarde había sido por ella; quizá inspirada por ella, tal vez algo más siniestro: para impresionarla. Él jamás habría confesado esto, pero viéndose solo con ella, no podía controlar sus emociones. Luego se puso de rodillas y le rogó que lo ayudara, que lo guiara en su desgracia.

Tomada por sorpresa, la regidora empezó a llorar. Sumamente trastornada, salió corriendo del recinto, y los días siguientes fingió estar enferma. No sabía cómo reaccionar a las cartas que Valmont comenzó a mandarle entonces, rogándole que lo perdonara. Elogiaba su bello rostro y hermosa alma, y aseguraba que ella le había hecho reconsiderar su vida entera. Estas emotivas cartas producían emociones inquietantes, y Tourvel se enorgullecía de su serenidad y prudencia. Sabía que debía insistir en que él dejara el château, y le escribió para tal efecto; él aceptó, reacio, aunque con una condición: que le permitiera escribirle desde París. Ella consintió, mientras las cartas no fueran ofensivas. Cuando le dijo a *Madame de Rosemonde* que se marchaba, la regidora sintió remordimiento: su anfitriona y tía lo extrañaría, y

él lucía tan pálido... Era obvio que sufría.

En una estrategia (?) de seducción, uno atrae al otro a un área de debilidad, que es también su área de debilidad. Una debilidad calculada, una debilidad incalculable: uno reta al otro a dejarse engañar. [...] • Seducir es parecer débil. Seducir es volverse débil. Seducimos con nuestra debilidad, nunca con señales o facultades fuertes. En la seducción ponemos en práctica esta debilidad, y esto es lo que da a la seducción su fuerza. • Seducimos con nuestra muerte, nuestra vulnerabilidad, y con el vacío que nos ronda. El secreto es saber jugar con la muerte en ausencia de una mirada o un gesto, en ausencia de conocimiento o significado. • El psicoanálisis nos pide asumir nuestra fragilidad y pasividad, pero en términos casi religiosos los convierte en una forma de resignación y aceptación a fin de promover un equilibrio psíquico bien temperado. La seducción, en contraste, juega triunfalmente con la debilidad, y convierte esto en un juego con sus propias reglas.

JEAN BAUDRILLARD, *DE LA SEDUCCIÓN*

Las cartas de Valmont empezaron a llegar, y Tourvel lamentó pronto haberle permitido esa libertad. Él ignoró su solicitud de que evitara el tema del amor; en realidad, Valmont le juró amor eterno. La reprendió por su frialdad e insensibilidad. Le explicó la mala senda que había seguido en la vida: no era culpa suya, no había tenido dirección, otros lo habían extraviado. Sin su ayuda, recaería en ese mundo. «No sea cruel», le dijo; «fue usted quien me sedujo. Soy su esclavo, la víctima de sus encantos y bondad; como usted es fuerte, y no siento igual que yo, no tiene nada que perder». Y, en efecto, la regidora de Tourvel terminó por apiadarse de Valmont; parecía tan débil, tan fuera de control. ¿Cómo podía ayudarlo? ¿Y por qué pensaba siquiera en él, cada vez más? Era una mujer felizmente casada. No, al menos debía poner fin a esa tediosa correspondencia. No más palabras de amor, escribió, o no contestaría. Valmont dejó de escribirle. Ella se sintió aliviada. Por fin un poco de paz y tranquilidad.

Sin embargo, una noche estaba sentada en el comedor cuando de pronto oyó atrás la voz de Valmont, dirigiéndose a *Madame de Rosemonde*. Sin pensarlo, dijo él, había decidido regresar para hacer una breve visita. Ella sintió que un escalofrío subía y bajaba por su espalda, y se ruborizó; él se aproximó y se sentó a su lado. La miró, ella desvió la vista y se excusó pronto, para dejar la mesa y subir a su habitación. Pero no pudo evitarlo del todo en los días siguientes, y vio que lucía más pálido que antes. Él era cortés, y ella podía pasar un día entero sin que lo viera, pero

esas breves ausencias tenían un efecto paradójico; Tourvel comprendió entonces lo que había sucedido. Lo extrañaba, quería verlo. Este dechado de virtudes y bondad se había enamorado de alguna manera de un libertino incorregible. Furiosa consigo misma y con lo que había permitido que ocurriese, salió del château a media noche, sin avisar a nadie, y se dirigió a París, donde planeaba arrepentirse de algún modo de ese pecado abominable.

Hay un antiguo proverbio estadounidense que dice que si quieres estafar a alguien, antes debes lograr que confíe en ti, o al menos que se sienta superior a ti (estas dos ideas se relacionan), y hacer que baje la guardia. Este proverbio explica mucho acerca de los comerciales de la televisión. Si partimos del supuesto de que la gente no es tonta, debe reaccionar a los comerciales con una sensación de superioridad que le permita creer que está al mando. Mientras esta ilusión de la volición persista, la gente no tendrá conscientemente nada que temer de los comerciales. Es proclive a confiar en todo aquello sobre lo que cree tener control. [...] • Los comerciales de la televisión parecen absurdos, toscos e inútiles a propósito. Están hechos para parecer eso en el nivel consciente a fin de ser conscientemente ridiculizados y rechazados. [...] La mayoría de los publicistas confirmarán que, al paso del tiempo, los aparentemente peores comerciales son los que más han vendido. Un comercial eficaz está deliberadamente diseñado para ofender la inteligencia consciente del espectador, y por lo tanto penetrar sus defensas.

WILSON BRYAN KEY, *SEDUCCIÓN SUBLIMINAL*

Interpretación. El personaje de Valmont en *Las amistades peligrosas*, novela epistolar de Choderlos de Laclos, se basa en algunos de los mayores libertinos reales de la Francia del siglo XVIII. Todo lo que Valmont hace está calculado para llamar la atención: las acciones ambiguas que despiertan la curiosidad de Tourvel por él, el acto de caridad en el pueblo (él sabe que se le sigue), la nueva visita al château, la palidez de su rostro (sostiene un romance con una muchacha en el château, y su jaleo de toda la noche le da una apariencia de decaimiento). Pero lo más devastador es que se sitúe como el débil, el seducido, la víctima. ¿Cómo puede imaginar la regidora que él la manipula cuanto todo sugiere que simplemente está abrumado por su belleza, física o espiritual? No puede ser un impostor cuando repetidamente se empeña en confesar la «verdad» sobre sí mismo: admite que su caridad tuvo motivos cuestionables, explica por qué se ha descarriado, confía a ella

sus emociones. (Toda esta «honestidad» es calculada, por supuesto). En esencia, él es como una mujer, o al menos como una mujer de esa época: emotivo, incapaz de controlarse, temperamental, inseguro. Ella es la fría y cruel, como un hombre. Al situarse como víctima de Tourvel, Valmont no solo puede encubrir sus manipulaciones, sino también incitar piedad y preocupación. Haciéndose la víctima, puede despertar la misma ternura producida por un@ niñ@ enferm@ o un animal herido. Y estas emociones son fáciles de encauzar hacia el amor, como, para su consternación, descubre la regidora.

Se requiere mucho arte para usar la timidez, pero se logran grandes cosas con ella. ¡Cuántas veces no me he servido de la timidez para engañar a una damita! De ordinario, las jóvenes hablan muy ásperamente de los hombres tímidos, pero en secreto les agradan. Un poco de timidez halaga la vanidad de una adolescente, la hace sentirse superior; es su fianza. Pero una vez adormecida, justo en el momento en que cree que estás a punto de perecer de timidez, tú le demuestras que distas tanto de ella que en realidad eres muy independiente. La timidez hace a un hombre perder su importancia masculina, y por lo tanto es un medio relativamente eficaz para neutralizar la relación entre los sexos.

SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR*

La seducción es un juego consistente en reducir la desconfianza y la resistencia. La forma más hábil de hacer esto es lograr que la otra persona se sienta más fuerte, más al control de las cosas. La desconfianza suele proceder de la inseguridad; si tus objetivos se sienten superiores y seguros en tu presencia, es improbable que duden de tus motivos. Eres demasiado débil, demasiado emocional, para tramar algo. Sigue este juego mientras dure. Haz alarde de tus emociones y de lo mucho que te afectan. Hacer sentir a la gente el poder que tiene sobre ti es muy halagador para ella. Confiesa algo malo, o incluso algo malo que le hayas hecho a ella, o contemplado hacerle. La honestidad es más importante que la virtud, y un gesto honesto le impedirá ver innumerables actos engañosos. Da la impresión de debilidad: física, mental, emocional. La fuerza y seguridad pueden ser alarmantes. Haz de tu debilidad un consuelo, y pasa por víctima: del poder de la gente sobre ti, de las circunstancias, de la vida en general. Esta es la mejor manera de no dejar rastros.

Un hombre no vale un cacahuete si no puede llorar en el momento indicado.

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Tod@s tenemos debilidades, vulnerabilidades, flaquezas de carácter. Quizá somos tímido@s o demasiado susceptibles, o necesitamos atención; cualquiera que sea nuestra debilidad, es algo que no podemos controlar. Podemos intentar compensarla, o esconderla, pero esto es con frecuencia un error: la gente percibe algo falso o forzado. Recuerda: lo natural en tu carácter es inherentemente seductor. La vulnerabilidad de una persona, lo que parece que es incapaz de controlar, suele ser lo más seductor en ella. Las personas que no muestran debilidades, por otro lado, a menudo causan envidia, temor y enojo: queremos sabotearlas, solo para hacerlas caer.

No luches contra tus vulnerabilidades, ni trates de reprimirlas, sino ponlas en juego. Aprende a transformarlas en poder. Este juego es sutil; si te deleitas en tu debilidad, si cargas la mano, se te juzgará ansioso de compasión o, peor aún, patético. No, lo mejor es permitir que la gente tenga un destello ocasional del lado débil y frágil de tu carácter, por lo general cuando ya tiene un tiempo de conocerte. Ese destello te humanizará, lo que reducirá la desconfianza de los otros y preparará el terreno para un vínculo más firme. Normalmente fuerte y al mando, suéltate a ratos, cede a tus debilidades, déjalas ver.

Valmont usó su debilidad de esa manera. Había perdido su inocencia tiempo atrás, pero, en algún lugar de su interior, lo lamentaba. Era vulnerable a alguien verdaderamente inocente. Su seducción de la regidora fue exitosa porque no era por completo una actuación; había una debilidad genuina de su parte, que incluso le permitía llorar a veces. Dejó ver a la regidora este lado suyo en momentos clave, para desarmarla. Como Valmont, puedes actuar y ser sincero al mismo tiempo. Supongamos que realmente eres tímido; en ciertos momentos, da mayor peso a tu timidez, exagérala. Debería serte fácil adornar un rasgo que ya posees.

Pero hay otra forma de caridad, practicada a menudo con los pobres presos encerrados en mazmorras y privados de todo placer con mujeres. Eso hacen las esposas y mujeres de los carceleros a cargo de ellos, o las castellanas que tienen prisioneros de guerra en su castillo, que se apiadan y les dan una parte de su amor por mera

caridad y misericordia. [...] Así tratan esas esposas de carceleros, nobles castellanas y otras a sus presos, los que, cautivos y desdichados como están, no por ello dejan de sentir el escozor de la carne, tanto como lo hicieron en mejores días. [...] • Para confirmar lo que digo, referiré un relato que el capitán Beaulieu, capitán de las galeras del rey, a quien ya he aludido una y otra vez, me contó. Se hallaba al servicio del finado gran prior de Francia, miembro de la casa de Lorena, quien le estimaba mucho. Yendo en una ocasión a recoger a su patrono a Malta en una fragata, fue atacado por las galeras sicilianas, y llevado preso a Castel-à-mare en Palermo, donde se le encerró en un calabozo en extremo angosto, oscuro y miserable, y se le maltrató mucho por espacio de tres meses. Casualmente, el gobernador del castillo, que era español, tenía dos hijas muy hermosas, que oyéndolo quejarse y gemir, un día pidieron permiso a su padre de visitarlo, en honor al buen Dios; y él les dio de buena gana autorización para hacerlo. Y visto que el capitán era por cierto un correcto y galante caballero, y tan hábil con la lengua como el que más, fue tan capaz de conquistarlas en la primera visita que ellas obtuvieron permiso de su padre de que abandonase su horrible calabozo y fuera puesto en una cámara apropiada y recibiese mejor trato. Mas esto no fue todo, porque imploraron y obtuvieron autorización de verlo libremente todos los días y conversar con él. • Y esto resultó tan bien que pronto las dos se enamoraron de él, aunque no era de buena apariencia, y ellas muy hermosas damas. Así, sin reparar en el riesgo de una cárcel más rigurosa o aun la muerte, sino tentado por tales oportunidades, se entregó al disfrute de las dos muchachas con buena voluntad y voraz apetito. Y estos placeres continuaron sin escándalo alguno, porque él fue tan afortunado en esta conquista suya por espacio de ocho meses enteros que ningún escándalo surgió en todo ese periodo, y ningún mal, inconveniente, ni sorpresa o descubrimiento en absoluto.

Porque, en efecto, las dos hermanas tenían tan buen entendimiento entre ellas y se tendían tan generosamente la mano entre sí y eran tan complacientes para hacer de centinela la una de la otra, que ningún mal suceso ocurrió jamás. Y él me juró, siendo tan íntimo amigo como lo era, que nunca en sus días de mayor libertad había gozado de tan excelente diversión o sentido ardor más intenso o mayor apetito de él que en la dicha prisión, que en verdad fue una buena prisión para él, aunque el pueblo diga que ninguna cárcel puede ser buena. Y este feliz periodo continuó por espacio de ocho meses, hasta que se hizo la tregua entre el

emperador y Enrique II, rey de Francia, por la que todos los presos salieron de sus mazmorras y fueron liberados. Él juró que nunca se había sentido tan afligido como al dejar esa buena prisión suya, y que sufrió en exceso al abandonar a esas hermosas doncellas, con las que estuvo en tan alto favor, y quienes expresaron todos los lamentos posibles a su partida.

SEIGNEUR DE BRANTÔME, *VIDAS DE DAMAS HERMOSAS Y GALANTES*

Luego de que Lord Byron publicó su primer gran poema, en 1812, se volvió célebre al instante. Además de ser un escritor talentoso, era apuesto, incluso bello, y tan perturbador y enigmático como los personajes de los que escribía. Las mujeres enloquecían por él. Tenía una infausta «mirada de soslayo»: inclinaba levemente la cabeza y dirigía la vista a una mujer, haciéndola temblar. Pero también tenía otros rasgos; era imposible que quienes lo conocían no notaran sus movimientos inquietos, su ropa desajustada, su extraña timidez y su notable cojera. Este hombre infame, que despreciaba todas las convenciones y parecía tan peligroso, era personalmente inseguro y vulnerable.

En el poema de Byron *Don Juan*, el protagonista es menos un seductor de mujeres que un hombre constantemente perseguido por ellas. Era un poema autobiográfico; las mujeres querían hacerse cargo de ese hombre un tanto frágil, que parecía tener poco control sobre sus emociones. Más de un siglo después, John F. Kennedy se obsesionó de joven con Byron, el hombre al que más quería emular. Incluso trató de apropiarse de su «mirada de soslayo». Kennedy era un joven endeble, con constantes problemas de salud. También era en cierto modo bonito, y sus amigos veían algo femenino en él. Sus debilidades —físicas y mentales, porque era asimismo inseguro, tímido y demasiado susceptible— eran justo lo que atraía a las mujeres. Si Byron y Kennedy hubieran tratado de esconder sus vulnerabilidades bajo una arrogancia masculina, no habrían poseído ningún encanto seductor. En cambio, aprendieron a exhibir sutilmente sus debilidades, dejando que las mujeres percibieran su lado frágil.

Hay temores e inseguridades peculiares de cada sexo: tu uso de la debilidad estratégica siempre debe tomar en cuenta esas diferencias. Una mujer, por ejemplo, podría sentirse atraída por la fuerza y seguridad de un hombre, pero, asimismo, un exceso de ello podría causar temor, y parecer forzado, e incluso desagradable. Particularmente intimidante es la percepción de que un hombre es frío e insensible. Ella podría temer que él solo busque sexo, y nada más. Los seductores aprendieron hace mucho a ser más femeninos: a mostrar sus emociones, y a parecer interesados en la vida de sus víctimas. Los trovadores medievales fueron los primeros en dominar esta estrategia: escribían poesía en honor a las mujeres, exaltaban interminablemente sus sentimientos y pasaban horas en los tocadores de sus damas,

escuchando las quejas de las mujeres y empapándose de su espíritu. A cambio de su disposición a hacerse los débiles, los trovadores obtenían el derecho de amar.

Poco ha cambiado desde entonces. Algunos de los mayores seductores de la historia reciente. —Gabriele D’Annunzio, Duke Ellington, Errol Flynn— comprendieron el valor de actuar servilmente con una mujer, como un trovador arrodillado. La clave es ceder a tu lado débil mientras sigues siendo tan masculino como te sea posible. Esto podría incluir una demostración ocasional de vergüenza, considerada por el filósofo Søren Kierkegaard una táctica extremadamente seductora para un hombre: da a la mujer una sensación de confort, y aun de superioridad. Recuerda, sin embargo, ser moderado. Un atisbo de timidez es suficiente; demasiada, y el objetivo se desesperará, temiendo tener que hacer todo el trabajo.

Los temores e inseguridades de un hombre suelen concernir a su sentido de masculinidad; por lo general se siente amenazado por una mujer demasiado manipuladora, demasiado al mando. Las mayores seductoras de la historia sabían cómo esconder sus manipulaciones haciéndose las niñas en necesidad de protección masculina. Una famosa cortesana de la antigua China, Su Shou, solía maquillarse para parecer particularmente débil y pálida. También caminaba en forma que la hiciera parecer endeble. La gran cortesana del siglo XIX, Cora Pearl literalmente se vestía y actuaba como niña. Marilyn Monroe sabía cómo dar la impresión de que dependía de la fuerza de un hombre para sobrevivir. En todos estos casos, las mujeres eran las que controlaban la dinámica, estimulando el sentido de masculinidad de un hombre a fin de esclavizarlo en última instancia. Para volver esto más eficaz, una mujer debía parecer tanto en necesidad de protección como sexualmente excitable, concediendo así al hombre su mayor fantasía.

La emperatriz Josefina, esposa de Napoleón Bonaparte, obtuvo pronto el dominio sobre su esposo por medio de una coquetería calculada. Después se aferró a ese poder mediante su constante —y no tan inocente— uso de lágrimas. Ver llorar a alguien suele tener un efecto inmediato en nuestras emociones: no podemos permanecer neutrales. Sentimos compasión, y muy a menudo haremos cualquier cosa por detener las lágrimas, incluidas cosas que normalmente no haríamos. Llorar es una táctica increíblemente eficaz, pero quien llora no siempre es tan inocente. Por lo común hay algo real detrás de las lágrimas, pero también puede haber un elemento de actuación, de fingir para impresionar. (Y si el objetivo percibe esto, la táctica está condenada al fracaso). Más allá del impacto emocional de las lágrimas, hay algo seductor en la tristeza. Queremos consolar a la otra persona y, como descubrió Tourvel, ese deseo se convierte pronto en amor. Afectar tristeza, aun llorar a veces, posee enorme valor estratégico, incluso en un hombre. Esta es una habilidad que puedes aprender. El protagonista de *Marianne*, novela francesa del siglo XVIII, de Marivaux, recordaba algo triste de su pasado para poder llorar y parecer triste en el presente.

Usa las lágrimas módicamente, y guárdalas para el momento indicado. Quizá este podría ser un momento en que tu blanco parece desconfiar de tus motivos, o en que te

preocupa no ejercer ningún efecto en él. Las lágrimas son un barómetro seguro de lo enamorada que la otra persona está de ti. Si parece enfadada, o se resiste a morder el anzuelo, es probable que tu caso sea irremediable.

En situaciones sociales y políticas, parecer demasiado ambicios@, o demasiado controlad@, hará que la gente te tema; es crucial que muestres tu lado débil. Exhibir una debilidad ocultará múltiples manipulaciones. La emoción, e incluso las lágrimas, también funcionarán aquí. Lo más seductor es hacerse la víctima. Para su primer discurso en el parlamento, Benjamin Disraeli preparó una elaborada alocución, pero cuando la pronunció la oposición gritó y rio tan fuerte que casi nada pudo oírse. Él siguió adelante y pronunció el discurso completo, pero cuando se sentó sintió que había fracasado en forma lamentable. Para su sorpresa, sus colegas le dijeron que su discurso había sido todo un éxito. Habría sido un fiasco si él se hubiera quejado y rendido; pero al continuar como lo hizo, quedó como la víctima de una facción cruel y poco razonable. Casi todos se compadecieron de él entonces, lo que le sería muy útil en el futuro. Atacar a tus malévol@s adversari@s puede hacerte parecer violent@ también; en cambio, aguanta sus golpes y hazte la víctima. La gente se pondrá de tu lado, en una reacción emocional que sentará las bases para una grandiosa seducción política.

Símbolo: La imperfección. Una cara bonita es un deleite para la vista, pero si es demasiado perfecta nos dejará frí@s, y aun algo intimidad@s. Es el pequeño lunar, la hermosa marca, lo que vuelve humano y adorable el rostro. Así, no ocultes todas tus imperfecciones. Las necesitas para suavizar tus rasgos e inducir ternura.

REVERSO

El sentido de la oportunidad es todo en la seducción; busca siempre señales de que el objetivo cae bajo tu hechizo. Una persona que se enamora tiende a ignorar las debilidades de la otra, o a juzgarlas atractivas. Una persona no seducida, racional, por otro lado, podría considerar patéticos la vergüenza y los arrebatos emocionales. También hay ciertas debilidades que no tienen valor seductor, por enamorado que esté el objetivo.

A la gran cortesana del siglo XVII Ninon de l'Enclos le gustaban los hombres con un lado débil. Pero a veces un hombre llegaba demasiado lejos, quejándose de que ella no lo amaba lo suficiente, era demasiado veleidosa e independiente, y él era maltratado y agraviado. Para Ninon, esa conducta rompía el encanto, y ella terminaba pronto la relación. Quejas, gimoteos, indigencia y petición de compasión no parecerán a tus objetivos debilidades encantadoras, sino intentos de manipulación con una especie de poder negativo. Así que cuando te hagas la víctima, hazlo sutilmente, sin excesos. Las únicas debilidades que vale la pena exagerar son las que te volverán adorable. Todas las demás deben reprimirse y erradicarse a como dé lugar.

14. Mezcla deseo y realidad: La ilusión perfecta

Para compensar las dificultades de la vida, la gente pasa mucho tiempo ensoñando, imaginando un futuro repleto de aventura, éxito y romance. Si puedes crear la ilusión de que, gracias a ti, ella puede cumplir sus sueños, la tendrás a tu merced. Es importante empezar despacio, ganando su confianza, y forjar gradualmente la fantasía acorde a sus anhelos. Apunta a los secretos deseos frustrados o reprimidos, para provocar emociones incontrolables y ofuscar su razón. La ilusión perfecta es la que no se aparta mucho de la realidad, sino que posee apenas un toque de irrealidad, como al soñar despierto. Lleva al seducido a un punto de confusión en que ya no pueda distinguir entre ilusión y realidad.

FANTASÍA DE CARNE Y HUESO

En 1964, un francés de veinte años llamado Bernard Bouriscout llegó a Pekín, China, para trabajar como contador en la embajada de Francia. Sus primeras semanas ahí no fueron lo que esperaba. Bouriscout había crecido en la provincia francesa, soñando con viajes y aventuras. Cuando se le destinó a China, imágenes de la Ciudad Prohibida, y de los garitos de Macao, danzaron en su mente. Pero esta era la China comunista, y el contacto entre occidentales y chinos era casi imposible en esa época. Bouriscout tenía que socializar con los demás europeos destacados en la ciudad, y eran por demás aburridos y exclusivistas. Estaba solo, lamentaba haber aceptado el puesto y empezó a hacer planes para marcharse.

Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que van más allá de lo que la razón puede percibir.

WILLIAM SHAKESPEARE, *SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO*

Entonces, en una fiesta de navidad ese año, un joven chino en un rincón atrajo su mirada. Nunca había visto un solo chino en esas reuniones. El hombre era enigmático: esbelto y de baja estatura, un poco reservado, tenía una presencia atractiva. Bouriscout se acercó y se presentó. Aquel individuo, Shi Pei Pu, resultó ser autor de libretos para la ópera china, así como maestro de chino de miembros de la embajada francesa. De veintiséis años, hablaba un francés perfecto. Todo en él fascinó a Bouriscout: su voz era como música, suave y susurrante, y lo dejaba a uno queriendo saber más sobre él. Aunque usualmente tímido, Bouriscout insistió en intercambiar números telefónicos. Quizá Pei Pu sería su tutor chino.

Él no era una persona sexual. Era como [...] alguien bajado de las nubes. No era humano. No podía decirse que fuera amigo o amiga; era diferente de todos modos [...] Se sentía que era solo un

amigo llegado de otro planeta, y también muy amable, avasallador y aparte de la vida en la tierra.

BERNARD BOURISCOUT, EN JOYCE WADLER, *LIAISON*

Se vieron días después en un restaurante. Bouriscout era el único occidental ahí: al fin una probadita de algo real y exótico. Resultó que Pei Pu había sido un actor famoso de óperas chinas y que procedía de una familia relacionada con la antigua dinastía gobernante. Para entonces escribía óperas sobre obreros, aunque dijo esto con una mirada de ironía. Empezaron a reunirse con regularidad, y Pei Pu enseñó a Bouriscout los lugares de interés de Pekín. A Bouriscout le gustaban sus historias; Pei Pu hablaba despacio, y cada detalle histórico parecía cobrar vida mientras platicaba, moviendo las manos para adornar sus palabras. «Ahí», decía él, por ejemplo, «es donde se colgó el último emperador Ming», señalando el lugar y contando la historia al mismo tiempo. O bien: «El cocinero del restaurante donde acabamos de comer trabajó en el palacio del último emperador», y seguía otro magnífico relato. Pei Pu hablaba asimismo de la vida en la Ópera de Pekín, donde era frecuente que hombres interpretaran los papeles femeninos, lo que en ocasiones los volvía famosos.

El romance había vuelto a cruzarse en su camino en la persona de un joven y guapo oficial alemán, el teniente Konrad Friedrich, quien la visitó en Neuilly para pedirle ayuda. Quería que Paulina [Bonaparte] usara su influencia con Napoleón en lo relativo a la satisfacción de las necesidades de las tropas francesas en los Estados papales. Él causó al instante buena impresión a la princesa, quien lo acompañó por su jardín hasta que llegaron al peñasco. Ahí se detuvo y, mirando misteriosamente a los ojos del joven, le ordenó regresar a ese mismo punto en la misma hora del día siguiente, cuando quizá le tendría buenas noticias. El joven oficial se inclinó y se despidió. [...] En sus memorias, él reveló en detalle lo que tuvo lugar luego de su primer encuentro con Paulina: • «A la hora indicada me dirigí de nuevo a Neuilly, me abrí camino hasta el sitio asignado en el jardín y esperé en el peñasco. No llevaba mucho tiempo ahí cuando una dama hizo su aparición, me saludó amablemente y me condujo por una puerta lateral al interior del peñasco, donde había varias salas y galerías, y en un espléndido salón una tina de lujoso aspecto. La aventura empezaba a presentarseme como muy romántica, casi como un cuento de hadas, y justo cuando me preguntaba cuál podría ser el resultado, una

mujer envuelta en un manto de la más fina batista entró por una puerta lateral, se acercó a mí y, sonriendo, me preguntó si me agradaba estar ahí. De inmediato reconocí a la bella hermana de Napoleón, cuya perfecta figura era claramente delineada por cada movimiento de su manto. Me tendió la mano para que se la besara, y me indicó que me sentara en el sofá a su lado. Esta vez, desde luego, yo no era el seductor. [...] Tras un intervalo, Paulina tiró de la cuerda de una campana y ordenó a la mujer que respondió que preparara un baño, el cual me pidió compartir. Portando trajes de baño del más fino lienzo, permanecemos cerca de una hora en el agua azulada, clara como el cristal. Luego cenamos majestuosamente en otra sala, y estuvimos juntos hasta el anochecer. Cuando me marché, tuve que prometer que regresaría pronto, y pasé muchas otras tardes con la princesa en la misma forma».

HARRISON BRENT, *PAULINA BONAPARTE: MUJER DE PASIONES*

Se hicieron amigos. El contacto chino con extranjeros era restringido, pero ellos se las arreglaban para hallar maneras de reunirse. Una noche Bouriscout acompañó a Pei Pu a la casa de un funcionario francés para dar clases a sus hijos. Lo escuchó contarles «La historia de la mariposa», un relato de la ópera china: una joven ansía asistir a una escuela imperial, pero en ella no se aceptan mujeres. Se disfraza de hombre, aprueba los exámenes y entra a la escuela. Un compañero se enamora de ella, y la joven se siente atraída por él, así que le confiesa que es mujer. Como casi todas las historias de este tipo, esta termina trágicamente. Pei Pu la contó con inusual emoción; de hecho, en la ópera había interpretado el papel de la chica.

Noches después, mientras paseaban ante las puertas de la Ciudad Prohibida, Pei Pu volvió a «La historia de la mariposa»: «Mira mis manos», le dijo. «Mira mi cara. La historia de la mariposa es también mi historia». Con su lenta y dramática enunciación, le explicó que los dos primeros descendientes de su madre habían sido niñas. Los hijos eran mucho más importantes en China; si el tercer descendiente era niña, el padre tendría que tomar una segunda esposa. Llegó el tercer descendiente: otra mujer. Pero la madre temió revelar la verdad, y llegó a un acuerdo con la partera: dirían que era niño, y se le educaría como tal. Ese tercer descendiente era Pei Pu.

Al paso de los años, Pei Pu había tenido que desvivirse para ocultar su sexo. Nunca entraba a baños públicos, se depilaba la frente para que pareciera que se quedaba calva, y así. Bouriscout quedó embelesado por esa historia, y también aliviado, porque, como el chico del cuento de la mariposa, en el fondo se sentía atraído por Pei Pu. Entonces todo cobró sentido; las manos pequeñas, la voz aguda,

el cuello delicado. Se había enamorado de ella y, al parecer, sus sentimientos eran correspondidos.

Pei Pu comenzó a visitar el departamento de Bouriscout, y pronto ya dormían juntos. Ella siguió vistiendo como hombre, aun en el departamento de él, pero las mujeres en China usaban ropa de hombre de todos modos, y Pei Pu actuaba más como mujer que cualquier china que Bouriscout hubiera visto. En la cama, ella tenía una timidez y una manera de dirigirle las manos que eran tanto excitantes como femeninas. Todo lo volvía romántico e intenso. Cuando él no estaba con ella, cada una de las palabras y gestos de Pei Pu resonaban en su mente. Lo que volvía aún más emocionante la aventura era el hecho de que debieran mantenerla en secreto.

En diciembre de 1965 Bouriscout dejó Pekín y regresó a París. Viajó, tuvo otras aventuras, pero sus pensamientos no cesaban de volver a Pei Pu. En China estalló la Revolución Cultural, y él perdió contacto con ella. Antes de partir, ella le había dicho que estaba embarazada. Él ignoraba si el niño había nacido ya. Su obsesión por ella aumentó, y, en 1969, Bouriscout se las arregló para conseguir otro puesto gubernamental en Pekín.

El contacto con extranjeros se desalentaba entonces más que en su primera visita, pero él logró localizar a Pei Pu. Ella le dijo que había dado a luz un hijo, en 1966, pero que como se parecía a él, y dado el creciente odio a los extranjeros en China y la necesidad de ella de mantener el secreto de su sexo, había tenido que enviarlo a una aislada región cerca de Rusia. Hacía mucho frío allá; tal vez su hijo había muerto. Le mostró a Bouriscout fotografías del niño, y él notó, en efecto, cierto parecido. Las semanas siguientes se las ingenieron para verse aquí y allá, y entonces Bouriscout tuvo una idea: simpatizaba con la Revolución Cultural, y quería sortear las prohibiciones que le impedían ver a Pei Pu, así que se ofreció como espía. El ofrecimiento fue transmitido a la persona indicada, y pronto Bouriscout robaba documentos para los comunistas. El hijo, cuyo nombre era Bertrand, fue llamado a Pekín, y Bouriscout al fin lo conoció. Una triple aventura colmaba así la vida de Bouriscout: la tentadora Pei Pu, la emoción de ser espía y el hijo ilícito, al que quería llevar a Francia.

En 1972, Bouriscout se fue de Pekín. Los años siguientes intentó repetidamente llevar a Pei Pu y su hijo a Francia, y una década más tarde por fin tuvo éxito: los tres formaron una familia. En 1983, sin embargo, las autoridades francesas sospecharon de esa relación entre un funcionario del Ministerio del Exterior y un chino, y tras investigar un poco descubrieron la labor de espionaje de Bouriscout. Este fue arrestado, y pronto hizo una confesión asombrosa: el hombre con quien vivía en realidad era mujer. Confundidos, los franceses ordenaron que se examinara a Pei Pu; como suponían, él era un hombre cabal. Bouriscout fue a la cárcel.

Aun después de oír la confesión de su examante, Bouriscout seguía convencido de que Pei Pu era mujer. Su cuerpo suave, su relación íntima: ¿cómo podía estar equivocado? Solo cuando Pei Pu, encarcelado en la misma prisión, le mostró la incontrovertible prueba de su sexo, Bouriscout lo aceptó por fin.

La cortesana está hecha para ser una figura flotante y semidefinida que nunca se fije firmemente en la imaginación. Es el recuerdo de una experiencia, el punto en que un sueño se transforma en realidad o la realidad en un sueño. Los colores brillantes se desvanecen, su nombre se vuelve mero eco: el eco de un eco, pues probablemente lo adoptó de una antigua predecesora. La idea de la cortesana es un jardín de delicias en el que el amante pasea, oliendo primero esta flor y luego aquella, pero sin comprender nunca de dónde procede la fragancia que lo embriaga. ¿Por qué la cortesana no habría de eludir el análisis? No quiere ser reconocida como lo que es, sino que se le permita ser potente y efectiva. Ofrece la verdad de sí misma; o, más bien, de las pasiones dirigidas a ella. Y lo que da a cambio es el ser de la otra persona y una hora de gracia en su presencia. El amor revive cuando se le mira; ¿eso no es suficiente? Ella es la fuerza generativa de una ilusión, el punto de origen del deseo, el umbral de la contemplación de la belleza corporal.

LYNNE LAWNER, *VIDAS DE LAS CORTESANAS: RETRATOS DEL RENACIMIENTO*

Interpretación. En cuanto Pei Pu conoció a Bouriscout, reparó en que había encontrado a la víctima perfecta. Bouriscout estaba solo, aburrido, desesperado. La forma en que reaccionó ante Pei Pu sugería que probablemente también era homosexual, o quizá bisexual; o al menos, que estaba confundido. (De hecho, Bouriscout había tenido encuentros homosexuales de chico; sintiéndose culpable, había intentado reprimir ese lado de sí mismo). Pei Pu había hecho antes papeles femeninos, y era muy bueno en eso: esbelto y afeminado, físicamente aquello no era una exageración. Pero ¿quién habría creído su historia, o al menos no se habría mostrado escéptico ante ella?

El componente crítico de la seducción de Bouriscout por Pei Pu, en la que este dio vida a la fantasía de aventura del francés, fue empezar poco a poco y establecer una idea en la mente de su víctima. En su perfecto francés (lleno sin embargo de interesantes expresiones chinas), acostumbró a Bouriscout a oír historias y relatos, algunos verídicos, otros no, pero todos enunciados en su tono dramático pero verosímil. Luego sembró la idea de transformación de género con su «Historia de la mariposa». Para cuando confesó la «verdad» sobre su género, ya había encantado por completo a Bouriscout.

Este último se previno contra toda sospecha porque *quería* creer en la historia de Pei Pu. Todo lo demás fue fácil. Pei Pu fingió sus periodos; no hizo falta mucho dinero para conseguir un niño que él pudiera hacer pasar razonablemente por hijo de

ambos. Más aún, llevó al extremo la ejecución de su papel de fantasía, pues no dejó de ser escurridizo y misterioso (como un occidental habría esperado de una mujer asiática) mientras envolvía su pasado, y en realidad toda la experiencia de ambos, en historias excitantes. Como explicó después Bouriscout: «Pei Pu me lavó el cerebro. [...] Yo tenía relaciones, y en mis ideas, mis sueños, estaba a años luz de la verdad».

Bouriscout pensaba que tenía una aventura exótica, lo cual era para él una fantasía perdurable. Menos conscientemente, disponía de una salida para su homosexualidad reprimida. Pei Pu encarnó su fantasía, le dio cuerpo, actuando primero sobre su mente. La mente posee dos tendencias: quiere creer lo que es agradable creer, pero por autoprotección tiene la necesidad de desconfiar. Si empiezas siendo demasiado teatral, haciendo un gran esfuerzo por crear una fantasía, alimentarás ese lado desconfiado de la mente; y una vez nutrido este, las dudas no desaparecerán. En cambio, debes comenzar poco a poco, despertando confianza, quizá dejando ver a la gente un ligero toque de algo extraño o excitante en ti para avivar su interés. Entonces podrás armar tu historia, como cualquier obra de ficción. Has sentado una base de confianza; así, las fantasías y sueños en que envuelves a l@s demás son súbitamente creíbles.

Recuerda: las personas quieren creer en lo extraordinario; con unos cuantos cimientos, cierto preludeo mental, se enamorarán de tu ilusión. Exagera en todo caso el lado de la realidad: usa utilería verdadera (como el hijo que Pei Pu mostró a Bouriscout), y añade los toques fantásticos con tus palabras, o con un gesto ocasional que te confiera una leve irrealidad. Una vez que sientas atrapada a la gente, podrás intensificar tu hechizo, llegar cada vez más lejos en la fantasía. En ese momento, ella habrá llegado tan lejos en su propia mente que ya no tendrás que molestarte por la verosimilitud.

Fue el 16 de marzo, mismo día en que el duque de Gloucester escribió a *Sir William*, cuando Goethe registró la primera función de que se tenga noticia de lo que habría de conocerse como las Actitudes de Emma. Qué eran estas exactamente, lo sabremos muy pronto. Primero debe enfatizarse que las Actitudes eran un espectáculo exclusivo para ojos privilegiados. • [...] A Goethe, discípulo de Winckelmann, le estremecía entonces la forma humana, como escribe un contemporáneo. Ahí estaba el espectador ideal del drama clásico que Emma y *Sir William* habían producido en las largas veladas del invierno. Tomemos asiento junto a Goethe y acomodémonos para ver el espectáculo como él lo describe. • «*Sir William* Hamilton, [...] luego de muchos años de dedicación a las artes y el estudio de la naturaleza, ha hallado ahora el colmo de estas delicias en la persona de una muchacha inglesa de veinte

años, de hermoso rostro y perfecta figura. Ha hecho confeccionar un traje griego para ella que le sienta de maravilla. Así vestida, ella se suelta el pelo y, con algunos chales, da tal variedad a sus poses, gestos, expresiones, etcétera, que el espectador apenas si puede creer a sus ojos. Ve lo que miles de artistas habrían querido expresar hacerse realidad ante él en movimientos y sorprendentes transformaciones: de pie, de rodillas, sentada, reclinada, seria, triste, divertida, extática, contrita, tentadora, amenazante, ansiosa, una pose sigue a otra sin pausa. Ella sabe disponer los pliegues de su velo en armonía con cada estado anímico, y tiene cientos de maneras de convertirlo en tocado. El viejo caballero la idolatra y es muy entusiasta con todo lo que hace. En ella ha encontrado todas las antigüedades, todos los perfiles de las monedas sicilianas, aun el Belvedere de Apolo. Ciertamente: como espectáculo, no se ha visto nada igual en la vida. Ya hemos disfrutado de él en dos veladas».

FLORA FRASER, *EMMA, LADY HAMILTON*

CUMPLIMIENTO DEL DESEO

En 1762, Catalina, esposa del zar Pedro III, dio un golpe contra su incapaz esposo y se proclamó emperatriz de Rusia. Los años siguientes gobernó sola, pero tuvo una serie de amantes. Los rusos los llaman *vremienchiki*, «los hombres del momento», y en 1774 el hombre del momento era Grigori Potemkin, teniente de treinta y cinco años de edad, diez menos que Catalina, y el más insólito candidato a ese papel. Potemkin era tosco y en absoluto apuesto (había perdido un ojo en un accidente). Pero sabía hacer reír a Catalina, y la adoraba tanto que ella al fin sucumbió. Él se convirtió rápidamente en el amor de su vida.

Catalina ascendió a Potemkin cada vez más en la jerarquía, hasta hacerlo gobernador de la Rusia Blanca, inmensa área del suroeste que incluía a Ucrania. Como gobernador, Potemkin tuvo que abandonar San Petersburgo e ir a vivir al sur. Sabía que Catalina no podía estar sin compañía masculina, así que asumió la responsabilidad de nombrar a su siguiente *vremienchiki*. Ella no solo aprobó esa disposición, sino que dejó en claro que Potemkin sería siempre su favorito.

El sueño de Catalina era emprender una guerra con Turquía, recuperar Constantinopla para la iglesia ortodoxa y expulsar a los turcos de Europa. Ofreció

compartir esta cruzada con el joven emperador de los Habsburgo, José II, pero este nunca se convenció de firmar el tratado que los uniría en guerra. Impaciente, en 1783 Catalina se anexó Crimea, península del sur poblada principalmente por tártaros musulmanes. Pidió a Potemkin hacer ahí lo que ya había logrado en Ucrania: librar el área de bandidos, construir caminos, modernizar los puertos, llevar prosperidad a los pobres. Una vez arreglada, Crimea sería el perfecto puerto de lanzamiento de la guerra contra Turquía.

Crimea era un atrasado páramo, pero a Potemkin le agradó el reto. Trabajando en un centenar de proyectos diferentes, se embriagó con visiones de los milagros que haría allá. Establecería una capital junto al río Dnieper, Ekaterinoslav (La gloria de Catalina), que rivalizaría con San Petersburgo y alojaría una universidad que opacaría a cualquiera de Europa. El campo albergaría interminables sembradíos de trigo, huertos de raros frutos de Oriente, criaderos de gusanos de seda, nuevas ciudades con mercados bulliciosos. En una visita a la emperatriz en 1785, Potemkin habló de esas cosas como si ya existieran, así de vívidas eran sus descripciones. La emperatriz se mostró encantada, pero sus ministros fueron escépticos; Potemkin era dado a hablar. Ignorando sus advertencias, en 1787 Catalina solicitó una gira por el área. Pidió a José II que la acompañara; él quedaría tan impresionado con la modernización de Crimea que firmaría de inmediato la guerra contra Turquía. Potemkin, naturalmente, debía organizar toda la cuestión.

Así, en mayo de ese año, luego de que el Dnieper se descongeló, Catalina se preparó para efectuar un viaje de Kiev, en Ucrania, a Sebastopol, en Crimea. Potemkin dispuso que siete palacios flotantes transportaran por el río a Catalina y su séquito. El viaje empezó, y al mirar las riberas a cada lado, Catalina, José y los cortesanos hallaban arcos de triunfo ante ciudades de pulcro aspecto, recién pintadas sus paredes; ganado de saludable apariencia pasciendo en las pasturas; torrentes de tropas desfilando en los caminos; edificios que se alzaban en todas partes. Al anochecer los entretuvieron campesinos ataviados con brillantes prendas, y sonrientes muchachas con flores en el cabello, que bailaban en la orilla. Catalina había recorrido el área muchos años atrás, y la pobreza del campesinado le había entristecido; decidió entonces que cambiaría de algún modo su suerte. Ver ante sus ojos las señales de esa transformación la sobrepasó, y amonestó a los críticos de Potemkin: «¡Miren lo que ha hecho mi favorito, vean estos milagros!».

De camino anclaron en tres ciudades, permaneciendo cada vez en un magnífico palacio recién construido, con cascadas artificiales en jardines estilo inglés. En tierra recorrieron poblados con bulliciosos mercados; los campesinos trabajaban gustosamente, construyendo y reparando. En todas partes donde pasaron la noche, algún espectáculo ocupó su vista: bailes, desfiles, retablos mitológicos, volcanes artificiales que iluminaban jardines moriscos. Finalmente, al término del viaje, en el palacio de Sebastopol, Catalina y José hablaron de la guerra con Turquía. José reiteró sus preocupaciones. De pronto, Potemkin interrumpió: «Tengo cien mil soldados esperando que les diga: “¡En marcha!”». En ese momento las ventanas del

palacio se abrieron de golpe, y al son del estruendo de cañones ellos miraron filas de soldados hasta donde alcanzaba la vista, y una flota naval que ocupaba el puerto. Impactado por la vista, y con imágenes de ciudades de Europa oriental recuperadas de los turcos danzando en su cabeza, José II, finalmente, firmó el tratado. Catalina estaba extasiada, y su amor por Potemkin alcanzó nuevas alturas. Él había hecho realidad sus sueños.

Catalina no sospechó nunca que casi todo lo que había visto era pura falsedad, quizá la ilusión más compleja jamás evocada por un hombre.

Porque esto misterioso en realidad no es nada nuevo o extraño, sino familiar y antiguo, establecido en la mente y que se ha vuelto extraño a ella solo mediante el proceso de la represión. Esta referencia al factor de la represión nos permite, además, comprender la definición de Schelling de lo misterioso como algo que debía haber permanecido oculto pero ha salido a la luz. [...] • [...] Hay un punto más de aplicación general que me gustaría añadir. [...] Es el de que un efecto misterioso se produce frecuente y fácilmente cuando la distinción entre imaginación y realidad se desvanece, como cuando algo que hasta ahora hemos considerado imaginario aparece ante nosotros en la realidad, o cuando un símbolo asume todas las funciones de la cosa que simboliza, etcétera. Es este factor el que contribuye no poco al efecto misterioso atribuido a las prácticas mágicas. El elemento infantil en esto, que también domina la mente de los neuróticos, es la sobreacentuación de la realidad psíquica en comparación con la realidad material, característica estrechamente aliada con la creencia en la omnipotencia de los pensamientos.

SIGMUND FREUD, «LO MISTERIOSO», EN *TEXTOS Y CARTAS PSICOLÓGICAS*

Interpretación. En sus cuatro años como gobernador de Crimea, Potemkin había hecho poco, porque se necesitaban décadas para componer ese atrasado lugar junto al mar. Pero en los escasos meses previos a la visita de Catalina, hizo lo siguiente: cada edificio frente al camino o la ribera recibió una nueva capa de pintura; se colocaron árboles artificiales para ocultar de la vista puntos impropios; los techos rotos se repararon con tablas ligeras pintadas de tal modo que parecieran tejas; todos a quienes la comitiva vería recibieron la instrucción de vestir sus mejores ropas y parecer felices; los ancianos y enfermos debían quedarse en casa. Flotando en sus palacios por el Dnieper, el séquito imperial vio flamantes poblados, pero la mayoría

de los edificios solo eran fachadas. Los hatos de ganado se llevaron desde muy lejos, y se trasladaron de noche a campos nuevos a lo largo de la ruta. A los campesinos bailarines se les adiestró en sus espectáculos; luego, cada uno era cargado en carretas y apresuradamente transportado a otro lugar río abajo, al igual que los soldados de los desfiles, quienes parecían estar en todas partes. Los jardines de los nuevos palacios se llenaron con árboles trasplantados que días después se secaron. Los palacios mismos fueron rápida y deficientemente contruidos, pero tan magníficamente amueblados que nadie se dio cuenta. Una fortaleza en el camino se construyó con arena, y fue derribada poco después por una tormenta.

El costo de esta vasta ilusión había sido enorme, y la guerra con Turquía sería un fracaso, pero Potemkin había cumplido su meta. Para el observador, desde luego, a lo largo de la ruta había señales de que nada era lo que parecía; pero cuando la emperatriz insistió en que todo era real y glorioso, los cortesanos no pudieron menos que estar de acuerdo. Esa fue la esencia de la seducción: Catalina deseaba tanto que se le considerara una gobernante benigna y progresista, la cual derrotaría a los turcos y liberaría a Europa, que cuando vio señales de cambio en Crimea, su mente completó el cuadro.

Cuando nuestras emociones se inmiscuyen, a menudo tenemos problemas para ver las cosas tal como son. El amor puede nublar nuestra visión, haciéndonos colorear los acontecimientos para que coincidan con nuestros deseos. A fin de hacer creer a la gente en las ilusiones que crees, debes alimentar las emociones sobre las que tiene menos control. Con frecuencia la mejor manera de hacer esto es determinar sus deseos insatisfechos, sus anhelos que claman realización. Tal vez quisiera verse a sí misma como noble o romántica, pero la vida se lo ha impedido. Quizá desea una aventura. Si algo parece dar validez a esta aspiración, ella se emocionará y volverá irracional, al punto casi de la alucinación.

Recuerda envolverla en tu ilusión poco a poco. Potemkin no empezó con espectáculos grandiosos, sino con vistas simples a lo largo del camino, como el ganado que pastaba. Luego llevó a la gente a tierra, intensificando el drama, hasta el clímax calculado en que las ventanas se abrieron de golpe para revelar un poderoso aparato bélico: en realidad un escaso millar de hombres y barcos alineados de tal forma que sugerían muchos más. Como Potemkin, lleva a tu objetivo a un viaje, físico o de otra especie. La sensación de una aventura compartida es pródiga en asociaciones fantásticas. Hazle sentir que ve y vive algo relacionado con sus más profundos anhelos, y verá poblados prósperos y felices donde solo hay fachadas.

Ahí comenzó el verdadero viaje por el país de las hadas de Potemkin. Era como un sueño: la ensoñación de un mago que ha descubierto el secreto para materializar sus visiones. [...] [Catalina] y sus acompañantes habían dejado atrás el mundo de la realidad [...] Hablaban de Ifigenia y los dioses antiguos, y Catalina

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

La realidad puede ser implacable: suceden cosas sobre las que tenemos poco control, l@s demás ignoran nuestros sentimientos en afán de obtener lo que necesitan, el tiempo se agota antes de que cumplamos lo que queremos. Si alguna vez nos detuviéramos a examinar el presente y el futuro en forma totalmente objetiva, nos desesperaríamos. Por fortuna, desarrollamos pronto el hábito de soñar. En este otro mundo mental que habitamos, el futuro está lleno de posibilidades optimistas. Quizá mañana convenceremos de esa brillante idea, o conoceremos a la persona que cambiará nuestra vida. Nuestra cultura estimula estas fantasías con constantes imágenes e historias de sucesos maravillosos y felices romances.

El problema es que esas imágenes y fantasías solo existen en nuestra mente, o en la pantalla. Pero en verdad no son suficientes: ansiamos lo real, no esa ensoñación y tentación interminables. Tu tarea como seductor@ es dar cuerpo a la vida fantástica de alguien encarnando una figura de fantasía, o creando un escenario que se parezca a los sueños de esa persona. Nadie puede resistirse a la fuerza de un deseo secreto que ha cobrado vida ante sus ojos. Elige primeramente objetivos que tengan alguna represión o sueño incumplido, siempre las más probables víctimas de la seducción. Lenta y gradualmente, forja la ilusión de que ven y sienten y viven sus sueños. Una vez que tengan esta sensación, perderán contacto con la realidad, y empezarán a ver tu fantasía como algo más real que todo. Y en cuanto pierdan contacto con la realidad, serán (para citar a Stendhal acerca de las víctimas de Lord Byron) como alondras asadas en tu boca.

La mayoría de la gente tiene una idea falsa de la ilusión. Como cualquier mago sabe, no es necesario fundarla en algo grandioso o teatral; lo grandioso y teatral en realidad puede ser destructivo, al llamar mucho la atención sobre ti y tus ardides. Da en cambio la impresión de normalidad. Una vez que tus objetivos se sientan seguros —nada está fuera de lo común—, dispondrás de margen para engañarlos. Pei Pu no contó de inmediato la mentira sobre su género; se tomó su tiempo, hizo que Bouriscout se acercara a él. Cuando Bouriscout se prendó de su caso, Pei Pu siguió usando ropa de hombre. Al animar una fantasía, el gran error es imaginar que debe ser desbordante. Esto lindaría en lo *camp*, lo cual es entretenido pero raramente seductor. Por el contrario, a lo que apuntas es a lo que Freud llamó lo «misterioso»,

algo extraño y familiar al mismo tiempo, como un *déjà vu*, o un recuerdo de infancia: cualquier cosa levemente irracional y de ensueño. Lo misterioso, la mezcla de lo real y lo irreal, tiene inmenso poder sobre nuestra imaginación. Las fantasías a las que das vida para tus objetivos no deben ser estrafalarias ni excepcionales; deben enraizarse en la realidad, con un dejo de extrañeza, de teatralidad, de ocultismo (hablar del destino, por ejemplo). Recuerda vagamente a l@s demás algo de su infancia, o un personaje de una película o un libro. Aun antes de que Bouriscout conociera la historia de Pei Pu, tuvo la misteriosa sensación de algo notable y fantástico en ese hombre de apariencia normal. El secreto para crear un efecto misterioso es ser sutil y sugerente.

Emma Hart tenía un pasado prosaico: su padre había sido herrero de pueblo en la Inglaterra del siglo XVIII. Emma era hermosa, pero no tenía ningún otro talento que la avalara. Sin embargo, ascendió hasta convertirse en una de las mayores seductoras de la historia, seduciendo primero a *Sir William* Hamilton, el embajador inglés en la corte de Nápoles, y luego (como *Lady Hamilton*, esposa de *Sir William*) al vicealmirante Lord Nelson. Lo extraño al conocerla era la misteriosa sensación de que ella era una figura del pasado, una mujer salida de la mitología griega o la historia antigua. *Sir William* coleccionaba antigüedades griegas y romanas; para seducirlo, Emma se asemejó hábilmente a una estatua griega, y a figuras míticas en los cuadros de la época. No era solo la manera en que se peinaba, o se vestía, sino sus poses, su forma de conducirse. Era como si uno de los cuadros que *Sir William* coleccionaba hubiera cobrado vida. Pronto él empezó a dar fiestas en su casa de Nápoles en las que Emma se ponía disfraces y adoptaba poses, recreando imágenes de la mitología y la historia. Docenas de hombres se enamoraron de ella, porque encarnaba una imagen de su infancia, una imagen de belleza y perfección. La clave para esta creación de fantasía era una asociación cultural compartida: mitología, seductoras históricas como Cleopatra. Cada cultura posee una reserva de esas figuras del distante y no tan distante pasado. Insinúas una semejanza, en espíritu y apariencia, pero eres de carne y hueso. ¿Qué podría ser más estremecedor que la sensación de estar en presencia de una figura de fantasía llegada de tus más remotos recuerdos?

Una noche, Paulina Bonaparte, la hermana de Napoleón, ofreció una cena de gala en su casa. En cierto momento, un apuesto oficial alemán se acercó a ella en el jardín y le pidió ayuda para transmitir una solicitud al emperador. Paulina dijo que haría cuanto pudiera y, con una mirada algo misteriosa, le pidió regresar a ese sitio la noche siguiente. El oficial volvió, y fue recibido por una joven que lo condujo a unas habitaciones cerca del jardín, y luego a un magnífico salón, con todo y un extravagante baño. Momentos después entró otra joven por una puerta lateral, vestida con las más finas prendas. Era Paulina. Sonaron campanas, se tiraron sogas, y aparecieron doncellas, que prepararon el baño, dando al oficial una bata, y desaparecieron. El oficial describió después la velada como salida de un cuento de hadas, y tuvo la sensación de que Paulina había interpretado deliberadamente el

papel de una seductora mítica. Ella era lo bastante bella y poderosa para conseguir casi todo hombre que quisiera, y no le interesaba llevarlo simplemente a la cama; quería envolverlo en una aventura romántica, seducir su mente. Parte de la aventura era la sensación de que desempeñaba un papel, e invitaba a su objetivo a esa fantasía compartida.

Hacer teatro improvisado es sumamente placentero. Su atractivo se remonta a la infancia, cuando conocemos la emoción de actuar diferentes papeles, imitando a los adultos o a personajes de ficción. Cuando crecemos y la sociedad nos fija un papel, una parte nuestra ansía la actitud juguetona que antes teníamos, las máscaras que podíamos usar. Aún queremos practicar ese juego, cumplir un papel diferente en la vida. Cede a este deseo de tus blancos, dejando primero en claro que representas un papel, e invitándolos luego a acompañarte en una fantasía compartida. Entre más hagas las cosas como si se tratara de una obra de teatro u obra de ficción, mejor. Mira cómo Paulina inició la seducción con una misteriosa solicitud de que el oficial reapareciera la noche siguiente; luego, una segunda mujer lo llevó a la serie mágica de habitaciones. Paulina demoró su entrada, y cuando apareció, no mencionó el asunto del oficial con Napoleón, ni nada remotamente banal. Ella tenía un aire etéreo; lo invitaba a entrar a un cuento de hadas. La velada era real, pero tenía una misteriosa semejanza con un sueño erótico.

Casanova llevaba el teatro aún más lejos. Viajaba con un enorme guardarropa y un baúl lleno de objetos de utilería, muchos de ellos regalos para sus víctimas: abanicos, joyas y otros accesorios. Y parte de lo que decía y hacía lo tomaba de novelas que había leído e historias que escuchaba. Envolvía a las mujeres en una atmósfera romántica, exagerada pero muy real para sus sentidos. Como Casanova, ve el mundo como una suerte de teatro. Inyecta cierta ligereza a los papeles que ejecutas; intenta crear una sensación de drama e ilusión; confunde a la gente con la leve irrealidad de palabras y gestos inspirados por la ficción; en la vida diaria, sé un@ actor@ consumado. Nuestra cultura los venera por su libertad para interpretar papeles. Esto es algo que tod@s envidiamos.

Durante años, el cardenal de Rohan había temido haber ofendido de algún modo a su reina, María Antonieta. Ella apenas si lo miraba. En 1784, la condesa de Lamotte-Valois le sugirió que la reina estaba dispuesta no solo a cambiar esa situación, sino en verdad a ser su amiga. La reina, dijo Lamotte-Valois, se lo indicaría en su siguiente recepción formal, asintiendo con la cabeza en su dirección en una forma particular.

Durante la recepción, Rohan notó en efecto un ligero cambio en la conducta de la reina hacia él, y una mirada apenas perceptible a su persona. Esto le causó gran alegría. La condesa sugirió entonces el intercambio de cartas, y Rohan pasó días escribiendo y rescribiendo su primera carta a la reina. Para su deleite, recibió respuesta. Luego la reina solicitó una entrevista privada con él, en los jardines de Versalles. Rohan no cabía en sí de dicha y ansiedad. Al anochecer se reunió con la reina en los jardines, se echó al suelo y besó la orla de su vestido. «Usted puede

esperar que se olvide el pasado», le dijo ella. En ese momento oyeron voces que se acercaban, y la reina, temerosa de que alguien los viera juntos, huyó a toda prisa con sus sirvientes. Pero Rohan recibió pronto una solicitud suya, nuevamente a través de la condesa: ansiaba adquirir el más hermoso collar de diamantes jamás creado. Necesitaba un intermediario que lo comprara por ella, pues el rey lo juzgaba demasiado costoso. Había elegido a Rohan para la tarea. El cardenal se mostró más que dispuesto; realizando esta función demostraría su lealtad, y la reina estaría en deuda con él para siempre. Rohan adquirió el collar. La condesa había de entregarlo a la reina. Rohan esperó entonces a que la soberana se lo agradeciera, y le pagara poco a poco.

Pero esto nunca sucedió. En realidad la condesa era una gran estafadora: la reina jamás señaló nada a Rohan, él solo lo había imaginado. Las cartas que había recibido de ella eran falsificaciones, ni siquiera muy buenas. La mujer a la que había visto en el parque era una prostituta, pagada para disfrazarse y actuar. El collar era real, por supuesto; pero una vez que Rohan lo pagó, y lo entregó a la condesa, desapareció. Se le dividió en partes, que se ofrecieron en toda Europa a montos muy elevados. Y cuando Rohan se quejó finalmente con la reina, la noticia de la extravagante compra se difundió rápidamente. El pueblo creyó la historia de Rohan: que la reina había comprado el collar, y fingía otra cosa. Esta ficción fue el primer paso en la ruina de la reputación de la monarca.

Tod@s hemos perdido algo en la vida, sentido la punzada de la desilusión. La idea de que podemos recuperar algo, de que un error puede corregirse, es inmensamente seductora. Bajo la impresión de que la reina estaba dispuesta a perdonar algún error que él hubiera cometido, Rohan alucinó todo tipo de cosas: señales que no existían, cartas que eran las más burdas falsificaciones, una prostituta convertida en María Antonieta. La mente es infinitamente vulnerable a la sugestión, más aún cuando están de por medio fuertes deseos. Y nada es más fuerte que el deseo de cambiar el pasado, remediar un error, reparar una decepción. Halla esos deseos en tus víctimas y te será simple crear una fantasía creíble: poc@s tienen el poder de identificar una ilusión en la que desesperadamente quieren creer.

**Símbolo: Shangri-La. Tod@s tenemos en nuestra mente una
visión de un lugar perfecto en el que la gente es buena y noble,
donde los sueños pueden realizarse y los deseos cumplirse,
donde la vida está llena de aventura y romance.
Lleva de viaje allá a tu objetivo, déjale ver.
Shangri-La entre la niebla de la montaña,
y se enamorará.**

REVERSO

No hay reverso en este capítulo. La seducción jamás procederá sin crear ilusión, la sensación de un mundo real pero aparte de la realidad.

15. Aísala a la víctima

Una persona aislada es débil. Al aislar lentamente a tus víctimas, las vuelves más vulnerables a tu influencia. Su aislamiento puede ser psicológico: llenando su campo de visión con la grata atención que les prestas, sacas todo lo demás de su mente. Ven y piensan solo en ti. El aislamiento también puede ser físico: aléjalas de su medio normal (amigos, familia, casa). Hazlas sentirse marginadas, en el limbo: que dejan un mundo atrás y entran a otro. Una vez apartadas de esa manera, carecen de apoyo externo, y en su confusión será fácil descarriar-las. Haz caer al@ seducid@ en tu guarida, donde nada le es familiar.

AISLAMIENTO: EL EFECTO EXÓTICO

A principios del siglo v a. C., Fu Chai, el rey chino de Wu, derrotó a su gran enemigo, Kou Chien, el rey de Yueh, en una serie de batallas. Kou Chien fue capturado y obligado a servir como mozo en los establos de Fu Chai. Finalmente se le permitió volver a su país, pero cada año tenía que pagar un cuantioso tributo en dinero y regalos a Fu Chai. Al paso de los años, este tributo aumentó, así que el reino de Wu prosperó y Fu Chai se hizo rico.

Un año Kou Chien envió una delegación a Fu Chai: quería saber si aceptaría como regalo dos hermosas doncellas como parte del tributo. Fu Chai sintió curiosidad, y aceptó el ofrecimiento. Las mujeres llegaron días después, en medio de gran expectación, y el rey las recibió en su palacio. Ambas se acercaron al trono: estaban magníficamente peinadas, al estilo llamado de «nubarrones», ornadas con aderezos de perlas y plumas de martín pescador. Cuando caminaban, los pendientes de jade que colgaban de sus corsés hacían el más delicado de los sonidos. El aire se llenó de un perfume exquisito. El rey se sintió extremadamente complacido. La belleza de una de las jóvenes superaba con mucho a la de la otra; se llamaba Hsi Shih. Miraba al rey a los ojos sin traza de timidez; de hecho, era segura y coqueta, algo que él no estaba acostumbrado a ver en muchachas de su edad.

Fu Chai demandó festividades para conmemorar la ocasión. Los salones del palacio se llenaron de bullangueros; exaltada por el vino, Hsi Shih bailó ante el rey. Cantó, y su voz era bella. Recostada en un sofá de jade blanco, parecía una diosa. El rey no pudo separarse de su lado. Al día siguiente fue tras ella a todas partes. Para su sorpresa, era ingeniosa, aguda y culta, y podía citar a los clásicos mejor que él. Cuando tenía que dejarla para ocuparse de sus asuntos reales, su mente rebosaba con su imagen. Pronto la llevaba consigo a sus reuniones, y le pedía consejo sobre materias importantes. Ella le dijo que escuchara menos a sus ministros; él era más sabio que ellos, y su juicio superior.

El poder de Hsi Shih aumentaba día con día. Pero ella no era fácil de complacer: si el rey no le concedía alguno de sus deseos, sus ojos se anegaban en lágrimas, y a él se le ablandaba el corazón y se rendía. Un día ella le rogó que le erigiera un palacio fuera de la capital. Él la complació, por supuesto. Y cuando visitó el palacio, su magnificencia le asombró; aunque él lo había pagado todo, Hsi Shih lo había llenado de los accesorios más extravagantes. Los jardines contenían un lago artificial con puentes de mármol que lo cruzaban. Fu Chai pasaba ahí cada vez más

tiempo, sentado junto a un estanque viendo peinarse a Hsi Shih, con el estanque por espejo. La veía jugar con sus aves, en sus jaulas enjoradas, o simplemente caminar por el palacio, porque se movía como un sauce en la brisa. Pasaron los meses; él permanecía en el palacio. Se ausentaba de reuniones, ignoraba a sus familiares y amigos, descuidaba sus funciones públicas. Perdió la noción del tiempo. Cuando llegó una delegación para hablar con él de asuntos urgentes, estaba demasiado distraído para escuchar. Si algo que no fuera Hsi Shih ocupaba su tiempo, le inquietaba sobremanera que ella se enojara.

Finalmente llegó hasta él la noticia de una crisis en ascenso: la fortuna que había gastado en el palacio había arruinado el tesoro, y el pueblo no estaba contento. Regresó a la capital, pero ya era demasiado tarde: un ejército del reino de Yueh había invadido Wu, y llegado a la capital. Todo estaba perdido. Fu Chai no tuvo tiempo de reunirse con su amada Hsi Shih. En vez de dejarse capturar por el rey de Yueh, el hombre que alguna vez había servido en sus establos, se suicidó.

Jamás imaginó que Kou Chien había tramado esta invasión durante años, y que la elaborada seducción de Hsi Shih había sido la principal parte de su plan.

En el Estado de Wu se habían hecho grandes preparativos para la recepción de las dos bellezas. El rey las recibió en audiencia rodeado de sus ministros y toda su corte. Cuando ellas se acercaron a él, los pendientes de jade sujetos a sus ceñidores emitieron un sonido musical y el aire se aromatizó con la fragancia de sus vestidos. Aderezos de perlas y plumas de martín pescador adornaban su cabello. • Fu Chai, el rey de Wu, miró los adorables ojos de Hsi Shih (495-472 a. C.) y se olvidó de su pueblo y de su Estado. Esta vez ella no desvió la mirada ni se sonrojó como lo había hecho tres años antes junto al arroyuelo. Era dueña absoluta del arte de la seducción, y sabía cómo incitar al rey a volver a mirar. Fu Chai apenas si reparó en la segunda muchacha, cuyos callados encantos no le atraieron. Solo tuvo ojos para Hsi Shih; y antes de que la audiencia terminara, quienes se hallaban en la corte se percataron de que esa mujer sería una fuerza para tomar en cuenta y que, para bien o para mal, podría influir en el rey. [...] • En medio de los juerguistas en los salones de Wu, Hsi Shih tejó su red de fascinación en torno al corazón del susceptible monarca. [...] «Inflamada por el vino, ella ahora se pone a cantar / las canciones de Wu para complacer al rey fatuo; / y en la danza de Tsu con sutileza combina / todos los movimientos rítmicos para sus sensuales fines.» [...] Pero podía hacer más que cantar y bailar para divertir al rey. Tenía ingenio, y su entendimiento de la política asombró al soberano. Cuando ella quería algo, podía derramar

lágrimas que conmovían tanto el corazón de su amante que él no podía negarle nada. Porque ella era, como Fan Li había dicho, la primera y la única, la incomparable Hsi Shih, cuya magnética personalidad atraía a todos, muchos de ellos aun contra su voluntad. [...] • Cortinas de seda bordadas con incrustaciones de gemas y corales, muebles y biombos perfumados con engastes de jade y madreperla estaban entre los lujos que rodeaban a la favorita. [...] En una de las colinas cerca del palacio había una célebre poza de agua clara conocida desde antiguo como la poza del rey de Wu. Ahí, para entretener a su amante, Hsi Shih se arreglaba, usando la fosa como espejo mientras el enamorado rey la peinaba. [...]

ELOISE TALCOTT HIBBERT, *GASA BORDADA: RETRATOS DE DAMAS CHINAS FAMOSAS*

Interpretación. Kou Chien quería cerciorarse de que su invasión de Wu no fracasara. Su enemigo no eran los ejércitos de Fu Chai, ni la riqueza y recursos de este, sino su mente. Si podía distraerlo por completo, llenar su mente de algo distinto a los asuntos de Estado, caería como fruto maduro.

Kou Chien buscó a la doncella más hermosa de su reino. Durante tres años la educó en todas las artes: no solo canto, baile y caligrafía, sino también a vestir, hablar, ser coqueta. Y funcionó: Hsi Shih no dio a Fu Chai momento de reposo. Todo en ella era exótico y desconocido. Cuanta mayor atención prestaba él a su cabellera, su ánimo, sus miradas, la forma en que se movía, menos pensaba en la diplomacia y la guerra. Había enloquecido.

Hoy tod@s somos monarcas que protegemos el reino diminuto de nuestra vida, agobiad@s por toda suerte de responsabilidades, rodead@s de ministr@s y asesor@s. Un muro se forma a nuestro alrededor: somos inmunes a la influencia de l@s demás, porque estamos muy preocupad@s. Como Hsi Shih, entonces, debes alejar a tus objetivos, con delicadeza y lentitud, de los asuntos que ocupan su mente. Y lo que mejor los hace salir de sus castillos es el aroma de lo exótico. Ofréceles algo desconocido que les fascine y mantendrás su atención. Sé diferente en tu actitud y apariencia, y envuélvelos poco a poco en ese diferente mundo tuyo. Descontrola a tus blancos con insinuantes cambios de ánimo. No te preocupes de que el desorden que representas los ponga emotivos: esta es una señal de su debilidad creciente. La mayoría de las personas son ambivalentes: por un lado se sienten a gusto con sus hábitos y deberes, pero por el otro están aburridas, y listas para cualquier cosa que parezca exótica, que semeje provenir de otra parte. Podrían oponerse o tener dudas, pero los placeres exóticos son irresistibles. Cuanto más logres llevarlos a tu mundo, más débiles se volverán. Y como el rey de Wu, cuando se den cuenta de lo ocurrido,

ya será demasiado tarde.

En El Cairo, Alí tropezó de nuevo con [la cantante]. Juliette Greco. La invitó a bailar. • «Tiene usted muy mala fama», le dijo ella. «Nos vamos a sentar muy lejos uno de otro.» • «¿Qué va a hacer mañana?», insistió él. • «Mañana salgo en avión a Beirut.» • Cuando ella abordó el avión, Alí ya estaba en él, sonriendo ante su sorpresa. [...] • Vestida con ajustados pantalones negros de cuero y un suéter negro, [Greco] se tendió lánguidamente en un sillón en su casa en París y observó: • «Dicen que soy peligrosa. Bueno, Alí era peligroso. Era encantador en una forma muy especial. Hay un tipo de hombre muy astuto con las mujeres. Te lleva a un restaurante, y si llega la mujer más bella, él no la mira. Te hace sentir una reina. Claro que yo lo sabía. No lo creí. Me reía y señalaba a la hermosa mujer. Pero así soy yo. [...] A la mayoría de las mujeres las hace muy felices este tipo de atención. Es pura vanidad. Piensan: “Seré la única, y las demás se irán”.» • «[...] Con Alí, cómo se sintiera la mujer era lo más importante. [...] Era un gran encantador, un gran seductor. Te hacía sentir exquisita y que todo era fácil. Sin problemas. Sin preocupaciones. Ni lamentos. Siempre era: “¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué necesitas?”. Boletos de avión, autos, yates; te sentías en las nubes».

LEONARD SLATER, *ALÍ: UNA BIOGRAFÍA*

AISLAMIENTO: EL EFECTO «SOLO TÚ»

En 1948, la actriz Rita Hayworth, de veintinueve años, conocida como la Diosa del Amor de Hollywood, pasaba por un mal momento en su vida. Su matrimonio con Orson Welles se disolvía, su madre había muerto y su carrera parecía estancada. Ese verano se fue a Europa. Welles estaba en Italia entonces, y en el fondo ella soñaba con una reconciliación.

Rita hizo una primera escala en la Costa Azul. Le llovieron invitaciones, en particular de hombres ricos, porque en ese tiempo se le consideraba la mujer más hermosa del mundo. Aristóteles Onassis y el *sha* de Irán le hablaban por teléfono casi todos los días, suplicándole una cita. Ella los rechazaba a todos. Días después

de su arribo recibió una invitación de Elsa Maxwell, la anfitriona de la alta sociedad, quien daría una pequeña fiesta en Cannes. Rita se rehusó, pero Maxwell insistió, diciéndole que se comprara un vestido nuevo, llegara un poco tarde e hiciera una entrada grandiosa.

Rita accedió, y llegó a la fiesta con un vestido griego blanco, el rojo cabello derramado sobre sus hombros desnudos. Fue recibida por una reacción a la que ya estaba acostumbrada: todas las conversaciones se interrumpieron mientras hombres y mujeres daban vuelta en sus sillas, ellos mirando sorprendidos, ellas celosas. Un hombre se apresuró a colocarse a su lado y la acompañó a su mesa. Era el príncipe Alí Kan, de treinta y siete años, hijo del Aga Kan III, el líder mundial de la secta ismailita islámica y uno de los hombres más ricos del mundo. Rita había sido prevenida contra Alí Kan, conocido libertino. Para su consternación, se les sentó juntos, y él jamás se separó de su lado. Le hizo millones de preguntas: sobre Hollywood, sus intereses y demás. Ella empezó a relajarse un poco, y a abrirse. Ahí había otras mujeres hermosas, princesas, actrices, pero Alí Kan las ignoró a todas, conduciéndose como si Rita fuera la única mujer en el lugar. La llevó a bailar; y aunque él era un bailarín experto, ella se sintió incómoda: Alí la mantuvo un poco demasiado cerca. Aun así, cuando le ofreció llevarla de regreso a su hotel, ella aceptó. Atravesaron a toda velocidad la Grande Corniche; era una noche hermosa. Durante la velada, Rita había podido olvidarse de sus muchos problemas, y estaba agradecida, pero seguía enamorada de Welles, y una aventura con un libertino como Alí Kan no era lo que necesitaba.

ANA: Conque, ¿no mataste al rey? GLOSTER: Os lo concedo. [...] ANA: **¿Y tú no has nacido para otra mansión sino para el infierno! GLOSTER: O para un lugar bien distinto, si queréis que os lo diga. ANA: ¿Algún calabozo! GLOSTER: Para el lecho de vuestra alcoba. A> NA: ¿Que el insomnio habite la alcoba donde reposes! GLOSTER: Así será, señora, hasta que repose con vos. [...]** Pero, gentil *lady* ANA, [...] el causante de la prematura muerte de esos Plantagenet, Enrique y Eduardo, ¿no es tan censurable como su ejecutor? ANA: Tú has sido la causa y el efecto maldito. GLOSTER: ¿Vuestra belleza fue la causa y el efecto! ¿Vuestra belleza, que me incitó en el sueño a emprender la destrucción del género humano con tal de poder vivir una hora en vuestro seno encantador!

WILLIAM SHAKESPEARE, *LA TRAGEDIA DE RICARDO III*

Alí Kan tenía que hacer un viaje de negocios por unos días; pidió a Rita

permanecer en la Costa Azul hasta su regreso. Mientras estuvo fuera, él le telefoneaba constantemente. Cada mañana llegaba un gigantesco ramo de flores. Por teléfono él parecía particularmente enfadado de que el *sha* de Irán se empeñara tanto en verla, y le hizo prometer que no se presentaría a la cita a la que finalmente había accedido. En ese lapso, una gitana visitó el hotel, y Rita aceptó que le leyera la suerte. «Estás a punto de iniciar el mayor romance de tu vida», le dijo la gitana. «Él es alguien a quien ya conoces... Debes ceder y entregarte a él por completo. Solo así encontrarás por fin la felicidad». Sin saber quién podía ser ese hombre, Rita, quien tenía debilidad por el ocultismo, decidió prolongar su estancia. Alí Kan volvió; le dijo que su château con vista al Mediterráneo era el lugar perfecto para huir de la prensa y olvidar sus problemas, y que él se comportaría. Ella cedió. La vida en el château era como un cuento de hadas: cada vez que Rita volteaba, los ayudantes indios de él estaban ahí para satisfacer hasta su menor deseo. En la noche, él la llevaba a su enorme salón, donde bailaban completamente solos. ¿Era él acaso el hombre al que la adivina se había referido?

Alí Kan invitó a sus amigos a conocerla. Entre esa extraña compañía, ella se sintió sola otra vez, y deprimida; decidió dejar el château. Justo entonces, como si le hubiera leído la mente, Alí Kan la llevó a España, el país que más gustaba a Rita. La prensa se enteró del romance, y comenzó a perseguirlos en España: Rita tenía una hija con Welles, ¿era esa la manera de comportarse de una madre? La fama de Alí Kan no ayudaba, pero él se mantuvo a su lado, protegiéndola de la prensa lo mejor que pudo. Ella estaba entonces más sola que nunca, y dependía por completo de él.

Casi al final del viaje, Alí Kan le propuso matrimonio. Rita lo rechazó; no creía que él fuera el tipo de hombre con quien se casa una mujer. Él la siguió a Hollywood, donde sus amigos de antaño fueron con ella menos amigables que de costumbre. Gracias a Dios ella tenía a Alí Kan para ayudarla. Un año después sucumbió al fin: abandonó su carrera, se mudó al château de Alí Kan y se casó con él.

**¡Niña, hermana mía, \ Piensa en la dulzura \ De vivir juntos
muy lejos! \ ¡Amar a placer, \ Amar y morir \ En sitio a ti
semejante! \ Los húmedos soles, \ Los cielos nublados \ Tienen
para mí el encanto, \ Tan embrujador, \ De tus falsos ojos \
Brillando a través del llanto. \ Todo es allá lujo y calma \ Orden,
deleite y belleza. [...] \ Mira en los canales \ Dormir los navíos \ De
talante vagabundo; \ A fin de colmar \ tu menor deseo \ Arriban del
fin del orbe. \ Los soles ponientes \ Visten la campiña, \ Las aguas,
la ciudad entera, \ De jacinto y oro; \ El mundo reposa \ Envuelto
en cálida luz. \ Todo es allá lujo y calma \ Orden, deleite y belleza.**

**CHARLES BAUDELAIRE, «INVITACIÓN AL VIAJE», LAS
FLORES DEL MAL**

Interpretación. Como muchos otros hombres, Alí Kan se enamoró de Rita Hayworth en cuanto vio la película *Gilda*, en 1948. Decidió seducirla a como diera lugar. Tan pronto como se enteró de que ella iría a la Costa Azul, consiguió que su amiga Elsa Maxwell la atrajera a la fiesta y la sentara junto a él. Él sabía de su rompimiento matrimonial, y de lo vulnerable que ella estaba. Su estrategia fue borrar de la mente de Rita todo lo demás que había en su mundo: problemas, otros hombres, sospechas de él y sus motivos, etcétera. Su campaña comenzó con el despliegue de un intenso interés en su vida: constantes llamadas telefónicas, flores, regalos, todo para mantenerse en su mente. Usó a la adivina para que sembrara la semilla. Cuando Rita empezó a enamorarse de él, la presentó con sus amigos, sabiendo que se sentiría extraña entre ellos, y por tanto dependiente de él. Su dependencia se acentuó con el viaje a España, donde ella estaba en territorio desconocido, sitiada por reporteros, y obligada a aferrarse a él en busca de ayuda. Alí Kan terminó por dominar poco a poco sus pensamientos. Donde ella mirara, ahí estaba él. Finalmente sucumbió, por debilidad y el halago a su vanidad que la atención de él representaba. Bajo su hechizo, Rita olvidó su horrible fama, renunciando a las sospechas que eran lo único que lo protegía de él.

No era la riqueza o apariencia de Alí Kan lo que hacía de él un gran seductor. En realidad no era muy apuesto, y su riqueza era más que neutralizada por su mala fama. Su éxito era estratégico: aislaba a sus víctimas, operando tan lenta y sutilmente que ellas no se daban cuenta. La intensidad de su atención hacía que una mujer sintiera que, a sus ojos, en ese momento, ella era la única mujer del mundo. Este aislamiento se experimentaba como placer; la mujer no reparaba en su creciente dependencia, en cómo la forma en que él llenaba su mente con su atención la aislaba poco a poco de sus amigos y su medio. Su natural desconfianza del hombre era ahogada por el embriagador efecto de él en el ego de ella. Alí Kan encubría casi siempre la seducción llevando a la mujer a un lugar encantado del orbe, que él conocía bien pero en el que ella se sentía perdida.

No des tiempo ni espacio a tus blancos para preocuparse, desconfiar o resistirse. Inúndalos de la clase de atención que deja fuera todos los pensamientos, preocupaciones y problemas. Recuerda: en secreto, la gente anhela ser descarriada por alguien que sabe adónde va. Puede ser un placer soltarse, e incluso sentirse aislado y débil, si la seducción se lleva a cabo pausada y garbosamente.

Llévalos a un punto del que no puedan salir, y morirán antes de poder escapar.

—Sun-Tzu

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Quienes te rodean pueden parecer fuertes, y más o menos al mando de su vida, pero eso es una mera fachada. En el fondo, la gente es más frágil de lo que dice. Lo que la hace parecer fuerte es la serie de nidos y redes de seguridad que la envuelven: sus amig@s, sus familiares, sus rutinas diarias, lo que le da una sensación de continuidad, seguridad y control. Muévele repentinamente el tapete y déjala sola en un país extranjero, donde las señales conocidas han desaparecido o cambiado, y verás a una persona distinta.

Un objetivo fuerte y asentado es difícil de seducir. Pero aun las personas fuertes pueden volverse vulnerables si te es posible aislarlas de sus nidos y redes de seguridad. Borra de su mente a sus amig@s y familiares con tu presencia constante, aléjalas del mundo al que están acostumbradas y llévalas a lugares que no conocen. Haz que pasen tiempo en tu entorno. Perturba deliberadamente sus hábitos, haz que hagan cosas que nunca han hecho. Se emocionarán, lo que te facilitará descarriarlas. Encubre todo esto bajo la forma de una experiencia placentera, y un día tus objetivos despertarán distanciados de todo lo que normalmente los conforta. Entonces se volverán a ti en busca de ayuda, como un@ niñ@ que llama a su madre cuando las luces se apagan. En la seducción, como en la guerra, el objetivo aislado es débil y vulnerable.

En *Clarissa*, de Samuel Richardson, escrita en 1748, el libertino Lovelace intenta seducir a la hermosa protagonista de la historia. Clarissa es joven, virtuosa y muy protegida por su familia. Pero Lovelace es un seductor intrigante. Primero corteja a la hermana de Clarissa, Arabella. La boda entre ellos parece probable. De pronto desvía su atención a Clarissa, explotando la rivalidad entre las hermanas para poner furiosa a Arabella. El hermano de ambas, James, se molesta por el cambio de sentimientos de Lovelace; pelea con él y resulta herido. La familia entera protesta airadamente, unida contra Lovelace, quien, sin embargo, logra hacer llegar cartas escondidas a Clarissa, y la visita cuando está en casa de una amiga. La familia lo descubre, y la acusa de deslealtad. Clarissa es inocente; no ha alentado las cartas ni visitas de Lovelace. Pero entonces sus padres están resueltos a casarla, con un viejo rico. Sola en el mundo, a punto de ser desposada con un hombre que considera repulsivo, se vuelve a Lovelace como el único que puede salvarla del desastre. Al final él la rescata llevándola a Londres, donde ella puede escapar de su temido matrimonio, pero donde también está irremediablemente aislada. En esas circunstancias, sus sentimientos por él se suavizan. Todo esto ha sido magistralmente orquestado por el propio Lovelace: la agitación en la familia, la final separación de Clarissa de ella, todo el escenario.

Tus peores enemig@s en una seducción suelen ser l@s familiares y amig@s de tus objetivos. Ell@s están fuera de tu círculo y son inmunes a tus encantos; pueden brindar la voz de la razón al@ seducid@. Trabaja callada y sutilmente para alejar de ell@s al objetivo. Insinúa que están celos@s de la buena suerte de tu blanco al

encontrarte, o que son figuras paternas que han perdido el gusto por la aventura. Este último argumento es sumamente eficaz con l@s jóvenes, cuya identidad se halla en cambio permanente y quienes están más que dispuest@s a rebelarse contra cualquier figura de autoridad, en particular sus padres. Tú representas pasión y vida; l@s amig@s y los padres, hábito y aburrimiento.

En La tragedia de *Ricardo III*, de Shakespeare, Ricardo, siendo aún duque de Gloucester, ha asesinado al rey Enrique VI y a su hijo, el príncipe Eduardo. Poco después acosa a *Lady Ana*, la viuda del príncipe, quien sabe lo que él ha hecho con los dos hombres más cercanos a ella, y quien lo odia tanto como puede hacerlo una mujer. Pero Ricardo intenta seducirla. Su método es simple: le dice que lo que hizo, lo hizo por amor a ella. No quería que hubiera nadie en su vida más que él. Sus sentimientos eran tan intensos que lo empujaron a matar. Claro que *Lady Ana* no solo se opone a esta línea de razonamiento, sino que aborrece a Ricardo. Pero él persiste. Ana se encuentra en un momento de extrema vulnerabilidad: sola en el mundo, sin nadie que la apoye, en el colmo de la aflicción. Increíblemente, las palabras de él empiezan a tener efecto.

El asesinato no es una táctica de seducción, pero el@ seductor@ ejecuta una suerte de homicidio, de orden psicológico. Nuestras relaciones pasadas son una barrera en el presente. Aun las personas que dejamos atrás pueden seguir influyendo en nosotr@s. Como seductor@, se te pondrá contra el pasado, se te comparará con pretendientes anteriores, y quizá se te juzgue inferior. No permitas que las cosas lleguen a ese punto. Desplaza el pasado con tus atenciones presentes. De ser necesario, busca la forma de desacreditar a l@s amantes previ@s, sutilmente o no, dependiendo de la situación. Incluso llega al extremo de abrir viejas heridas, haciendo sentir a tu víctima antiguos dolores y ver en contraste cuán mejor es el presente. Cuanto más puedas aislarla de su pasado, más se sumergerá contigo en el presente.

El principio del aislamiento puede aplicarse literalmente arrebatando al objetivo a un lugar exótico. Este era el método de Alí Kan: una isla apartada era lo óptimo, y en realidad las islas, alejadas del resto del mundo, siempre se han asociado con la búsqueda de placeres sensuales. El emperador romano Tiberio se entregó a la disipación una vez que hizo su casa en la isla de Capri. El peligro del viaje es que tus objetivos están íntimamente expuestos a ti; así es difícil mantener un aire de misterio. Pero si los llevas a un sitio suficientemente tentador para distraerlos, les impedirás fijarse en cualquier cosa banal de tu carácter. Cleopatra indujo a Julio César a hacer un viaje por el Nilo. Al introducirse en Egipto, él se aisló más de Roma, y Cleopatra fue aún más seductora. Natalie Barney, la seductora lésbica de principios del siglo xx, tuvo una aventura en episodios recurrentes con la poeta Renée Vivien; para recuperar su afecto, la llevó a un viaje a la isla de Lesbos, sitio que Natalie había visitado muchas veces. Al hacerlo, no solo aisló a Renée, sino que también la desarmó y distrajo con las asociaciones de ese lugar, hogar de la legendaria poeta lésbica Safo. Vivien empezó a imaginar incluso que Natalie era la

propia Safo. No lles a cualquier parte al blanco; elige el sitio con las asociaciones más eficaces.

El poder seductor del aislamiento va más allá del reino sexual. Cuando nuevos miembros se sumaban al círculo de devotos seguidores de Mahatma Gandhi, se les alentaba a cortar sus lazos con el pasado: con su familia y amigos. Este tipo de renuncia ha sido un requisito de muchas sectas religiosas a través de los siglos. La gente que se aísla de este modo es mucho más vulnerable a la influencia y la persuasión. Un político carismático nutre, y aun alienta, la sensación de distanciamiento de la gente. John F. Kennedy causó sensación de esta manera al desacreditar sutilmente los años de Eisenhower; la comodidad de la década de 1950, dio a entender, comprometía los ideales de Estados Unidos. Invitó a los estadounidenses a acompañarlo a una nueva vida, en una «Nueva Frontera», llena de peligro y emoción. Este fue un señuelo extraordinariamente seductor, en particular para los jóvenes, los más entusiastas partidarios de Kennedy.

Por último, en algún momento de la seducción debe haber una pizca de peligro en la mezcla. Tus blancos deberían sentir que ganan una gran aventura al seguirte, pero también que pierden algo: una parte de su pasado, su apreciada comodidad. Alienta activamente estas sensaciones ambivalentes. Un elemento de temor es el sazón apropiado; aunque demasiado temor resulta extenuante, en pequeñas dosis nos hace sentir viv@s. Como lanzarse de un avión, eso es excitante, estremecedor, tanto como un poco alarmante. Y la única persona ahí para interrumpir la caída, o atajar a la víctima, eres tú.

**Símbolo: El flautista. Alegre amigo con su capa roja y amarilla,
saca de casa
a l@s niñ@s con los deleitosos sonidos de su flauta.
Encantad@s, ell@s no advierten lo lejos que caminan,
que dejan atrás a su familia. Ni siquiera reparan en la
cueva en que al final los mete, y que cierra tras ell@s para
siempre.**

REVERSO

Los riesgos de esta estrategia son simples: aísla a alguien demasiado pronto e inducirás una sensación de pánico, que podría terminar en la fuga del objetivo. El

aislamiento que practiques debe ser gradual, y disfrazarse de placer: el placer de conocerte, dejando al mundo atrás. En cualquier caso, algunas personas son demasiado frágiles para ser desprendidas de su base de apoyo. La gran cortesana moderna Pamela Harriman tenía una solución para este problema: aislaba a sus víctimas de su familia, sus esposas pasadas o presentes, y en sustitución de esas antiguas relaciones instauraba rápidamente nuevas comodidades para sus amantes. Los colmaba de atenciones, satisfaciendo cada una de sus necesidades. En el caso de Averell Harriman, el multimillonario con quien finalmente se casaría, ella estableció literalmente un nuevo hogar, sin asociaciones con el pasado y lleno de los placeres del presente. Es insensato mantener demasiado tiempo en vilo al@ seducid@, sin nada conocido ni cómodo a la vista. Remplaza las cosas familiares de las que l@ has desprendido por un nuevo hogar, una nueva serie de comodidades.

FASE TRES

El precipicio: Intensificación del efecto con medidas extremas

La meta de esta fase es intensificarlo todo: el efecto que tienes en la mente de tus víctimas, los sentimientos de amor y apego, la tensión en ellas. Una vez en tus garras, podrás manejarlas a tu antojo, entre la esperanza y la desesperación, hasta debilitarlas y quebrantarlas. Señalar hasta dónde estás dispuest@ a llegar por ellas, haciendo una obra noble o caballerosa (16: Muestra de lo que eres capaz), acarreará una sacudida potente, desatará una reacción sumamente positiva. Tod@s tenemos cicatrices, deseos reprimidos y asuntos pendientes de la infancia. Saca esos deseos y heridas a la superficie, haz sentir a tus víctimas que reciben lo que nunca tuvieron de niñ@s y penetrarás hondo en su psique, despertarás emociones incontrolables (17: Efectúa una regresión). Entonces podrás hacer que tus víctimas se extralimiten, representen sus lados más oscuros, con lo que añadirás a tu seducción una sensación de peligro (18: Fomenta las transgresiones y lo prohibido).

Necesitas acentuar el hechizo, y nada confundirá y encantarán más a tus víctimas que dar a tu seducción un cariz espiritual. No es lascivia lo que te motiva, sino el destino, ideas divinas y todo lo elevado (19: Usa señuelos espirituales). Lo erótico acecha bajo lo espiritual. Tus víctimas estarán así debidamente preparadas. Afligiéndolas deliberadamente, infundiendo en ellas temores y ansiedades, las llevarás al borde del precipicio, de donde será fácil empujarlas y hacerlas caer (20: Combina el placer y el dolor). Sentirán enorme tensión, y ansia de alivio.

16. Muestra de lo que eres capaz

La mayoría quiere ser seducida. Si se resiste a tus esfuerzos, quizá se deba a que no has llegado lo bastante lejos para disipar sus dudas, sobre tus motivos, la hondura de tus sentimientos y demás. Una acción oportuna que demuestre hasta dónde estás dispuest@ a llegar para conquistarla desvanecerá sus dudas. No te importe parecer ridícul@ o cometer un error; cualquier acto de abnegación por tus objetivos arrollará de tal manera sus emociones que no notarán nada más. Nunca exhibas desánimo por la resistencia de la gente, ni te quejes. En cambio, enfrenta el reto haciendo algo extremoso o cortés. A la inversa, alienta a l@s demás a demostrar su valía volviéndote difícil de alcanzar, inasible, disputable.

EVIDENCIA SEDUCTORA

Cualquiera puede darse ínfulas, decir cosas honrosas de sus sentimientos, insistir en lo mucho que nos quiere, así como a todas las personas oprimidas en los más remotos confines del planeta. Pero si nunca se comporta de un modo que confirme sus palabras, empezaremos a dudar de su sinceridad; quizá tratamos con un@ charlatán@, un@ hipócrita o un@ cobarde. Halagos y palabras bonitas no pueden ir demasiado lejos. Pero llegará un momento en que tengas que enseñar a tu víctima alguna evidencia, igualar tus palabras con tus actos.

Este tipo de evidencia cumple dos funciones. Primero, disipa cualquier duda que persista sobre ti. Segundo, una acción que revela una cualidad positiva en ti es sumamente seductora en sí misma. Las hazañas heroicas o desinteresadas producen una reacción emocional poderosa y positiva. No te preocupes: no es necesario que tus actos sean tan valerosos y desinteresados que pierdas todo por su causa. La sola apariencia de nobleza será suficiente. De hecho, en un mundo en que la gente analiza en exceso y habla demasiado, cualquier acción tiene un efecto tonificante y seductor.

El amor, como la milicia, rechaza \ a los pusilánimes y los tímidos que no saben \ defender sus banderas. Las sombras de la noche, \ los fríos del invierno, las rutas interminables, \ la crueldad del dolor y toda suerte de trabajos \ son el premio de los que militan en su campo. \ ¡Qué de veces tendrás que soportar el chaparrón \ de la alta nube y dormir a la inclemencia sobre del duro suelo! \ [...] Despójate del orgullo, ya que pretendes trabar \ con tu amada lazos perdurables. Si en su casa \ te niegan un acceso fácil y seguro y se te opone \ la puerta asegurada con el cerrojo, resbálate sin miedo \ por el lecho o introdúctete furtivamente por la alta ventana. Se alegrará \ cuando sepa el peligro que corriste por ella, y en tu audacia \ verá la prenda más segura del amor.

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

En el curso de una seducción es normal hallar resistencia. Entre más obstáculos

venzas, por supuesto, mayor será el placer que te espera, pero más de una seducción fracasa porque el@ seductor@ no interpreta correctamente las resistencias del objetivo. Las más de las veces te rindes demasiado fácil. Comprende primero una ley básica de la seducción: la resistencia es señal de que las emociones de la otra persona están implicadas en el proceso. El único individuo al que no puedes seducir es al frío y distante. La resistencia es emocional, y puede transformarse en su contrario, de igual forma que en el jujitsu la resistencia física del contrincante puede usarse para hacerlo caer. Si la gente se te resiste porque no confía en ti, un acto aparentemente desinteresado, que indique lo lejos que estás dispuest@ a llegar para demostrar tu valía, será un eficaz remedio. Si se resiste porque es virtuosa, o por lealtad a otra persona, tanto mejor: la virtud y el deseo reprimido son fáciles de vencer con acciones. Como escribió la gran seductora Natalie Barney: «La virtud suele ser una súplica de más seducción».

Hay dos maneras de mostrar de lo que eres capaz. Primero, la acción espontánea: surge una situación en la que el objetivo requiere ayuda, debe resolver un problema o simplemente necesita un favor. No puedes prever estas situaciones, pero debes estar list@ para ellas, porque pueden aparecer en cualquier momento. Impresiona al objetivo llegando más lejos de lo necesario: sacrificando más dinero, tiempo, esfuerzo del esperado. Tu blanco usará a menudo estos momentos, o incluso los inventará, como una especie de prueba: ¿te retirarás? ¿O estarás a la altura de las circunstancias? No puedes vacilar ni protestar, ni siquiera un momento, o todo estará perdido. De ser necesario, haz que el acto parezca haberte costado más de lo que fue, nunca con palabras, sino en forma indirecta: miradas de agotamiento, versiones esparcidas por terceros, lo que haga falta.

La segunda manera de mostrar de lo que eres capaz es la hazaña heroica que planeas y ejecutas con anticipación, sol@ y en el momento justo, de preferencia ya avanzada la seducción, cuando cualquier duda que la víctima siga teniendo de ti es más peligrosa que antes. Elige un acto dramático y difícil que revele el mucho tiempo y esfuerzo implicados. El peligro puede ser muy seductor. Dirige hábilmente a tu víctima a una crisis, un momento de peligro, o colócala indirectamente en una posición incómoda, y podrás hacerla de salvador@, de caballero galante. Los fuertes sentimientos y emociones que esto incita pueden redirigirse con facilidad hacia el amor.

El hombre dice: «[...] Un fruto tomado del propio huerto debe saber más dulce que el obtenido del árbol de un extraño, y lo que se ha alcanzado con enorme esfuerzo se aprecia más que lo conseguido sin dificultades. Como dice el proverbio: “Hay que sufrir para merecer”». • La mujer dice: «Si hay que sufrir para merecer, tú debes sufrir la fatiga de muchas penurias para alcanzar los favores que buscas, porque lo que pides es un gran mérito». • El

hombre dice: «Te doy las más expresivas gracias por prometerme sabiamente tu amor cuando haya hecho grandes esfuerzos. Dios no quiera que yo ni ningún otro ganemos el amor de tan digna mujer sin alcanzarlo con grandes empeños».

ANDREAS CAPELLANUS, *SOBRE EL AMOR*

ALGUNOS EJEMPLOS

1. En la Francia de la década de 1640, Marion de l'Orme era la cortesana más codiciada. Renombrada por su belleza, había sido amante del cardenal Richelieu, entre otras notables figuras políticas y militares. Conquistar su cama era señal de éxito.

El libertino conde Grammont cortejó a De l'Orme durante semanas, y ella le dio por fin una cita, para una noche. El conde se preparó para un encuentro maravilloso, pero el día de la cita recibió una carta en la que ella expresaba, en términos corteses y delicados, su terrible pesar: sufría un dolor de cabeza atroz, y debía guardar cama esa noche. Su cita tendría que posponerse. El conde tuvo la certeza de que otro lo desplazaba, porque De l'Orme era tan caprichosa como bella.

Grammont no titubeó. Al anochecer cabalgó hasta el Marais, donde vivía De l'Orme, y exploró los alrededores. En una plaza cerca de la casa de ella vio a un hombre aproximarse a pie. Tras reconocer al duque de Brissac, supo de inmediato que él lo suplantaría en la cama de la cortesana. Brissac pareció disgustado de tropezar con el conde, así que Grammont se acercó a toda prisa a él y le dijo: «Brissac, amigo, debes hacerme un favor de la mayor importancia: tengo una cita, por primera vez, con una mujer que vive cerca de aquí; y como esta visita es solo para concertar medidas, mi estancia será muy breve. Ten la bondad de prestarme tu capa, y de pasear un rato a mi caballo, hasta mi regreso; pero, sobre todo, no te alejes de este sitio». Sin esperar respuesta, Grammont tomó la capa del duque y le tendió la brida de su caballo. Al volverse atrás, vio que Brissac lo miraba, así que fingió entrar a una casa, salió por atrás, dio la vuelta y llegó a la casa de... de l'Orme sin ser visto.

Tocó la puerta, y una criada, confundiéndolo con el duque, lo dejó pasar. Marchando directamente a la cámara de la dama, la encontró tendida en un sofá, con un fino vestido. Se quitó la capa de Brissac, y ella lanzó un grito, asustada. «¿Qué pasa, hermosa?», preguntó él. «Parece que ya no le duele la cabeza...». Ella pareció ofendida, exclamó que aún sufría e insistió en que él se retirara. Ella podía, dijo,

hacer o deshacer citas. «*Madam*», replicó tranquilamente Grammont, «sé qué le preocupa: teme que Brissac me halle aquí; pero puede estar tranquila a ese respecto». Abrió entonces la ventana y dejó ver a Brissac afuera, en la plaza, paseando diligentemente un caballo, como cualquier mozo de cuadra. Parecía ridículo; De l'Orme echó a reír, lanzó los brazos al conde y exclamó: «¡Mi querido caballero! No puedo más; usted es demasiado amable y excéntrico para no ser perdonado». Él le contó el lance, y ella prometió que el duque podría ejercitar caballos toda la noche, pues no lo dejaría entrar. Hicieron una cita para la noche siguiente. Fuera, el conde devolvió la capa, se disculpó por tardar tanto y dio las gracias al duque. Brissac se mostró sumamente gentil, e incluso sujetó el caballo de Grammont para que este montara y le hizo adiós con la mano al partir.

Un día, [Saint-Preuil] rogó más que de costumbre que [*Madame de la Maisonfort*] le otorgara los supremos favores que una mujer puede conceder, y llegó más allá de las solas palabras en su súplica. *Madame*, diciendo que él había ido demasiado lejos, le ordenó no volver a aparecer jamás frente a ella. Él abandonó la sala. Apenas una hora después, la dama daba su habitual paseo junto a uno de los hermosos canales de Bagnolet cuando Saint-Preuil saltó de detrás de un seto, totalmente desnudo, e irguiéndose frente a su amante en ese estado, exclamó: «¡Por última vez, *Madame*: adiós!». Entonces, se arrojó al canal, de cabeza. La dama, aterrada ante tal espectáculo, empezó a gritar y correr en dirección a su casa, donde, al llegar, se desmayó. Tan pronto como pudo hablar, ordenó que alguien fuera a ver qué había sido de Saint-Preuil, quien en realidad no había permanecido mucho tiempo en el canal, y habiéndose vuelto a vestir de inmediato, se había marchado a toda prisa a París, donde se ocultó varios días. Entre tanto, corrió el rumor de que había muerto. *Madame de la Maisonfort* se conmovió profundamente por las extremas medidas que él había adoptado para mostrar sus sentimientos. Ese acto suyo le pareció señal de extraordinario amor; y habiendo notado quizá ciertos encantos en su desnuda presencia que no habría visto estando completamente vestido, lamentó hondamente su crueldad, y declaró en público su sensación de pérdida. Esta noticia llegó a Saint-Preuil, quien resucitó en el acto y no perdió tiempo para aprovechar tan favorable sensación en su amante.

CONDE BUSSY-RABUTIN, *HISTORIAS DE AMOR DE LAS GALIAS*

Interpretación. El conde Grammont sabía que la mayoría de los aspirantes a seductores se rinden muy fácilmente, confundiendo el capricho o la aparente frialdad con una señal de genuina falta de interés. De hecho, eso puede significar muchas cosas: quizá esa persona te está poniendo a prueba, preguntándose si hablas en serio. La conducta quisquillosa corresponde justo a este tipo de prueba; si te rindes a la primera señal de dificultad, es obvio que no quieres tanto a tu víctima. O podría ser que ella esté insegura acerca de ti, o intente elegir entre otra persona y tú. En cualquier caso, es absurdo darse por vencid@. Una muestra incontrovertible de lo lejos que estás dispuest@ a llegar aplastará toda duda. Y también derrotará a tus rivales, porque la mayoría de la gente es tímida, teme hacer el ridículo y rara vez corre riesgos.

Al tratar con objetivos difíciles o renuentes, lo mejor suele ser improvisar, como lo hizo Grammont. Si tu acción parece súbita y sorpresiva, los emocionará más, los relajará. Un poco de recopilación indirecta de información —algo de espionaje— es siempre una buena idea. Pero lo más importante es el espíritu con que acometes tu prueba. Si estás de buen humor y animad@, si haces reír al objetivo, mostrando tu valía y divirtiéndolo al mismo tiempo, no importará si echas todo a perder, o si él ve que has empleado algunas artimañas. Cederá al agradable ánimo que has creado. Advierte que el conde nunca se quejó ni enojó, ni se puso a la defensiva. Todo lo que tuvo que hacer fue jalar la cortina y dejar ver al duque paseando al caballo, deritiendo con risas la resistencia de... de l'Orme. En un acto bien ejecutado, demostró lo que era capaz de hacer por una noche de sus favores.

Para ser vasallo de una dama, [...] del trovador se esperaba que atravesara cuatro etapas: aspirante, suplicante, postulante y amante. Cuando llegaba a la última etapa de la iniciación amorosa, hacía un voto de fidelidad, y este homenaje se sellaba con un beso.

- **En esta idealista forma de amor cortés reservada a la elite aristocrática de la caballería, el fenómeno del amor se consideraba un estado de gracia, mientras que la iniciación que seguía, y el sello final del pacto —o equivalente del honor caballeresco— se asociaba con el resto de la formación y valerosas hazañas de un noble. Las marcas distintivas de un verdadero amante y un caballero perfecto eran casi idénticas. El amante estaba obligado a servir y obedecer a su dama así como un caballero obedecía a su señor. En ambos casos, la promesa era de naturaleza sagrada.**

NINA EPTON, *EL AMOR Y LOS FRANCESES*

2. Paulina Bonaparte, la hermana de Napoleón, tuvo al paso de los años tantas

aventuras con hombres que los médicos temían por su salud. No podía permanecer con un hombre más que unas cuantas semanas; la novedad era su único placer. Luego de que Napoleón la casó con el príncipe Camillo Borghese, en 1803, sus aventuras no hicieron más que multiplicarse. Así, cuando conoció al gallardo mayor Jules de Canouville, en 1810, todos supusieron que esa aventura no duraría más que las otras. Claro que el mayor era un soldado condecorado, un hombre instruido y un consumado bailarín, así como uno de los caballeros más apuestos del ejército. Pero Paulina, de treinta años entonces, había tenido romances con docenas de hombres que habrían podido igualar ese currículum.

Días después de iniciado el romance, el dentista imperial llegó a casa de Paulina. Un dolor de muelas le había causado noches de insomnio, y el dentista determinó que debía extraer el diente malo de inmediato. En ese entonces no se usaban calmantes; y mientras el hombre empezaba a sacar sus diversos instrumentos, Paulina se aterró. Pese a su dolor de muelas, cambió de opinión y se negó a ser intervenida.

El mayor Canouville estaba tendido en un sofá, con un manto de seda. Al percatarse de todo, intentó animar a Paulina a someterse: «Un momento o dos de dolor y eso habrá terminado para siempre... Una niña lo aguantaría sin chistar». «Me gustaría verte hacerlo», replicó ella. Canouville se puso de pie, se acercó al dentista, escogió una muela al fondo de su propia boca y ordenó que se la sacaran. Una muela perfectamente sana fue extraída, y Canouville apenas si pestañeó. Luego de esto, Paulina no solo dejó que el dentista hiciera su trabajo, sino que, además, su opinión de Canouville cambió: ningún hombre había hecho jamás algo parecido por ella.

Este romance estaba destinado a durar unas cuantas semanas; pero entonces se alargó. Eso no complació a Napoleón. Paulina era una mujer casada; romances cortos le estaban permitidos, pero una relación seria era vergonzosa. Envío a Canouville a España, para llevar un mensaje a un general. La misión tardaría semanas, y entre tanto Paulina encontraría a otro.

Pero Canouville no era un amante promedio. Cabalgando día y noche, sin detenerse a comer ni dormir, llegó a Salamanca en unos días. Ahí se enteró de que no podía llegar más lejos, pues las comunicaciones estaban interrumpidas, así que, sin esperar nuevas órdenes, regresó a París, sin escolta, por territorio enemigo. Apenas pudo reunirse brevemente con Paulina; Napoleón lo mandó de vuelta a España. Pasaron meses antes de que se le permitiera volver por fin; pero cuando lo hizo, Paulina reanudó de inmediato su romance, inaudito acto de lealtad de su parte. Esta vez Napoleón envió a Canouville a Alemania, y finalmente a Rusia, donde murió valientemente en la batalla de 1812. Fue el único amante que Paulina esperó, y el único al que guardó luto.

Interpretación. En la seducción, llega un momento en que el objetivo comienza a enamorarse de ti, pero de pronto retrocede. Tus motivos han empezado a parecer dudosos; quizá solo persigues favores sexuales, poder o dinero. Casi toda la gente es

insegura, y dudas como esas pueden arruinar la ilusión de la seducción. En su caso, Paulina Bonaparte estaba acostumbrada a usar a los hombres para el placer, y sabía perfectamente bien que, por su parte, ellos también la usaban. Era totalmente cínica. Pero las personas suelen servirse del cinismo para cubrir su inseguridad. La ansiedad secreta de Paulina era que ninguno de sus amantes la había querido de verdad; que los hombres solo habían deseado de ella favores sexuales o políticos. Cuando Canouville mostró, con actos concretos, los sacrificios que podía hacer por ella —su muela, su carrera, su vida—, transformó a una mujer sumamente egoísta en una amante ferviente. La reacción de ella no fue del todo desinteresada: los actos de Canouville halagaron su vanidad. Si Paulina podía inspirar en él tales acciones, debía valer la pena. Pero si él apelaría al lado noble de su naturaleza, ella también tenía que estar a la altura, y mostrar su valía siéndole fiel.

Efectuar tu proeza lo más gallarda y cortésmente posible elevará la seducción a un nuevo plano, incitará hondas emociones y disimulará todos los motivos ocultos que puedas tener. Tus sacrificios deben ser visibles; hablar de ellos, o explicar lo que te costaron, parecerá presunción. Deja de dormir, enférmate, pierde tiempo valioso, pon en riesgo tu carrera, gasta más dinero del que puedes permitirte. Exagera todo esto para impresionar, pero que no te sorprendan alardeando de ello o compadeciéndote de ti: cáusate dificultades y déjalo ver. Como casi todo el mundo parece buscar su beneficio, tu acto noble y desinteresado será irresistible.

En una de las más importantes ciudades del reino de Francia vivía un noble de buena cuna, que asistía a las escuelas en las que pudiera aprender a adquirir virtud y honor entre hombres virtuosos. Pero aunque era tan hábil que a los diecisiete o dieciocho años que tenía impartía preceptos y ejemplos a los demás, el Amor no añadía al resto su lección; y aunque podía ser el mejor escuchado y recibido, se ocultaba al rostro y ojos de la dama más hermosa del país, quien había ido a la ciudad a promover un litigio. Pero para que el Amor pudiese vencer al caballero por medio de la belleza de esa dama, antes tenía que conquistar el corazón de ella haciéndole ver las perfecciones de ese joven señor; porque en buena apariencia, gracia, sentido y excelencia de palabra no le superaba nadie. • Vosotros, que sabéis cuán presto es el fuego del amor una vez que se apodera del corazón y la fantasía, imaginaréis al punto que entre dos sujetos tan perfectos como estos conoció breve pausa hasta tenerlos a su merced, y que tanto los llenó de su clara luz que el pensamiento, el deseo y el habla se inflamaron por igual con él. La juventud, al engendrar miedo en el lozano señor, lo llevó a apurar su cortejo con toda la delicadeza imaginable; pero ella, habiendo sido vencida por el amor, no tenía necesidad de

fuerza para ser conquistada. No obstante, la vergüenza, que se demora en las damas tanto como puede, le impidió por un tiempo declarar su sentir. Pero al final la fortaleza del corazón, que es la morada del honor, cayó en pedazos, de tal suerte que la pobre dama consintió a lo que nunca se había propuesto negar. • Para, sin embargo, poner a prueba la paciencia, constancia y amor de su amante, le otorgó lo que buscaba con una severa condición, asegurándole que si la cumplía ella lo amaría perfectamente para siempre; mientras que, si no la cumplía, no la conseguiría jamás mientras viviera. Y la condición era esta: estaba dispuesta a hablar con él, a que ambos estuviesen juntos en la cama, cubiertos solo.

El arte por la sábana, pero él no le pediría más que palabras y besos. • Él, pensando que no había dicha comparable a lo que ella le prometía, aceptó la propuesta, y esa noche la promesa se cumplió; en tal forma que, pese a todas las caricias que ella le brindó y las tentaciones que lo acosaron, él no rompió su voto. Y aunque su tormento no le pareció menor que el del Purgatorio, su amor era tan grande y tan fuerte su esperanza, seguro como se sentía de la incesante continuación del amor que tan penosamente había ganado, que conservó su paciencia y se levantó del lado de su señora sin haber hecho nada contrario a su expreso deseo. • La dama, creo yo, se sintió más asombrada que complacida por tal virtud; y haciendo caso omiso del honor, paciencia y fidelidad que su amante había mostrado al cumplir su juramento, sospechó al instante que su amor no era tan grande como ella había pensado, o que él la había hallado menos grata de lo que esperaba. • Resolvió entonces, antes de cumplir su promesa, poner a nueva prueba el amor que él le tenía; y con este fin le rogó que se entendiese con una mujer a su servicio, más joven que ella y muy hermosa, pidiéndole que le hablara de amor, para que quienes lo veían ir tan seguido a la casa pensarán que era por tal damisela, y no por ella. • El joven señor, sintiéndose seguro de que su amor era correspondido en igual medida, obedeció cabalmente sus órdenes, y por amor a ella se obligó a hablar de amor a la muchacha; y ella, viéndolo tan apuesto y elocuente, creyó sus mentiras más que cualquier verdad, y lo amó tanto como si ella fuera extremadamente amada por él. • La señora, descubriendo que las cosas iban muy avanzadas, aunque el joven señor no cesaba de reclamarle su promesa, le dio permiso de ir a verla una hora después de medianoche, diciéndole que luego de haber demostrado tanto el amor y obediencia que tenía por ella, era justo que se recompensara su enorme paciencia. De la alegría del amante al oír